



BUSCANDO A FONDO EN EL VACÍO Y OTROS CUENTOS

Gabriel Herrera Salazar

Luz

© **Gabriel Herrera Salazar**

Mayo 2019

Ciudad de México

Cuidado de la edición: Jorge B. Fernández.

Diagramación: Alejandra García.

Ilustración de portada: Lucifera (Lizeth Moral Urbina),

“Ella me quería matar pero... Yo la asesiné primero
(Reencarnación Onírica)”. Técnica: Pastel seco/papel.

Medidas: 60x80cm. Año: 2013.

Ilustraciones interiores: Elery Mauro Hernández de la Garza.

Fotografía: Ana Laura Suárez Monroy, “Tren de paso”.

ISBN: 978-607-29-1552-7

Esta publicación es financiada con los recursos de PACMYC Ciudad de México y Colectivo Chinampas. Es de distribución gratuita.

Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos, electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa en la Ciudad de México será sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante la autoridad competente.

BUSCANDO FONDO EN EL VACÍO Y OTROS CUENTOS

Gabriel Herrera Salazar

ÍNDICE

Presentación

Buscando fondo en el vacío.....	11
Oscuro misterio	91
Xtabay	94
Supervisados	99
Acalpixcan	111
Partos sin dolor	117
¡Estamos en guerra!	121
Marx es un romántico	125
El joven Quetzalcóatl	131
Exilio en Abya Yala	135
Pocos y locos	139
El académico	149
Desaparición forzada	153
Mictia. Una historia urbana	159
Conversación con un marxista ortodoxo	163
Congreso de filosofía en el México del Bicentenario	167
Fin de curso en la escuelita zapatista	171
Informe de Cuba	177
Rompiendo el cerco	181

*A los héroes anónimos de la periferia
que habitan el mundo de la vida cotidiana*

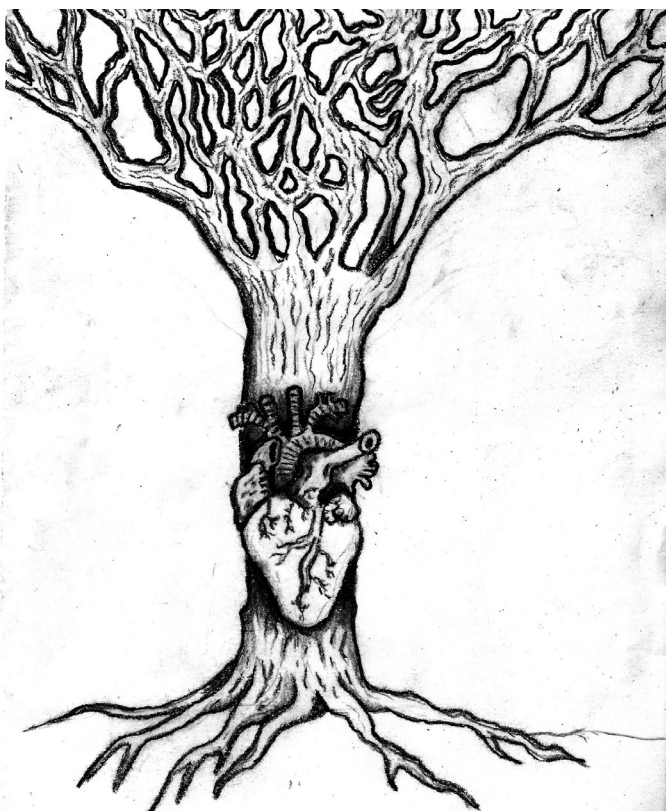
*“Pero deben cuidarse de repudiar el testimonio
de esos artistas desgarrados y que constituyen
el más verdadero y terrible testimonio
del drama de nuestro tiempo.
Porque también ellos luchan por la dignidad
y la salvación de la persona humana.”*

Ernesto Sabato

PRESENTACIÓN

Conocí a Gabriel por su crónica sobre un campamento de la CNTE. Era muy buena y así no dudé cuando me invitó a corregirle este trabajo. Se presenta aquí en dos papeles. Primero como joven maestro crítico que usando un lenguaje muy sencillo apela al pasado personal, nos invita a recuperar la memoria y transmite conocimientos muy útiles para quienes más estima: Juana y Juan pueblo. Con ese rostro hace de su eje a Tláhuac, antes pueblo y hoy Alcaldía, perteneciente a nuestra gigantesca capital. Luego se convierte en cuentista cuyas historias transcurren por distintos lugares y tiempos, anunciando a un auténtico narrador. La primera y más larga historia encuentra momentos de adolescentes que crecieron allí con el modelo neoliberal. Observa, pues, un periodo crítico, cuyo transcurso puede conducir a muchos lados, muy oscuros algunos. Vivir no es cosa fácil, nos dice así, sin pesimismo, porque para este hombre hay siempre una alternativa: la lucha.

Jorge Belarmino,
Coordinador de los *Talleres por la memoria*.



BUSCANDO FONDO EN EL VACÍO

*¿Qué les queda por probar a los jóvenes
en este mundo de paciencia y asco?
¿Sólo graffiti? ¿Rock? ¿Escepticismo?
También les queda no decir amén
no dejar que les maten el amor
recuperar el habla y la utopía...*

Mario Benedetti

Ésta es la historia de Juan, un Juan como cualquier otro, nacido de padres mexicanos, trabajadores y católicos. Por causas del destino o la casualidad, le tocó vivir en una casa ubicada en

una pequeña y angosta calle solitaria y tranquila, de la cual no recuerdo el nombre pero sí la colonia, ¿ó no?

Creo que se llama Zapotitlán, o Zapotitla, ¿o Tlaltenco?, ¿Telco?, quizá podría ser Ixtayopan, Mixquic, aunque también La Nopalera, Los Olivos, la Del Mar o la Miguel Hidalgo. Creo que tampoco conozco su colonia pero de lo que sí estoy seguro es que vivía en una delegación que aparentaba ser rural pero con tintes de urbanización, que conservaba muchas tradiciones culturales, campo, cerros, cultivos, chinampas y gente muy amable. Estoy hablando de Tláhuac, su nombre se deriva de Cuitláhuac, que significa “en donde emerge la tierra y el agua”. Así Tláhuac significa “cuidador o guardián del agua”.

El padre era un señor no muy alto, moreno, medio barrigón, y se dice que en un principio trabajaba en el campo y las chinampas, recolectando la cosecha, pero las circunstancias políticas y sociales que se fueron presentando sobre la agricultura, además de la urbanización, hizo que tuviera que aprender el oficio de la construcción; es decir, se dedicó a ser albañil, oficio que le obligaba a trabajar desde muy temprano hasta que se metiera el sol, pues sino no podía mantener a su familia. Juan me contaba que a su padre lo veía muy pocas veces, ya que salía a trabajar cuando él todavía dormía y regresaba tan de noche que se encontraban muy pocas veces. Además como llegaba cansado no platicaba con nadie y siempre estaba de mal humor. Los sábados no iba a su casa, era el día en que cobraba y se daba a la parranda, pues le gustaba mucho eso de la bebida. Cuenta que aparecía los domingos todavía borracho, los regañaba e incluso llegó a golpear a su esposa, pero que a pesar de todo era una buena persona.

La madre era todo lo contrario. Bajita, medio blanquita, un poco gordita y de cara bonita. Se encargaba del hogar, era una ama de casa hecha y derecha. Lavaba la ropa, los trastes, tenía la casa limpia, cuidaba a sus hijos. Había una estrecha relación ente ella y ellos. No sólo se esmeraba en que estuvieran bien vestidos y comidos. Juan me contaba que todo lo que le sucedía se lo decía a su madre y que llegaron a callar cosas de las que su padre nunca se enteró. Era su protectora, su confidente. Eso sí, nunca dejó que ninguno de los hijos le faltara al respeto. Su palabra era la última (mientras no estuviera el marido), decidía si algo era bueno o malo y daba los permisos. Desde mi punto de vista lo sobreprotegía mucho, ¿pero qué mamá no es así? (creo que nada más la de Bill, a la cual parecía no importarle su hijo, pues ponía más atención a su trabajo y a su novio en turno).

Yo vivía en unas unidades habitacionales, en un pequeño departamento con mis padres. No eran nativos de la delegación Tláhuac, llegamos por circunstancias y bromas que la vida juega. Mis padres, a diferencia de los de Juan, guardaban muy poco las tradiciones de los suyos. Habían entrado a la “modernidad” rompiendo las normas tradicionalistas y podría decir que eran unos capitalistas que comenzaban una nueva forma de educación, una educación neoliberal, falta de valores familiares, de tradiciones culturales y fe. Era la educación de los tiempos contemporáneos. Todo el valor que sustentaba ésta educación lo confería el poder monetario y la vanguardia de los medios de comunicación. Las bases pertenecían al mercantilismo, en el cual las personas ya no se veían como tal, sino como cosas. Las relaciones familiares habían cambiado por relaciones de trabajo, para siempre tener el di-

nero suficiente que sustentara las “necesidades primordiales” y además quedar bien ante la sociedad. Era la época de la globalización y la venta de nuestro país. Mis padres seguían un prototipo, querían parecerse a nuestros vecinos, los del departamento de arriba (300-B), “los güeritos”, que nos humillaban por tener la piel morena. Eran señores extravagantes de los cuales no sabíamos nada, hasta si trabajaban o no. Un hijo de esa señora se llamaba William, alias Bill C.

Bill (el burro por delante), Juan y yo teníamos la misma edad, pero nuestras circunstancias nos determinaron vivir y desarrollarnos de modo totalmente diferente. Mi primer encuentro con Juan fue un día bastante extraño, diferente a los demás. Había algo en el ambiente que me empujaba no sé a dónde. El clima era algo muy loco, se sentía una energía flotando en el aire, hacía frío, calor, el viento soplaba fuerte, lloviznaba, parecía triste y a la vez había hermoso, bello como ningún otro día de mi vida. Una cosa totalmente nueva. Salí de mi casa a caminar, sin razón. Aplanaba las banquetas con nostalgia, atrapado en mis pensamientos. Juan estaba sentado en la banqueta. Distraído no me percate de su presencia, tropecé con él y fui directo al encuentro con el pavimento. El golpe provocó el despertar de mi adormilado sueño caminante. Mi primera reacción fue reclamarle, agredirlo, pero cambié al mirar sus ojos oscuros y observar en ellos un aire de nobleza, de tranquilidad y melancolía. Había algo en él y en mí que nos producía un extraño sentimiento y nos hermanaba en el mismo dolor. Me levanté y caminamos juntos, hacia el mismo rumbo, sin decir palabra. Sabíamos que nos dirigíamos hacia ese lugar lleno de misterios, de sombras, neblina, magia, sueños, que no podía precisarse dónde empezaban

ni acababan. No hacíamos cálculos sobre lo que nos esperaba. Por allí pasamos todos alguna vez, ese lugar tan lleno de preguntas y respuestas, de confusión, de soledad, de vicios, de maldad, de amor y muerte, de espantos, de enigmas, de rebeldía y utopía, de lujuria y sexo, de belleza y poesía. Ese lugar por donde nuestros padres atravesaron y que ahora a nosotros nos tocaba andar. Así paso a paso nos alejábamos de lo que algún día fue nuestro mejor amigo: “nuestra niñez”. Mucha gente lo llama Juventud.

Caminábamos sin prisa, sin voltear atrás, sabiendo que nos apartábamos de algo que fue hermoso pero ya había pasado. Lo dejábamos para entrar a un nuevo estado, todavía desconocido. A Bill, mi vecino, lo vimos delante de nosotros, parecía llevar prisa. Iba por el mismo trayecto pero con una actitud diferente ¿Por qué? ¡No lo sé! A partir de ese día Juan fue mi mejor amigo, me contó sus secretos, toda su vida. Compartimos muchas anécdotas que ahora son dignas de contar, de las cuales los lectores pueden tomar lo que les pueda servirles para aprender y disfrutar la juventud.

I

No sé si por buena o mala suerte Bill, Juan y yo estudiábamos en la misma escuela secundaria, en el mismo salón y nos hablábamos. Entre Juan y yo había algo más que con Bill. Juan en la hora del receso me contaba un poco de él y su familia, así como yo a él de la mía.

En el transcurso del segundo año nos daba clases un profesor llamado Gonzalo. Era joven, delgado, con ideas de la libertad muy apasionantes y a nuestras compañeras del salón les parecía apuesto, varonil. En una ocasión nos en-

cargó una tarea no muy complicada: un resumen o ensayo sobre una conferencia que iba a impartir un psicólogo de la UNAM. El sitio era la casa de la cultura Rosario Castellanos y trataba de la psicología en los jóvenes. Juan y yo llegamos unos minutos tarde, pero Bill llegó muy, pero muy tarde. Recuerdo ahora esta conferencia y su contenido porque posteriormente me sirvió para realizar un ensayo en la universidad y responderme muchas preguntas. Además me ayudó a comprender el por qué actuábamos de tal forma en esos momentos y aquellos tiempos.

El ponente, persona con mucha simpatía, trataba de explicar una teoría psicológica de un tal “Spitz”, quien había hecho sus estudios en México y era poco reconocido entre sus colegas. Decía: “Si ponemos atención y analizamos la relación que existe entre un recién nacido y su madre (que es su objeto amoroso)¹, nos daremos cuenta que durante los primeros treinta y seis meses después del nacimiento, podremos saber qué niño va a presentar trastornos fronterizos y de personalidad durante el desarrollo y desenvolvimiento de su vida”.

El estudio comienza durante el transcurso de los primeros tres meses después del parto, en esta etapa inicia lo que se conoce como el “*desarrollo temprano*”. Éste consiste en la relación entre madre-hijo. No en todos los casos la madre se presenta como el objeto amoroso². En otros se puede dar entre el niño y la hermana mayor, si existe, o la abuela, la niñera, el papá, la tía, etcétera.

1 Este objeto amoroso tendríamos que tomarlo no como objeto sino como sujeto filial. Es decir, como Otro, más allá del simple objeto.

2 De aquí en adelante tomaremos el concepto de “*objeto amoroso*”, como aquella persona que está más cerca y en contacto con el niño, satisfaciendo las necesidades de este.

De los tres a los seis meses de edad, el niño va desarrollando lo que se conoce como la “*confianza básica*”, que consiste en una especie de autoestima. Es decir, en la afirmación de la existencia, cuando el niño se hace presente, y se manifiesta en la tensión del llanto, como al dejarlo acostado en una cama solo. El niño llora a pesar de que está limpio y alimentado, y así todas sus necesidades están satisfechas. El llanto cesa cuando su objeto amoroso lo carga o está junto a él. En este ejemplo nos podemos percatar de que es él quien lo hace y que hay quien lo consuele. A esta relación “*objeto amoroso-niño*” se le conoce como “*simbiosis*”³. El objeto amoroso⁴ debe ser suficientemente bueno con el infante, es decir, debe tener tiempo favorable para atenderlo física y sentimentalmente. En caso contrario no habrá calidad en el cuidado y posteriormente el niño presentará trastornos fronterizos en su vida.

En este periodo de los tres a los seis meses el niño todavía no puede reconocer a su objeto amoroso visualmente. Lo podemos comprobar si nos ponemos una máscara y nos acercamos. La reacción del niño no es de espanto, sólo sonríe ante cualquier sujeto. De los seis a los ocho meses, cuando empieza a reconocer visualmente a su objeto amoroso, se presenta la ansiedad ante extraños, manifiesta cuando el niño no tiene cerca de su vista a su objeto amoroso y llora. Durante los meses transcurridos el niño construye a su objeto amoroso de una manera oral (pues somos un yo de sensaciones), ya sea placentero o displacentero. Entonces la relación simbiótica se hace más firme, ya que la relación

3 La simbiosis es un intercambio de afecto entre ambas partes, es decir, entre el objeto amoroso y el niño. Esta “simbiosis” se va desarrollando entre los tres y dieciocho meses después del parto, al igual que la “confianza básica”.

4 El objeto amoroso ideal es la madre-padre cariñosa, amorosa.

“objeto amoroso-niño” se vuelve un todo en el cual el niño no puede separarse de su objeto amoroso y a su vez el objeto amoroso no puede estar alejado del niño. Es aquí donde la relación simbiótica se hace inseparable.

De los dieciocho a los treinta y seis meses comienza un rompimiento simbólico de la simbiosis y el niño se separa de su objeto amoroso, ya sea para gatear o caminar solo, pero sin perderlo de vista. Al niño al verse muy alejado de su objeto amoroso inmediatamente regresa junto a él. Para separarse de la madre el niño necesita de la confianza básica que desarrolló durante los meses transcurridos⁵ y restablece la base (el niño se lanza con confianza alejándose del objeto amoroso a una distancia prudente sin perderlo de vista, regresando a él para restablecer la confianza). La relación simbiótica perdura casi siempre hasta la individualización del niño, es decir, en la adolescencia.

Esta individualización aparece frecuentemente a los dieciséis años (aunque suele variar), y es en esta edad donde se presentan los trastornos fronterizos, cuando empieza el rompimiento definitivo de la simbiosis del adolescente con quien hasta la fecha era su objeto amoroso, para ir en busca de un Otro.

Al romper sus ataduras los jóvenes van en búsqueda constante de otro objeto amoroso, y así entran en un estado de necesidad y crisis, que se conoce como “*situación de duelo*”⁶. Les hace falta esa otra parte para completar su todo, pues al

5 Cabe mencionar que si la confianza básica no se desarrolla entre los tres y los dieciocho meses, ya no se va a conseguir y el niño crecerá con una gran desconfianza en sí mismo.

6 Esta situación de duelo, es cuando el joven se enfrenta en una disyuntiva en su vida, donde no sabe cuál camino tomar, y se encuentra en una situación de confusión interna consigo mismo.

no existir el Otro (es decir, esa otra parte de la que se separaron y con la cual formaban un todo), también él desaparece. Es aquí donde prueba diferentes contextos sociales, o lo que es lo mismo: busca una identidad. Este proceso no siempre se presenta a la edad de dieciséis años. Puede ser un poco antes o ya teniendo esposa e hijos, con quienes intenta solucionar sus problemas con sus nuevos objetos amorosos. Hay quien muere sin haber conseguido su identidad o sólo rompió la simbiosis parcialmente.

Cuando no se logra la separación o individualización, el sujeto presenta trastornos fronterizos a todo lo largo de su vida. Esta frustrada separación puede tener dos causas: una es que la madre no permita la separación; la otra es que el individuo no se dé cuenta de su realidad; es decir, no ha dejado de ser niño, busca quien le satisfaga sus necesidades pues no es capaz de tomar decisiones para su beneficio y necesita la opinión de otros.

Un ejemplo para ambos casos es la drogadicción, con que se espera encontrar algo que dé placer y desconecte de la realidad, como si se estuviera en el vientre materno, porque no se ha dejado de ser niño, no se ha enfrentado la realidad por sí mismo. En este ejemplo la madre tolera todo al hijo, sabe que se droga, le permite hacerlo y puede incluso proporcionarle dinero para comprarla. Ella sabe que el joven sigue siendo niño y no deja que se enfrente solo al mundo.

En el proceso de la ruptura simbiótica hay un revertimiento notorio de sentimientos hacia el padre (o aquel que lo represente), provocando lo que se conoce como el “*periodo edípico*”. En este periodo el joven ve como su rival a su propio padre.

Cuando el ponente hubo dicho esto, Bill, (que ya estaba entre nosotros en ese momento), se inquietó un poco y bromeó cuchicheando cosas al oído de Juan, que estaba junto a él; ambos rieron discretamente e inmediatamente después Bill lanzó una ofensiva contra el catedrático, poniéndose de pie y con voz y risa burlonas:

—¿Qué pasa si no tengo papá? —preguntó. —¿Qué pasa si soy hijo de madre soltera? ¿Qué pasa si mi madre es viuda? ¿Qué pasa si mis padres se divorcian y solo vivo con mi mamá? Porque creo —continuó con tono sarcástico— que entre nosotros quizá haya alguien en esas condiciones y quizá sea anormal o este loco, y quizá deberíamos tratarlo diferente a nuestros demás compañeros. Cuando Bill calló, algunas risas se dejaron escuchar.

El ponente contestó las preguntas con tal facilidad y claridad que lo entendí perfectamente, aunque al intentar pasar sus ideas al cuaderno terminé peor que confundido. El psicólogo explicaba:

—En la mayoría de los casos y de las familias hay ausencia del padre, que se puede presentar de dos maneras: el primero es por ausencia física, que es lo que acabas de mencionar —decía dirigiéndose a Bill—; es decir, las madres solteras, viudas, divorciadas; y el otro caso es una ausencia simbólica, que consiste en que aunque el papá esté casado y viva bajo el mismo techo con su esposa e hijos, está ausente porque no participa en la educación de los hijos, porque siempre trabaja o tiene cosas más importantes que hacer y no se da tiempo para ellos. Así que en cualquier caso y de cierta manera, se padece ausencia del padre, física o simbólica. Pero esta carencia del padre siempre se manifiesta como presencia del padre

y se le presenta al niño o al joven de acuerdo a su contexto social, con conceptos y actitudes inculcados por madres, tíos, primos, amigos, vecinos, u otros, que frecuentemente amenazan al niño con castigarlo bajo el disfraz y la descripción del padre. De esa manera puede provocarse en el joven una idealización del padre, cargada de cosas negativas, y cuando se presenta el periodo edípico y el rompimiento simbiótico, los sentimientos negativos van contra la figura paterna y no contra el objeto amoroso, que es el que ha cuidado al joven en el transcurso de su vida. Así todos padecemos la ausencia del padre y pasamos en alguna ocasión por el periodo edípico.

“Definirse y lograr la identidad no es un proceso muy complejo, en el cual todos somos parte de la definición de un individuo, pero este individuo es parte de la definición de sí mismo y de otros.”

Al concluir la conferencia salimos fastidiados, acalorados y más confundidos de lo que habíamos entrado. A Bill ni siquiera le interesó el asunto, yo iba tratando de aclarar mis pensamientos pero no lo conseguí y a Juan lo vi muy pensativo. No hicimos comentarios pues era claro que ninguno de los tres entendimos, y nos preocupaba la tarea que teníamos que entregar. Así que decidimos copiarla al día siguiente a primera hora, con alguien que sí hubiera comprendido.

II

El maestro Gonzalo, que nos quería mucho, no era el único que nos impartía clase. Estaba, por ejemplo, Don Galletto, el profesor de música, apodado así por su cara y sus canas. También estaba la prefecta Mónica, mujer de los sueños de todos los alumnos y maestros. De piel blanca, cabello claro

y lacio, siempre vestía con ropa deportiva y tenía un cuerpo que parecía diosa. ¡Qué más podíamos pedir los jóvenes que apenas empezábamos a descubrir ese mundo encantador de la belleza de las mujeres! Hay que agregar a la maestra que jamás olvidaré, a la que apodábamos La Pelos: siempre con una trenza mal hecha, falda larga y un carácter que sólo soportaba su marido (si es que tenía). Había advertido a Bill que si seguía con su mal comportamiento lo mandaría con la autoridad suprema de la escuela. No cambió su comportamiento y un día le llegó el momento. Estábamos en clase, muy callados, cuando de entre los asientos de atrás se escucharon algunas risas. Volteamos para ver de quiénes eran, pero los compañeros que estaban allí hicieron como si no hubiera pasado nada. Una vez que se reanudó la clase me percaté de que Bill se levantaba de su asiento. Fue a la fila de al lado y empezó a golpear a un compañero. Enfurecida, La Pelos lo mandó a la dirección y el director mandó llamar a la mamá de Bill a la mañana siguiente. No supimos nada de lo que había pasado hasta que comenzaron los rumores que decían que a la hora de la salida iba a ver una pelea, y uno de los protagonistas era Bill. No sucedió nada, pues el contrincante de Bill salió corriendo, huyendo del salón y de la escuela. De regreso a nuestra casa nos enteramos por medio de Bill de lo que había sucedido. Según su versión, los tipos de la parte trasera, ubicados a lado de su fila, se rieron de él por dormirse en clase y por ello golpeó a uno. En el camino me comentó que al día siguiente no iría a la escuela porque tendría que acompañarlo su madre, a quien además no le haría perder los doscientos pesos por no asistir al trabajo.

En la mañana siguiente dijo que lo acompañara a irse de “pinta”, porque no entraría a la escuela como un “ñoño”.

Le contesté que no sabía sino hasta consultar a Juan. Cuando casi llegábamos a la escuela vimos de lejos que regresaba rumbo a su casa y lo alcanzamos sin que nos vieran, para saber qué había pasado. Iba muy triste y preocupado, le preguntamos qué había sucedido y nos respondió que no lo dejaron entrar porque llevaba tenis en lugar de zapatos y además tenía el pelo muy largo. Entonces decidí irme a “pintar venados” con Bill y me jalé a Juan a pesar de su primera reacción negativa. Decidimos ir a un lugar clásico para eso, conocido por todos: “Bosque Tláhuac”. Durante el camino Juan se escondía de todo mundo, temiendo que lo viera alguien conocido y lo acusara con su madre. Nunca hecho algo así y más de una vez confundió a personas que paseaban en las calles, con alguien conocido por él, pero en realidad estas visiones las provocaba por su nerviosismo. También Bill y yo teníamos miedo y hasta nos escondíamos de policías y patrullas. Una vez que llegamos a nuestro destino nos sentimos aliviados, protegidos, tranquilos y libres. Nos sentimos unos chicos muy malos y eso nos daba gusto. Recorriamos el Bosque caminando, corriendo, bromeando, jugando con los charcos y el agua. Bill parecía buscar algo. Cuando nos alejamos lo suficiente de los lugares más visibles, dijo: “Es aquí” y se sentó, y nosotros hicimos lo mismo pues queríamos descansar. Juan se tiró en el pasto viendo hacia el cielo, se dibujaba en su cara una sonrisa de niño y en sus ojos una energía que lo desbordaba. Una vez descansados un poco, Bill sacó de su mochila un “six de cervezas” y los otros dos nos quedamos con los ojos fijos en las latas, sorprendidos. Él destapó una y comenzó a tomársela, Juan y yo nos mirábamos uno al otro, asombrados. Bill nos dijo: “¿Quieren?, traigo dos para

cada uno, sabía que me iban a acompañar, no podían dejarme solo”, y me extendió una cerveza y la acepté. No la quería y tenía miedo, pero traté que no se me notara, pues no quería que me tachara de cobarde, maricón o niño. Así que la agarré y le di un gran trago. Su sabor me pareció muy amargo, procuré no mostrar en mi cara la sensación que sentía de escupir la cerveza, sino todo lo contrario. Le dije a Bill con una voz segura, como si fuera todo un señor experimentado en estos asuntos: “Está muy sabrosa”. Juan me miraba sin salir de su asombro. Bill le extendió una cerveza pero la rechazó con un movimiento de cabeza. Entonces Bill le dijo: “No seas niño, te aseguro que te va a gustar, o qué ¿te pegan todavía?”. Añadí “Con una cerveza no te vas a emborrachar”. Tomó la lata y mirándola pensó unos momentos. La destapo, la contempló un poco más y después dirigiéndose a mí preguntó: “¿A qué sabe?”. No quería mentirle pero algo me impulsó a hacerlo: “Sabe bien, tú pruébala”. Se la llevó a la boca y dio un pequeño trago para escupirlo después, mientras Bill se reía de los gestos que el otro hacía. Al ver que Bill se burlaba de él, volteó a mirarlo, tomó un gran trago, tratando de demostrar su valor y siguió hasta consumir el líquido, sin hacer gestos. Por mi parte comenzaba a sentirme mareado pero muy contento, Bill ya había empezado con su segunda y sacó de su mochila una caja de cigarros, para tomar uno y encenderlo. Juan estaba alegre y desinhibido, hablaba y bromeaba. Cuando Bill le ofreció un cigarro dudó en tomarlo, pero lo hizo, lo prendió, dio una fumada y con voz gruesa dijo: “Si supieran mis papás lo que estoy haciendo”. Bill comentó: “Solamente que tú les digas, porque no creo que se enteren”. Cuando nos terminamos la caja de cigarros y cada quien su segunda

cerveza ya no nos interesaba si nos podían ver, si fuimos a la escuela o no, si nuestros padres se enteraban. Ese día habíamos descubierto algo nuevo, pisado la otra línea que nos habían prohibido, roto las normas, tocado esa otra parte que siempre se nos ocultaba, desafiado nuestras creencias, pisado el infierno que construyeron sobre nosotros. Y nos gustaba, lo disfrutábamos, nos sentíamos grandes, valientes. Era como si empezáramos a caminar sin ayuda de nadie.

Llegada la hora de regresar a nuestras casas, Juan comenzó otra vez con sus preocupaciones. Me preguntaba insistentemente si se veía borracho, si olía a cigarro, si se le quitaría pronto lo mareado. Bill con mucha tranquilidad sacó de su mochila unos chicles y un perfume y nos dijo: “¿Qué harían sin mí?”. Cuando íbamos rumbo a la casa tenía miedo de que mis padres me descubrieran, pero Juan estaba preocupado lo doble que yo. Lo tomé del brazo y le dije: “Te ves bien, no se te nota nada”. Sólo así se tranquilizó un poco. Cuando llegó a su casa se metió directo a acostarse en su cama y nadie de su familia se dio cuenta. Esta fue la primera vez que vi a Juan tomar y fumar.

Al llegar a mi casa fui directo a mi cuarto a dormir, pero no lo conseguí. Me quedé pensando en lo que sucedió ese día. Me di cuenta de que pasamos la mitad de nuestro día en la escuela y que esta debería ser aquella cosa complementaria para nuestra conformación como individuos y la deberíamos de tomar como una segunda casa, pero esto no sucede así, sino al contrario. Llegamos a odiar la escuela y no porque sea un sitio aburrido, no creo que alguien la considere aburrida ya que ahí se encuentran amigos, amigas, novias, enemigos, entre otras

cosas; es decir, hay una socialización entre compañeros, que es divertida y constructiva pues aprendemos unos de otros. Lo que hace a las escuelas odiosas es la forma arbitraria en que nos imponen reglas y normas que parecen del colegio militar, como cortarnos el pelo, llevar zapatos negros, calcetines blancos, etcétera. Son estas cosas las que no nos dejan ser, las que nos hacen odiar la escuela (que más parece reclusorio). La prohibición, la exigencia, lo estricto y poco tolerante de estas normas aplicadas arbitrariamente y que parecen de los años cuarenta, a mis compañeros y a mí nos parecían estúpidas, inútiles, fastidiosas. No fueron ellas las causantes de que a Bill lo castigaran y no quisiera entrar a la escuela a la mañana siguiente, pero ocasionaron que a Juan no lo admitieran y provocaron nuestro descontento, y nos obligó a vagar en las calles como delincuentes perseguidos, a ir a lugares donde quizá corríamos peligro.

También, me di cuenta de que Bill sufría grandes trastornos pues no era capaz de controlar sus impulsos, pues al sentirse agredido por un compañero lo golpeó, sin importarle si estábamos en clase o no, tal vez tratando de llamar la atención o quizá reflejando su complejo de inferioridad, ya que a través de la fuerza y humillando a su contrincante él se reafirma como sujeto. Ese día descubrí a la vez en Bill que se sentía solo y buscaba comprensión, cariño, quien lo escuchara. Buscaba vicios para llenar los vacíos de amor.

Juan era distinto. Su miedo de llegar a su casa para ser regañado por su madre, lo obligó a unirse a nuestra mentira. La influencia de Bill y mía era grande, pero la decisión fue suya y la asumió. Su primer encuentro con las drogas fue propiciado por no querer verse ante nosotros como un

cobarde o alguien inferior, además de que buscaba la aceptación de Bill, a quien trataba de imitar. Es decir, dependía de la opinión de los demás.

El sentirnos bien en un estado de ebriedad y fumando, fue una felicidad falsa, propiciada por el estereotipo que nos venden los medios comerciales, haciéndonos creer que así somos importantes, grandes, interesantes. Esos íconos son los que retenemos como los más valiosos y los vemos en cualquier lugar: en los televisores, los periódicos, las revistas, las tiendas de autoservicio, los muros de la ciudad. Forman un prototipo de hombre “perfecto”, que tiene una copa en la mano derecha y un cigarro en la izquierda y así parece tener poder, personalidad, cuando no está sino comprando una imagen, una identidad y drogas. Fuimos presas de esa felicidad aparente, de la capitalización del alcohol y el tabaco y de los mundos que muestran los comerciales y los programas y que están tan presentes que ni siquiera nos damos cuenta. Nos son familiares, creemos que toda esta venta no existe, pero está hasta debajo de las piedras.

Comenzaba a darme cuenta que al sistema no le importaban las personas, sino las ganancias que generaran. Empezaba a entender que no le importaban si las personas se volvían alcohólicas o tenían problemas de tabaquismo. No le interesaba en absoluto el daño a la salud, mientras las empresas vendieran su producto. Cuando Juan volvía a su casa, nuevamente experimentaba el sentimiento de culpa, dado por todo lo que le habían inculcado sus padres sobre las normas moralistas de sus ancestros. Sin embargo, hubo un momento en que se sintió seguro y como gente grande, pues había visto a su padre beber con frecuencia y ahora trataba de imitarlo.

III

El tercer año de secundaria lo cursamos con algunas altas y bajas, algunas idas de pinta sin mayor problema, hasta que se nos presentó el examen de admisión para el nivel bachillerato. Era como una competencia feroz por alcanzar un lugar entre los dichosos en seguir estudiando o entre los que se dedicarían a vagar o a trabajar. Juan, antes de que presentara el examen, tuvo muchos problemas por este hecho en su casa, ya que su padre tenía la idea tonta de que, después de salir de la secundaria, se pondría a trabajar para aportar dinero a la familia, como era deber de un hombre y tenía que ejercer ya funciones de adulto, así como conseguirse una novia, una casa, casarse y tener hijos. El pensamiento de Juan no estaba muy lejos de esta concepción de la vida. Mi amigo me platicaba su preocupación por este hecho y por el examen despiadado y elitista. Me decía que este examen era su última oportunidad de seguir estudiando, ya que, si lo reprobaba, entonces, tendría que buscar trabajo en alguna parte, porque su padre no lo aceptaría en su casa, ya que, solamente se la pasaría de “güevon”. Pero díganme ustedes, amados lectores, ¿quién ofrece un trabajo digno y bien pagado sin que haya una explotación brutal como la de un esclavo, a un joven de quince años de edad? Tenía que pasar ese examen a como diera lugar, de lo contrario, de ser un joven pasaría a ser un adulto con todas las obligaciones y desventuras de ser todo un hombre de sociedad. Afortunadamente, a pesar de las dificultades que tuvo que pasar, presentó el examen único de admisión al bachillerato y lo aprobó, pero no sin antes hacer una lista de escuelas a las cuales teníamos preferencia para entrar a estudiar, lo que nos provocó confusiones, enojos, regaños por parte de profesores y amigos, y mucho trabajo para

decidir las veinte opciones, ya que, ni siquiera sabíamos lo que queríamos realmente. Este examen nos provocó una gran tensión, pues era una decisión que podía cambiar el transcurso de nuestras vidas radicalmente. Esta competencia feroz entre jóvenes que querían ingresar a las escuelas era una locura. Afortunadamente Bill, Juan y yo fuimos aceptados en el mismo plantel y para nuestra mala o buena suerte nos aceptaron en el grandioso Colegio de Bachilleres No. 16 Tláhuac.

Conforme trascurrían nuestros últimos días en la secundaria, los problemas de Juan se acrecentaban con sus papás. Esta situación tan delicada, lo obligaba a salirse de su casa casi inmediatamente después de llegar de la escuela, para reunirse con nosotros. A los quince minutos estaba ya sentado enfrente de la entrada de la tienda de la esquina, abajo del árbol de jacaranda que crecía frente a la tienda del “tío pancho”. En este lugar nos pasábamos toda la tarde. Nos juntábamos cerca de quince chavos, once hombres y cuatro mujeres. Había veces en que después de jugar fútbol en el estacionamiento de las unidades nos sentábamos a descansar, a tomarnos un refresco (o cerveza a escondidas) y platicar de todo y de nada. O a ver quién pasaba caminando por enfrente de nosotros. Las chavas guapas y de olor bonito se llevaban nuestras mejores sonrisas y a veces piropos y los señores les dedicábamos nuestras críticas por su forma de vestir y comportarse, y los chavos que nos eran desconocidos o no eran de por el “barrio”, se llevaban nuestras indirectas, burlas, “taloneadas”, y una que otra mentada de madre. Los que pasaban y nos veían nos decían vagos, drogadictos, borrachos, delincuentes, nos lanzaban verbos que muchas veces desconocíamos. Había ocasiones en que la tarde sólo se nos iba en estarnos “cabu-

leando" mutuamente. En otras ocasiones alguien llevaba una grabadora, la conectábamos en la tienda y oíamos canciones con las cuales nos identificábamos o eran las que sonaban más en el momento. A mediados de los noventas, Metallica y Pantera se escuchaban como el rock más duro en la radio comercial, los Guns n' Roses comenzaban a decaer, Nirvana era lo predominante, innovador, y eran los más radicales de nuestra época. Habían en México nuevas tendencias en el rock, como el Hip Hop, y el Ska; sin embargo, a los clásicos como el Tri y los Caifanes (o Jaguares) nunca los cambiábamos, siempre había un disco de estos grupos entre nosotros. En este pequeño grupo de amigos, cada uno se identificaba como un igual, los problemas de cada uno los tomábamos como nuestros y de todos, era como la comprensión que buscábamos, era un grupo en el cual nadie nos mandaba y podíamos ser lo que no éramos en nuestras casas.

En alguna ocasión un amigo llevó un bote de pintura en aerosol, pintó su nombre en la barda que estaba enfrente de la tienda, posteriormente todos quisimos pintar nuestros nombres en la barda y lo hicimos. A los pocos días los vecinos se mostraron descontentos por nuestro arte y decidimos hacer algo mejor. Juntamos entre todos un poco de dinero con el cual compramos algunas brochas, pinturas de diferentes colores en aerosol y medio galón de pintura blanca. Decidimos volver a pintar la barda donde habíamos puesto nuestros nombres, esta vez, con brochas y pintura blanca la barda para fondear el muro, posteriormente algunos compañeros comenzaron a marcar la silueta de la imagen que queríamos con algunos gises, posteriormente la fueron rellenando con pintura y la ambientaron, la figura terminada era un policía sujetando por la

espalda a un joven y en la parte de abajo los nombres de todos nosotros. Era una obra de arte donde reflejábamos la represión de nuestras vidas por parte de cualquier tipo de autoridad. Después de este hecho quisimos generar más graffitis pero la restricción de la sociedad no nos lo permitieron, encontramos muchas trabas con las cuales nos sentíamos limitados a expresarnos, ya que decían que lo que pintábamos no era arte, sino dibujos agresivos, insinuantes, sin respeto y obscenos. Nuestro grupo estaba a favor del arte del graffiti, pero no estábamos de acuerdo en pintar estupideces en los vidrios del metro y los camiones, pues nos parecían tontas y sin sentido, además de que en algunos casos solamente escribían sus nombres o apodos y con faltas de ortografía.

En el grupo todos teníamos diferentes concepciones acerca de la música, las creencias, es decir teníamos pensamientos diferentes acerca de la vida. Nuestra forma de vestir cambiaba constantemente y de una forma muy rápida, no nos podíamos definir por algo que a nosotros realmente nos gustara, ya que, nuestra forma de vestir generalmente dependía de los amigos, de otros grupos ideológicos o de la vanguardia proporcionada por las televisoras. No nos definíamos por uno u otro grupo social, es decir, éramos todos los grupos pero no éramos ninguno.

Entre los amigos había desde aquel que creía en todo lo místico, hasta aquel que no creía en nada. A pesar de esta diversidad de pensamientos siempre había temas y conversaciones a las cuales todos llegábamos y eran muy discutidas, entre estas conversaciones estaban las mujeres, los padres, la religión, etcétera. Siempre llegábamos a las mismas conclusiones en estos temas, como por ejemplo: que no entendíamos

a las mujeres, nuestros padres no nos entendían, el amor era algo indefinido pero era lo mejor de todo, la amistad de los chavos del grupo era lo más valioso que teníamos, no nos gustaba que nos ordenaran y que nos trataran como niños, odiábamos cualquier represión por parte de cualquier autoridad, buscábamos la libertad para encontrar la felicidad, Dios existiera o no existiera siempre estaba presente en nuestras conversaciones y nuestro odio hacia todo se iba acrecentando día con día más. En nuestras discusiones siempre estábamos en contra de todo, era un pensamiento negativista y contradictorio a cualquier cosa. Sólo algunos, y entre ellos Juan, eran los más creativos y proponían soluciones siempre pensando en el por qué y para qué del problema, había en estos chicos una pretensión de cambiar las situaciones conflictivas mediante el idealismo, la creatividad y la utopía, mientras que los demás éramos sujetos contestatarios, reaccionarios y estériles en comentarios. Pero en cualquiera de las dos formas de ver los problemas había algo que era constante, es decir, el cambio. Nuestras actitudes a veces contradictorias eran propiciadas por este cambio constante, ya que veíamos al mundo de una forma diferente de cómo nos lo habían descrito, ahora teníamos que adaptarnos a estos cambios que constantemente se nos presentaban a niveles individuales y sociales, queríamos cambiar al mundo pero antes teníamos que conocerlo y adaptarnos a él, antes teníamos que cambiar nosotros.

Conforme trascurría el tiempo, Juan ponía cada vez más en tela de juicio su concepción de Dios, pues se empezaba a concientizar cada vez más de la realidad concreta que se le presentaba día a día a sus ojos, este era uno de los principales problemas con lo que sus padres lo acosaban. En el

grupo la mitad éramos ateos, la cuarta parte eran católicos sin ejercerlo plenamente y la otra cuarta parte creía en Dios por el temor a él, inculcado por sus padres y tradiciones. Al tratar de romper con muchas tradiciones de este tipo, se enfrentaba a una confusión interna entre lo bueno y lo malo, una confrontación con sus creencias, sus padres y consigo mismo. Estos temas eran los que siempre teníamos en la cabeza, los que nos determinaban a actuar de una u otra forma según las conclusiones a las que llegáramos en el grupo, es decir, en el grupo nos determinábamos mutuamente en el cambio de nuestras actitudes, sin embargo, cada cual era “libre” de hacer lo que le pareciera correcto.

Las mujeres solían irse a su casa a más tardar a las ocho o nueve de la noche, a estas horas normalmente se empezaban a retirar otros compañeros, algunos (no muchos), nos quedábamos hasta las once o más tarde, dependiendo de lo que hiciéramos. A estas horas de la noche, cuando las calles se empezaban a ver más solas, era cuando esporádicamente probábamos alguna sustancia tóxica que Bill conseguía con algunos distribuidores de drogas, algunas veces fue marihuana, “piedras” (cocaína), “talco” (cocaína), tachas, éxtasis y otras cosas más que nos ofrecía. En la mayoría de los casos las probamos por curiosidad, sólo Bill las consumía como necesidad, pues a diario consumía y trataba de conseguir droga con urgencia. Bill conseguía la droga en muchos lugares, en la esquina, en el departamento 229-B, en las calles traseras de las unidades, hasta hubo quien se acercó a ofrecernos mercancía prohibida. Entre nosotros era muy sabido dónde se conseguía la droga, quién la vendía más barata y mejor, co-

nocíamos quienes eran más amables y quienes eran los que la consumían con mayor frecuencia.

Cuando veía a Bill drogarse, me venían a la mente las sabias palabras de mi profesor Gonzalo que en clase nos dijo: “la lucha contra las drogas está perdida, no sé de qué se queja el gobierno, si él es el único beneficiado en la venta y tráfico de drogas. Lo mejor sería que legalizaran la droga, y así hasta tendríamos un mejor control de calidad, bajaría su costo y no estarían entrando y saliendo narcotraficantes de las cárceles como si fueran su casa.” Todo esto era verdad, tal parecía que al tener estigmatizadas las drogas se hace más tentador su consumo, el mismo profesor nos decía: “Todo lo malo nos gusta, porque siempre es más interesante y emotivo al hacerlo, pero nunca nos ponemos a pensar en los daños que estos actos nos pueden causar”. El tema de las drogas era muy común en nuestro lenguaje, circulaba mucha droga por nuestras manos, era muy tentadora la idea de comprarla y consumirla, a pesar de esto Juan solamente la probaba una vez y nunca más lo volvía a hacer, era un chico al que le gustaba aprehender, observar y experimentar, pero nunca pensó en destruirse.

La falta de espacios en la ciudad y la gran cantidad de jóvenes que la habitábamos, habían ocasionado que nos refugiáramos en lugares restringidos como lo era la tienda del “tío pancho”. De este pequeño sitio casi no salíamos, ya que si lo hacíamos nos encontrábamos con otros grupos de chavos y se presentaban dificultades. En realidad no había donde los jóvenes se pudieran recrear sana y libremente, y de los pocos que existían, unos tenían prioridad para usarlos los señores de la tercera edad o los niños, algunos otros no eran de nuestro interés; además de que en estos lugares teníamos que aceptar

una serie de requisitos que cumplir para que nos prestaran las instalaciones, en caso contrario, las instalaciones permanecían cerradas, sin uso y pudriéndose en el olvido. Por estas causas a nuestro grupo le gustaba más estar en la tienda, jugar algún deporte dentro de las unidades, en el estacionamiento, sin importar que estuviéramos en constante peligro.

IV

En las unidades donde vivíamos, había un departamento que desde hacía ya un par de años nadie lo habitaba, ni se veía que se acercara algún interesado en él. Un día Bill y otros compañeros fueron a curiosear y a ver si lo podían abrir, pues su fin era encontrar algún objeto de valor que pudieran hurtar para después venderlo. Aquella noche la visita que hicimos al departamento fue angustiante, eran cerca de las once, Juan y yo acompañando a nuestros compañeros, fuimos como observadores, ya que alguien tenía que avisar de la presencia de los vecinos desde la parte de afuera, Bill y nuestros otros dos compañeros se encargaron de la cuestión técnica y práctica de las operaciones más delicadas. El primer paso que hicieron fue romper un vidrio pegando previamente sobre él cinta canela, para que no hiciera mucho escándalo al romperlo. Una vez roto el vidrio con un hoyo de un tamaño lo suficientemente grande, nuestros tres amigos se aventuraron a meterse al departamento, salieron después de algunos minutos con las manos vacías y cara de frustración y decepción. No dijeron muchas cosas de lo que había dentro, simplemente se concretaron a poner hora para que al día siguiente regresáramos cuando hubiera luz, pues no se alcanzaba a distinguir lo que había dentro. Al siguiente día era sábado, así que

nos reunimos temprano, eran cerca de las cuatro de la tarde cuando nuestros compañeros aventureros estaban decididos y con herramienta como desarmadores y pinzas, para abrir el departamento y así cumplir con lo pactado. Esta vez se metieron con más confianza, en cuestión de minutos desarmaron la chapa y abrieron la puerta, los que estábamos afuera entramos y nos quedamos sorprendidos, el departamento estaba vacío, excepto por una mesa vieja de madera, empolvada y nada más, no había nada de valor.

Este suceso significó mucho para nosotros, pues a pesar de que no obtuvimos nada de valor que hurtar, obtuvimos otra cosa más valiosa, habíamos encontrado una guarida donde refugiarnos de la bestias salvajes del mundo exterior. Era un departamento olvidado, abandonado, que pasó a ser expropiado arbitrariamente por nosotros, lo hicimos nuestro. Nadie nos reclamó nada, pues el departamento tenía dueño, pero hacía ya años que no se paraba por ahí, así que los vecinos no tenían derecho a reclamar. Que yo sepa nunca se presentó el dueño a reclamar el departamento.

Después de platicar y concluir que el departamento estaba muy sucio y debíamos limpiarlo para posteriormente tomarlo como una casa club, nuestras amigas fueron a su casa por algunas escobas, jabón, algunos otros fueron por cubetas y agua, otros más llevaron lo que pudieron sacar de su casa. Entre todos limpiamos el departamento. Cuando estuvo lo suficientemente limpio nos decidimos a decorarlo progresivamente a nuestra manera, a nuestra forma de ver el mundo, éramos totalmente libres de hacer y expresar el arte que se desbordaba y viajaba por nuestras venas.

La puerta principal que daba hacia el mundo exterior la decoramos con algunas frases. En la parte de arriba de la puerta, con letras mayúsculas y de color rojo, se dejaba ver "LA BODEGA", debajo de esto con letras un poco más pequeñas un letrero con la leyenda: "No molestar, jóvenes estudiando", un poco más abajo decía: "Cuidado con los perros de ataque", y la última frase que se encontraba debajo de estas decía: "no se permite el acceso a personas mayores de veinticinco años, a excepción de que sean recomendadas como muy buena onda".

El departamento en sí era muy pequeño, constaba de una estancia, dos recamaras, baño, un espacio también para la cocina y nada más. Los muros de la estancia fueron decorados con graffitis muy bien elaborados. El muro que más me gustaba era el que se veía inmediatamente cuando uno abría la puerta principal para entrar, este mostraba un deleite para la vista, pues podíamos ver en el centro del muro a un cristo crucificado con la cara agachada como mostrando estar decepcionado, a sus lados unos tanques de guerra, explosiones, un cielo gris, algunas palomas cayendo del cielo muertas y sangrando. En la parte superior izquierda del cristo había un ángel que tenía la mano zurda extendida hacia enfrente y con la mano derecha se inyectaba una jeringa en el brazo extendido, la cabeza tirada para atrás dirigiéndose hacia el cielo, sus ojos estaban perdidos viendo hacia ninguna parte. Arriba de la cabeza del cristo con letras rojas sangrando, una leyenda que decía: "Padre perdónalos", y en la parte de los pies decía: "Dios a muerto". Esto era toda una obra de arte, que reflejaba el descontento con la sociedad destructiva en la que nos tocaba vivir, esta sociedad moribunda, agonizante. La primera

leyenda reflejaba la conciencia de la destrucción, y la segunda reflejaba el escepticismo y el pesimismo de la no salvación del mundo, “Dios ha muerto”.

El cuarto más grande lo alfombramos, pues sucedió que un vecino había sacado su alfombra vieja a la basura, pero nosotros la vimos todavía en buen estado y la cortamos a la medida del cuarto, nos quedó exacta. Este cuarto estaba decorado con posters, fui el primero en poner uno del sub-comandante Marcos, a lado de este, mi amigo Juan colocó uno de Jesús revolucionario con sus respectivas cananas cruzadas en el pecho y una cruz en las manos, debajo de esta imagen puso la leyenda: “Así es Marcos sin pasamontañas”, y a lado de este poster estaba uno del “Che Guevara”, arriba de los tres una frase que decía “Aquel que no ama no es revolucionario”. En otra pared se encontraban posters de Curt Cobain, Jim Morrison, Bob Marley, Jimmy Hendrix, Janis Joplin y otros de diversos grupos, algunas frases conocidas y uno que otro poema con letras pequeñas. Este lugar era utilizado para platicar a solas con tu mejor amigo las cuestiones más íntimas que te sucedían, aquí también se arreglaban conflictos, malos entendidos, reconciliaciones o simplemente era utilizado para meditar a solas o dormir. El cuarto que se encontraba al lado de este no tenía más que un colchón viejo, que Bill había conseguido de su casa y lo había colocado ahí y un sillón viejo que saqué de mi casa, ya que, mi madre no lo ocupaba. A pesar de que el colchón no tenía base siempre estaba bien ordenado con algunas cobijas. Las paredes estaban llenas de letras pequeñas con nuestros nombres y algunas otras cosas. Lo que escribíamos en estas paredes era lo que sentíamos hacia alguna otra persona. Todo aquel que entrara a “La Bodega”

tenía que escribir algo en estas paredes, ya sea un pensamiento para sus padres, novia, amigos, familia, mascota, etcétera, es decir, algo que a él le hubiera gustado decir personalmente a esa persona o cosa que amara u odiara. Juan escribió: “Doy gracias a mis padres que me dieron la vida y a Dios por darles la vida a ellos”. Este cuarto a diferencia del de a lado, sí tenía puerta, en la cual escribimos “Cuarto de hotel 666” y abajo, “que todo salga bien y recuerda: siempre usa condón”. Este cuarto era utilizado por aquel que no quisiera llegar a su casa a dormir o por aquellos que tuvieran aventuras fantásticas con la sexualidad.

Este lugar fue el principal protagonista de muchas fiestas, de borracheras, de nuestras primeras experiencias sexuales, disgustos, aburrimientos de estudios y aprendizaje. Este lugar era expresión del arte juvenil que la sociedad no quería reconocer. En este espacio había veces que tocábamos la guitarra, cantábamos. Había otras veces que nos sentábamos en círculo a leer poemas de Mario Benedetti, Jaime Sabines, Pablo Neruda o Fernando Pessoa entre otros. Había compañeros a los que les gustaba el graffiti y la pintura, a veces nos llevaba cuadros elaborados por ellos, y los colgábamos en las paredes como verdaderas obras de arte. Pero el que más me sorprendía era Juan. Este era un chico muy imaginativo, espontáneo, ingenioso y sobre todo tenía esa capacidad de asombro frente a las actividades que realizábamos y hacia los temas que hablábamos. Discutía y proponía sobre todos los temas, lo extraño era que sólo era así en “La Bodega”, pues en el mundo exterior se comportaba de otra forma, afuera era callado, reprimido, inseguro y tímido. Quería aprender a hacer de todo,

desde tocar la guitarra hasta aprender a pintar, pero lo que más me gustaba de él era esa forma de escribir tan simple y poética. A las canciones les cambia la letra original y en ellas proyectaba nuestra forma de pensar, pero lo más bello era cuando escribía poemas, o lo que él llamaba pensamientos del alma. No se los enseñaba a nadie excepto a mí. En sus escritos marcaba su forma de ver el mundo, ese mundo que cambiaba día con día, al cual tenía que adaptarse y acomodarse. Un día leí uno de sus poemas, el cual me pareció maravilloso, le insistí para que se lo enseñara a todos y con muchas dificultades aceptó, cuando lo leí a los compañeros de la “Bodega” se quedaron sin decir palabras, pensando, conmocionados, y pidieron que lo volviera a leer. El poema decía así:

Cuarto desordenado

*Al despertar el mundo era un desorden,
como la habitación, como la vida,
trapos por aquí y por allá,
cachos de almas embarrados y tiradas por todos lados.
El amor enterrado bajo un escombros de porquería.*

*Al despertar el mundo estaba loco, violento,
el viento golpeaba a la puerta,
en un sólo segundo quedas destrozado,
el violento viento destroza tu materia carnosa.
Las horribles bestias salvajes se destrozan entre sí,
el mundo agresivo, asesino, moribundo.
La muerte se presenta como cotidianeidad.
Al despertar el mundo era una prisión,*

*encerrados todos en el mismo cuarto,
un barco que se hunde poco a poco,
nadie se da cuenta.*

*Putrefacción, soledad, muerte.
Desperté de pronto, en un gran vacío lleno de soledad,
un cuarto desordenado como mi vida,
atrapado sin poder salir,
afuera el todo es una monstruosidad,
adentro todo es un caos.*

*En el cuarto, las sombras, los recuerdos,
torturan mi mente enferma,
se oyen voces y pasos allá afuera,
dentro el miedo nos mata,
estamos aterrados, sudando frío,
la paranoia nos invade, volteas a un lado y al otro,
la mente torturada, enferma, convulsionada de tanto horror,
atrofiada por la verdad mortal de vivir.*

Al despertar todo comenzó a ser distinto.

Este poema reflejaba nuestro sentir en la vida, éramos nosotros con nuestros actos los que lo habíamos escrito, los que lo declamábamos, éramos simplemente nosotros.

“La Bodega” era un mundo espacial donde habitábamos seres extraños que recreábamos el mundo una y otra vez como se nos diera la gana, era una construcción, deconstrucción y nueva construcción de nuestras vidas, era una especie de encuentros y desencuentros con uno mismo en la mirada del otro, inconscientemente. Todo lo que realizábamos eran

juegos donde descubríamos partes de la totalidad del ser, que se encontraba entre nosotros y no la podíamos ver por el velo de dogmatismo, moralidad y falsas creencias que la sociedad nos había heredado, que nos cubrían nuestros ojos. Era como empezar a jugar un juego conocido teóricamente, pero ahora lo empezábamos a jugar con soldaditos de carne y huesos. “La Bodega” no era más que el reflejo de nuestros sueños quiméricos y nuestros pensamientos contruidos por pequeñas partecitas de utopías, era un pequeño lugar en el cual nos encontrábamos con nosotros mismos sin saberlo. Fue en este lugar donde cada quien marcó su camino, el cual tendrían que seguir, aunque fuera el más empedrado. Fue en este lugar donde algunos se perdieron y otros se encontraron.

El grupo se empezó a desintegrar por cuestiones personales, pues cada quien puso prioridad según sus fines, algunos se dedicaron a estudiar, otros a trabajar, algunos más se casaron prematuramente obligándolos a olvidarse de nosotros, algunos otros como Bill se dedicaron a robar y a perderse en las drogas. Juan y yo le dimos prioridad a la escuela y a la música. Sólo algunas veces regresábamos a “La Bodega” para platicar un poco con aquel que estuviera ahí, recordar y tratar de volver hacer lo que algún día hicimos. Poco a poco nos fuimos desconectando unos con otros. “La Bodega” se fue quedando sola, sin mantenimiento, olvidada. Posteriormente sirvió como refugio de algunas persecuciones políticas que más tarde contaré.

V

Dicen que recordar es vivir. Recuerdo con nitidez aquellos días que disfrutábamos de nuestra juventud experimentando cosas nuevas sin preocuparnos de sus consecuencias, esas

consecuencias que en ocasiones nos dañan. Éramos simplemente jóvenes viviendo en el presente sin echar miradas hacia el futuro.

Una de las pocas veces en que me ha asombrado la actitud de Juan fue aquella cuando tuvo su primer encuentro sexual con una chica. Éramos casi niños y más Juan, en éstas cuestiones del cortejo, del sexo y del amor, estaba perdido.

Juan reflejaba en su cara la inocencia, se aferraba a preguntar como un niño curioso, miles de cosas que Bill y yo muchas veces desconocíamos. Una de esas preguntas inolvidables para mí fue ¿Es necesario amar a la persona con la que tengas relaciones sexuales? Sabía que esa pregunta no tenía una respuesta fácil y que caeríamos en complicaciones si tratáramos de definir si es necesario amar o no amar, además que éste tipo de preguntas se responden con las experiencias y la forma de ver el mundo de cada quien. Así la respuesta la define cada uno de nosotros, y por ésta causa decidí quedarme callado; sin embargo, Bill no. Nuestro amigo respondía diciendo que el amor no tenía nada que ver con el sexo, que el amor no existía, que sólo existía el placer de uno mismo, que las mujeres y las relaciones sexuales eran como una manzana, que hay que comerse, saborearse, aprovecharse y después desecharlas.

Cursábamos el segundo semestre en el CB16, como es tradición o costumbre los viernes se hacían pequeñas fiestas en la casa de algún compañero o amigo de la escuela, de aquél que quiere ser el más popular de todos por sus buenos reventones.

Nos enteramos de la fiesta por causa de un compañero, al cual le dijeron dónde iba a ser. Eran las 5:00 p.m. y el bacho estaba parcialmente vacío, pues todos hablaban de la

fiesta en casa de una tal Ivonne, entonces, tomamos la decisión de ir a la casa de nuestra nueva amiga, a la cual ninguno de nosotros conocía.

La casa era muy cálida, nos sentíamos como en nuestra propia casa. Ese día a Juan le esperaban sucesos calurosos, y el sexo tocaría a su puerta. Era un niño impaciente por conocer el mundo del sexo y aún más por poner en práctica todos los consejos y relatos de Bill. Cuando llegamos a la fiesta, Bill nos presentó a unas amigas que eran de la escuela, una de ellas (no recuerdo su nombre, aunque sé que Juan tampoco) fue la que se encargó de ser la maestra de Juan en la clase de “práctica de sexo”.

Aquí comienza toda la seducción que pone en marcha el joven Juan, vigilado por Bill para no tener errores y tener éxito en su objetivo. Después de algunas horas Juan y la chica platicaban a solas y se hablaban al oído, y el pretexto era la música con alto volumen, pero después salían a la tienda muy seguido. Pasaban de las 8:00 p.m., con una gran cantidad de alcohol (y quién sabe que otras sustancias) recorriendo nuestras venas.

Vi que Juan muy discretamente se dirigía a una recámara con la amiga de Bill tomándola por la cintura y con delicados besos al oído. Nunca había visto a Juan actuar de esa forma, era otro, transformado totalmente, desde la forma de hablar, hasta la forma de ser con nosotros y con las mujeres, ahora era un “Don Juan” y no simplemente Juan el chavo que no sabe nada del mundo. Dejé que se fuera con la chica, pues sabía muy bien que él lo deseaba. Solamente me dediqué a seguir hablando, tomando cerveza y a observar al maestro Bill,

cómo se preocupaba de que su alumno desempeñara bien su papel. Como una hora más tarde salieron Juan y su amiga del cuarto, con una sonrisa en la cara que nos decía que todo había salido muy bien. En ese momento me alegré por Juan, porque se veía que estaba muy feliz. Después de una media hora vi a Juan solo, me acerque a él al igual que Bill, no dije nada, Bill (ya ebrio) solamente dijo dirigiéndose a Juan: “Esa chava con la que platicabas está muy guapa ¿No?” Los tres comprendíamos bien lo que había pasado, de tal forma que nos dedicamos a brindar por Juan y su noche de placer.

Salimos de la fiesta cerca de las 11:30 p.m. pues ya solamente quedábamos los mismos de todas las fiestas, “los borrachos”, y además iban a dejar de pasar peseros. Juan no pudo despedirse de su amiguita ni mucho menos darle las gracias, ya que la chica le dijo que iría a la tienda y ya no regresó. En su inocencia pensaba y creía que realmente se había ido de la tienda a su casa, pero la verdad era otra. Después de que la chica se salió, salí atrás de ella, no para saludarla, sino para comprar cigarros y de paso orinar en algún coche. Efectivamente lo hice, pero de regreso a la fiesta, vi que la amiga de Juan estaba dentro de un coche besándose con un tipo, creo que era su novio, por lo menos, el oficial, pues eso fue lo que me dijo Bill al comentarle lo que había visto.

En el transcurso del camino Bill decía incoherencias y tonterías pues su embriaguez hacía que actuara de esa forma, veía en la cara de Juan y en sus ojos negros y alegres, una cierta inquietud por decirme algo de lo que había pasado. Así que decidí comentar las cosas del día, Juan contestaba muy emocionado porque pudo poner en práctica todas las técnicas de Bill, quien estaba orgulloso de dichas técnicas.

Cuando llegamos al edificio lo primero que hicimos fue subir a Bill a su departamento, porque su grado de ebriedad no era controlable por él mismo, pero no sin antes tener ciertas dificultades al subirlo, porque en el octavo escalón resbaló, haciendo demasiado escándalo, que llegó hasta el departamento de nuestros vecinos, los cuales desde sus recámaras nos gritaron: ¡Borrachos &?/*#%*#\$\$%#&! ¡Dejen dormir! ¡Ya cállense!

Después de dejar a Bill, bajamos y nos dirigimos a la salida de la unidad para que Juan pudiera tomar el pesero o micro, y regresara a su casa. Entre conversación, chistes y bromas sobre la fiesta, nos dimos cuenta de que no había transporte, así que decidimos regresar a mi departamento para que desde ahí pudiera comunicarse a su casa y avisar que se iba a quedar a dormir conmigo. Entramos al departamento sin hacer ruido, Juan se dirigió al teléfono para hablar, me dirigí a la cocina para tomar un vaso de agua pues la cruda me empezaba a hacer efecto. Por el silencio de la noche podía escuchar algunos gritos y reclamos de la mamá cuando éste hablaba por teléfono con ella. Sin embargo, no podíamos hacer nada, únicamente nos dirigimos a dormir sin importar nada, y sobre todo Juan que se notaba más cansado de lo normal.

Pasado de medio día despertamos, teníamos dolor de cabeza, una sensación de cansancio y mareo, y un malestar de todo el cuerpo. Mi madre ya estaba despierta y mi padre había salido temprano, a no sé dónde. Mi mamá nos preparó un almuerzo típico para crudos, porque sabía que estábamos sufriendo los efectos del alcohol. A pesar de todo mi madre siempre fue comprensiva conmigo, aunque no faltaba el jalón

de orejas. Mientras almorzábamos observaba a Juan, se veía un poco decaído y pensativo, sobre todo por el sermón de mi mamá. Al terminar de almorzar fui a dejar a Juan a su casa, en el camino observé que su cara reflejaba una mirada pensativa y le pregunté qué era lo que tenía y me contestó que no tenía nada, pero su voz sonaba con cierto aire de arrepentimiento, quizás por lo ocurrido en la fiesta, o quizás era la cruda moral. Pero no dije más, simplemente cambiamos de tema.

Pasó una semana para que Juan notara algo raro en su cuerpo, un síntoma era que al orinar sentía dolor y ardor, también tenía secreciones de una sustancia viscosa y con mal olor. Nosotros nos preocupamos porque podía tener una infección de transmisión sexual que podía ser mortal como el SIDA. Estaba temeroso y desesperado porque él creía que eso era normal después de tener relaciones sexuales, pero Bill y yo le hablamos de una serie de enfermedades que podría tener y, para que nos pudiera creer fuimos a buscar información sobre las infecciones de transmisión sexual y sobre el SIDA, con el médico de la escuela. Dijimos que eran para una exposición y le pedimos al médico que nos diera unos folletos sobre estas infecciones, y también nos dio condones para su prevención, los cuales utilizamos después para jugar y espantar a las chicas. Uno de los folletos fue éste:

INFECCIONES DE TRANSMISIÓN SEXUAL

ENFERMEDAD	CAUSA	SÍNTOMAS	TRATAMIENTO	CONSECUENCIAS
TRICOMONIASIS	Parásito protozoo	Hombres: molestias en el pene, escozor al orinar y secreción acuosa. Mujeres: secreción vaginal maloliente, dolor abdominal y al orinar, picores en el área genital, molestias en el coito.	Antibióticos	Infecciones urinarias
PEDICULOSIS (ladillas)	Parásito externo	Picor, pequeños parásitos móviles y agarrados al vello púbico, visibles a simple vista.	Desparasitarios Desinfectar la ropa	Ninguna
GONORREA	Bacteria	Hombre: secreción viscosa o purulenta por el pene, escozor al orinar. Mujeres: aumento del flujo vaginal, trastornos en la regla y escozor al orinar.	Antibióticos	Hombres: infecciones en articulaciones (artritis), dolor en el pene e ingles y esterilidad. Mujeres: infecciones en articulaciones y esterilidad. Recién nacidos: ceguera o neumonía

CHANCRO BLANDO	Bacteria	Úlcera en zona genital	Antibióticos	Lesiones locales graves
LINFOGRANULOMA	Bacteria	El 75% de los infectados no presentan síntoma. Parecidos a los de la gonorrea y, normalmente, difíciles de detectar. Más fácilmente reconocidos en el hombre.	Antibióticos	Semejantes a los de la gonorrea.
SÍFILIS	Bacteria	Etapas 1: Úlcera rojiza indolora en genitales boca o ano. Etapas 2 (de 1 a 6 meses después del contacto): nódulos linfáticos en ingles, axilas, o cuello. Manchas en pecho, espalda y extremidades.	Antibióticos	Lesiones destructivas en el sistema circulatorio y el sistema nervioso, que pueden ser mortales. Malformaciones y muerte del recién nacido.
HERPES GENITAL	Virus	Inflamación alrededor de los genitales y el ano con pequeñas ampollas dolorosas. Escorzo al orinar, en el primer episodio, síntomas parecidos a la gripe.	Evitar todo contacto sexual mientras persistan las ampollas. Tratamiento difícil.	Rebote de los síntomas en situaciones de estrés, riesgo de aborto y cáncer cervical.

INFECCION VIH Y SIDA	Virus	Normalmente no hay síntomas visibles durante muchos años, pero pueden así transmitir la enfermedad.	Medicamento para disminuir la velocidad de progresión.	Transmisión al feto. Gran vulnerabilidad a infecciones. Cánceres raros y problemas neurológicos. Muerte.
CONDILOMAS	Virus	Lesiones indoloras de aspecto verrugoso (como coliflor), normalmente en la vagina, cuello del útero y en los genitales externos y alrededor.	Crioterapia, láser, electrocoagulación Tratamiento difícil	Rebotes frecuentes. Posibles desarrollos cancerosos.

Por los síntomas manifestados pudimos especular que podía ser gonorrea. No quería ir al médico, porque por su cabeza pasaban ideas muy confusas acerca de lo que podía tener, creía que quedaría estéril, pensaba si podría o no tener relaciones sexuales más adelante, también sufría al pensar que no podía decírselo a sus padres, por el regaño o castigo que le pondrían.

Hasta que por fin un día decidió ir al Centro de Salud más cercano a su colonia. Cuando llegamos, estaba apenado por “el que dirá el médico sobre mí”. Decía: “dirá que soy un cochino, depravado, de lo peor, etc.” Entramos al consultorio, Juan se encontraba muy nervioso y temeroso. El médico realizó las preguntas de rutina. ¿Cómo se siente?, ¿Qué le moles-

ta?, etcétera. Hasta que Juan le comentó todas sus molestias el médico profundizó en sus preguntas: ¿Desde hace cuánto tiempo tiene molestias?, ¿Usa condón en sus relaciones sexuales?, ¿Tiene buena higiene?, ¿Cuántas parejas ha tenido?, entre otras más. El médico le dio una buena explicación a Juan del por qué hay que cuidarse, qué enfermedad podía tener según los síntomas y cuál es el tratamiento. Se calmó un poco con la explicación del médico, pero hasta no estar seguros de lo que tenía no iba a estar tranquilo, porque todos los síntomas apuntaban a que era gonorrea. El médico tomó muestras de las secreciones para analizarlas y verificar que tipo de infección podría tener. Le recetó algunos medicamentos para calmar el dolor y evitar una infección mayor. También nos dijo que regresara a los cuatro días para saber los resultados.

El transcurso de los cuatro días siguientes fue un calvario para Juan, había en sus palabras, en su forma de hablar, en su forma de actuar, en sus sueños, en todo él, ese aire de arrepentimiento que lo envolvía y lo presionaba como si estuviera a punto de ser electrocutado por una silla eléctrica. Por lo que veíamos comentó se sentía mal por haber tenido relaciones sexuales con una desconocida de la cual ni siquiera se acordaba del nombre. Me platicó que él nunca pensó que podía hacer cosas como las que hizo el día de la fiesta. Por mi parte trataba de explicarle que el alcohol y otras sustancias cambian a las personas y las hacen actuar de maneras diferentes a como son normalmente. Pero él no acepto este comentario porque sus arrepentimientos iban más allá. Juan argumentó “este suceso es lo último y lo más bajo que podía hacer...” A él le habían enseñado que tener relaciones sexuales solamente se podía

realizar con una persona a la que amara o con la mujer con la que desearía formar una familia, pero no de esta manera ¡Con una desconocida!, que como se presentó se esfumó.

Fueron de este tipo todos sus reproches y no los veía como consecuencia de las circunstancias y el alcohol. Se observaba en Juan el remordimiento de no haber cumplido sus normas moralistas, pero aún más, tenía los ojos llorosos como si se avergonzara de sí mismo. Entendía que sus palabras eran una justificación de su arrepentimiento, y que pensaba que era justo tener esa infección como castigo por no haber cumplido con lo que le inculcaron sus padres, sus tradiciones y la iglesia. Nunca había visto a un joven tener tan arraigados sus valores y que influyeran tanto en su vida. Por su parte Bill comentó: “pinches viejas fáciles, así son todas de arrastradas y perras”. Bill sólo se dedicó a insultar y manifestar su odio hacia las mujeres. Mientras Juan no le reprochaba nada a ella pero se reprocha a sí mismo.

Juan no sabía qué hacer, si decírselo a sus padres o callarlo por el resto de su vida. Se imaginaba todo lo que le dirían sus padres, y tenía un temor enorme de que lo corrieran de su casa. Él deseaba que su familia lo entendiera, y que con el perdón que les pediría no se disgustaran tanto. Creó diálogos de lo que le dirían; primero empezó con su padre, el cual era el más rígido e incomprensivo. Se llenaba la cabeza de insultos que le diría su papá, como: eres un pendejo, sólo a un tonto como tú le puede pasar eso... y así sucesivamente serían las palabras. Después hizo el diálogo con su mamá, la cual primero estaría enfurecida por saber que su hijo se acuesta con cualquiera, pero terminaría llorando, porque la vida de su hijo está en juego, y al final no sabría si lo apoyaría o no.

Así fueron las horas enteras durante esos cuatro días. Juan decidió, decirle primero a su madre de lo ocurrido en la fiesta. Como era de esperarse, la mamá, se enojó tanto que no quiso hablar más con él, pero en la noche, su madre se presentó en su cuarto, diciéndole que no se preocupara, ella no le diría a su padre hasta no estar segura de qué es lo que tenía. También le dijo que ella lo apoyaba en todo. Su madre se portó de una forma que nunca había visto. Dijo que por primera vez sabía que para ella él era una persona muy importante, que haría cualquier cosa porque estuviera bien. Ese día se sintió muy animado porque sabía que su madre lo amaba, que lo apoyaría en todo, y que siempre estaría a su lado. Comprendió hasta qué punto puede llegar una madre a amar a sus hijos, y como puede en ocasiones apoyarlos más que a su marido.

Al día siguiente estaba más tranquilo, pero no del todo porque todavía faltaban dos días para que le entregaran los resultados. Tratamos de hacerle los días más amenos entre Bill y yo. Hubo también un cambio, aunque no muy notorio, en Bill, porque apoyaba a Juan y le daba muchos ánimos, se veía que trataba de sacarlo de la “depre”. Hasta pudimos hacer que por un par de horas no se acordara de sus angustias.

Por fin el día llegó. Fuimos al Centro de salud, Juan, su madre, Bill y yo, para ver qué era lo que tenía. Estábamos muy nerviosos los cuatro, hasta que el médico salió y dijo que únicamente Juan y su madre pasaran al consultorio. Bill y yo pensamos que era algo muy serio que no podía decirlo a personas que no fueran de la familia. Esperamos, ansiosos por saber el resultado de los análisis, hasta que Juan salió a decir-

nos que pasáramos. El médico nos dijo que nos sentáramos, pensaba que nos iba a pedir apoyo y discreción con la enfermedad de Juan; pero no fue así, nos iba a dar una plática de cómo debemos cuidarnos para no tener “falsa alarma” con las enfermedades. En efecto, Juan no tenía una enfermedad muy grave, sólo era una bacteria, la cual era tratada con antibióticos y se podía curar porque fue a tiempo al médico. Su madre lo regañó, pero estaba feliz de que su hijo no corría peligro. Salimos felices los cuatro del Centro de Salud y decidimos Bill y yo, invitar a comer a Juan y a su mamá para celebrar que no era tan grave la cosa. Nos fuimos a comer y pasamos una tarde como nunca, porque conocimos más afondo a la mamá de Juan y nos daba gusto que ella sí apoyaba a Juan, a pesar de que su esposo no lo hiciera.

Pasaron un par de meses para que Juan pudiera asimilar lo ocurrido con su aventura sexual y lo trágico de las infecciones. Después de reproches y arrepentimientos pudo comprender lo oscuro del sexo, y se dio cuenta de una realidad que no conocía, pues el tener sexo con desconocidas (os) es un hecho muy real, aunque para él no pudiera ser posible a pesar de todo.

Bill y yo platicábamos mucho con Juan sobre este hecho, pero lo más importante fue que cambió su forma de pensar sobre el sexo, lo veía como una cosa mala y esto no cambió hasta que conoció a una chica muy especial para su vida. Cuando conoció a Carmen, su estado de ánimo mejoró demasiado, se veía singular alegría en su mirada, en sus palabras y en la forma de ser con los demás. Como decimos los chavos “le pego el amor y cañón”.

Cualquiera podía decir con certeza que estaba enamorado. Hasta parecía gato: días nos visitaba y otros desapa-

recía sin dejar rastro alguno, simplemente nos abandonaba por una chica. Pero después regresó a la normalidad, nos frecuentaba muy a menudo, a veces solo y otras acompañado de Carmen, a la cual veíamos ya como una buena amiga. Y como no serlo si hacía feliz a Juan y por ello le agradecíamos el apoyo que le daba a él. Nosotros no podíamos levantarle el ánimo pero Carmen lo logró.

Juan y Carmen eran una pareja muy especial y única, convivían mucho tiempo juntos y se la pasaban de mil maravillas. A mí me hicieron recordar grandes amores de mi vida, y creo que a otras personas también. Tal vez sea cursi pero derramaban miel en todos los lugares a los que iban. Hasta llegué a jurar que terminarían casados, lamentablemente no fue así. Tal vez voy muy rápido y directo sobre este noviazgo de Juan, y sé que les gustará saber más de esto, así que para allá voy.

Después de su cruda experiencia con el sexo, Juan estaba decaído. A pesar de que todo había salido bien, estaba un poco desmoralizado, por sí mismo; pero algo inesperado cambió esta situación.

Conocimos a Jorge, un chavo buena onda y valedor como ningún otro. En un día... no recuerdo exactamente, fuimos por él a su escuela, el CETIS No.1, que está cerca del bacho, así que nos decidimos por caminar. Esperamos la hora de la salida de Jorge, alrededor de la 1:30 o 2:00 de la tarde. Sí que esperamos bastante, hasta unos tipos nos quería golpear porque éramos desconocidos del rumbo. Pero de repente salió Jorge y les dijo que éramos sus amigos, y todo quedó en una disculpa y un saludo amigable de parte de los chavos. Para perder más el tiempo decidimos irnos caminando por

toda la avenida hasta que nos cansamos y decidimos tomar el micro. En el transcurso del camino nos detuvimos en una paletería y Jorge saludo a dos chavas una de nombre Mayra y la otra Carmen.

Mayra era la típica chica asediada por todos los chavos por sus curvas prominentes y por su facilidad de adaptarse con cualquiera, y no precisamente para platicar. Como es de imaginarse, Bill se lanzó al ataque después de saber que eran amigas de Jorge. La otra chica era Carmen, en ese entonces aún desconocida por todos. Era una niña tierna, no era fea pero tampoco guapa a comparación de Mayra, simplemente era simpática y bonita tal vez. Parecía una niña, su silueta delgada con pocas curvas y tal vez sin ninguna gracia, pero su mirada y su sonrisa hacían que fuera muy angelical.

Mayra y Carmen nos acompañaron a caminar, Bill como siempre lanzando el can a las dos, para ver cuál caía primero. Por lógica podíamos decir que Mayra, pero esta lo ignoró un buen rato y trató de hacerme la plática (no es por presumir, pero tenía gran interés por conocerme, eso dijo Jorge). Pero al verla, no me agradaba su comportamiento y mucho menos tener una aventura con ella, a pesar de que era perfecta de cuerpo.

Juan y Jorge platicaban mientras todos los ligues se daban a su lado. Sin percatarme de las cosas, terminé hablando con Jorge, Juan con Mayra y Carmen con Bill. Después Bill hizo lo imposible por seguir hablando con Mayra así que dejó hablando a Juan con Carmen. Aquí es donde comienza una buena y duradera relación. La de Bill y Mayra nunca fue verdadera, sólo duro tres días, mientras calmaban la calentura, pero la que sí duró, y un buen ratote, fue la de Carmen y Juan.

Juan comenzó a desplazarnos a Bill y a mí por Jorge, y era notable: "El interés tiene pies" y se llamaba Carmen. Salía-

mos de la escuela y desaparecía porque iba a ver a Jorge y de paso a saludar a Carmen, o sería al revés: ver a Carmen y de paso saludar a Jorge. Eso no lo sé, pero es como uno lo quiera ver, ¿o no? Él era muy amable con ella ¿Cómo no serlo si para él era una belleza, una diosa, hermosa como ninguna otra? Hasta recuerdo la descripción de Carmen como la decía Juan: Una trigueña, de olor suave y delicado, de ojos brillantes y profundos, de sonrisa demasiado expresiva y con manos cálidas como el fuego, de labios preciosos y cabello sedoso como un pétalo, su piel fresca y tersa como un durazno.

VI

Era el año del 98, cursábamos la mitad del cuarto semestre, Bill había desertado un semestre antes, ya que su alto índice de reprobación y las constantes borracheras que solía ponerse en “las marraneras” o “las palmas” (lugares donde nos reuníamos para convivir y beber cerveza), provocaron que su madre lo sacara de la escuela y lo metiera a estudiar a un colegio de paga.

Durante los semestres cursados en el bachillerato nunca habíamos tenido tanto interés por una clase como por la de Historia, que comenzamos a cursar en el tercer semestre. Llegábamos puntuales, con ganas de participar y un sentimiento de rebeldía que nos gustaba y nos hacía identificarnos con la clase. Esta materia la impartía el profesor Marcelo González, activista del movimiento estudiantil de 1968, asesor del sindicato de trabajadores y académicos del CB16, profesor en la Universidad Autónoma Chapingo, marxista ortodoxo, zapatista, rebelde, revolucionario, antiimperialista, que ponía como estandarte a Lucio Cabañas, el “Che Guevara” y el sub-

comandante Marcos. Tendría alrededor de cincuenta años, tachaba de enajenados a quienes que se comportaran mal en su clase, y a los que participábamos nos elogiaba diciendo que teníamos conciencia de clase. Su clase, más que ser el clásico sermón de fechas y anécdotas fantasiosas de mártires fracasados, era una reflexión de la sociedad desde puntos la perspectiva del México que vivíamos, haciendo comentarios y críticas más allá del marxismo. Como algunos otros que nos impartían clases de ciencias sociales, literatura, filosofía, matemáticas, entre otras, nos orillaba a estar pendientes de las noticias, pues acostumbraba hacer comentarios y chistes sarcásticos sobre política o algún hecho relevante de la semana.

Era el mes de septiembre, el profesor Marcelo hablaba mucho del movimiento estudiantil de 1968, de la masacre del 2 de octubre y de los treinta años que se cumplirían de dicho suceso. Para conmemorarlo organizó dos conferencias: una en la Universidad Chapingo el día 21 de septiembre, y la otra el día 23 de septiembre en el CB16, llevando ponentes que participaron en aquel movimiento. A la primera no asistimos, pero nos enteramos de que un pequeño grupo de cinco personas había ido representando al CB16. En la del día jueves 23 de septiembre se proyectó un pequeño documental, algunos ponentes opinaron sobre el tema, contaron un poco su situación en aquellos días, pero lo que más nos interesó fue la forma en que algunos profesores, entre ellos nuestro profesor Marcelo, nos proponían a los estudiantes la alternativa de organizarnos y crear una representación estudiantil del CB16, ya que hasta entonces no había ningún grupo que se encargara de organizar y generar propuestas políticas de representación, excepto los ya casi extinguidos fósiles, que para el año del 98

la mayoría fueron expulsados o habían egresado del plantel. Este grupo se encargaba de organizar las “idas de compras”, es decir, sólo se encargaban de hacer desmadre.

En esta conferencia los profesores nos exhortaron a participar y opinar sobre estas cuestiones, algunos tomaron la palabra. La primera en hablar fue una chica de 5° semestre, la cual dijo que el CB16 no era capaz de tener una organización, ya que los alumnos se la pasaban tomando cerveza en las “marraneras” o “las palmas”, y resaltaba que ella era una buena estudiante y no le gustaba estar de revoltosa. Mientras hablaba, un pequeño grupo, no mayor de cinco personas, abuchearon a esta chica, sin dejar que terminara de elogiarse. Distinguí que eran alumnos del 5° semestre, estos eran los que posteriormente comenzarían un movimiento en la escuela. De ellos tomó la palabra Miguel, un chavo no muy alto, delgado, de cabello largo y suelto, aparentemente el que representaba la opinión de este grupo. Este compañero resaltó que la causa principal de no tener una organización era el individualismo predominante, la apatía, la poca importancia que se daba a la política, de la escuela y de la crítica constructiva que deben hacer los estudiantes, la enajenación de estos, y además la soberbia de algunos estudiantes como la compañera que había hablado antes. Cuando terminó de hablar, aplaudimos, pues nos parecía que esa era la causa de nuestra situación como plantel. Al finalizar, uno de los amigos de Miguel invitó a una asamblea de estudiantes que se realizaría el día lunes, para tratar asuntos de organización de la marcha del 2 de octubre. Salimos fascinados del auditorio, había algo que nos obligaba a seguir hablando del tema, muchas ideas nos surgieron, partimos hablando de los problemas de nuestro salón y llega-

mos hasta la economía política de México, Estados Unidos y el mundo.

El viernes 24 de septiembre Juan me convenció de asistir a la asamblea convocada por los estudiantes. Cuando llegamos al lugar señalado éramos aproximadamente diez personas, poco apoco llegaron más, pero no pasamos de veinte en aquel salón. El único punto que se tocó fue la organización de la marcha. Llegamos al acuerdo de informar de que lugar íbamos a partir. Se crearon comisiones, “saloneamos” a toda la escuela pidiendo una cooperación para las mantas, informando y aclarando que no íbamos a secuestrar camiones, sino solamente los íbamos a tomar prestados. A lo largo de la semana se pusieron pancartas en las entradas principales del plantel y se “volanteó”. El día viernes 1° de octubre, todo el “bacho” estaba enterado de la cita, así que a las cuatro de la tarde decidimos ir a tomarnos una merecida cerveza, y de paso conocer el nuevo recinto de reunión la “casita feliz”.

Al entrar ya se encontraban bebiendo y discutiendo Miguel y su grupo de colegas, nos saludaron de lejos y volvieron a su discusión. Nosotros tomamos una mesa vacía, pedimos una cerveza bien fría y se nos unieron algunos compañeros del salón que ya se encontraban ahí antes que nosotros. Nos comentaron del rumor que se comenzaba a gestar, relacionado con la escuela: Miguel y sus camaradas decidieron formar una organización estudiantil y en ese mismo momento preparaban un documento informativo. Volteamos discretamente a la mesa donde se encontraban y, en efecto, mientras uno de ellos escribía los demás opinaban. Pasada media hora un compañero de Miguel se paró de la mesa y salió del recinto,

aproximadamente quince minutos después regresó con una hoja escrita a máquina, se la mostró a sus compañeros de mesa, uno por uno la leyó y la firmó, se terminaron la cerveza que en esos momentos se bebían, tomaron sus mochilas y salieron como si llevaran prisa. Aburridos y sin esperanza de que hubiera alguna fiesta, pues no se oía hablar de ninguna, decidimos volver a la escuela y platicar con el profesor Marcelo.

Llegando a la puerta de la escuela alguien me extendió una hoja que tomé sin mucha importancia entre mis manos y proseguí mi caminar sin siquiera fijarme que contenía. Juan me arrebató esta hoja, la leyó, me señaló con su dedo en la parte de abajo de la hoja y me percaté de unas siglas, hasta ese momento desconocidas para ambos, que formaban la palabra COEC, debajo de esta palabra, entre paréntesis “Comité Organizado de Estudiantes Clandestino”. La hoja no era más que una convocatoria a la marcha del 2 de octubre, con alguna cita textual del libro “La noche de Tlatelolco” de Elena Poniatoska y haciéndose notar un grupo autodenominado COEC. No le tomamos mucha importancia, pues lo que más nos preocupaba en esos momentos era la mañana siguiente, día 2 de octubre.

Llegamos puntuales al lugar que se nos había asignado. Había dos puntos de reunión, pero los dos grupos nos íbamos a juntar en un lugar en común, “el panteón de San Lorenzo”, pues era dónde hacían base camiones de diversas rutas. Nosotros estuvimos en la entrada del “bacho” junto con otros compañeros, poco a poco fueron llegando los estudiantes que asistirían a la marcha. Nos juntamos ahí cerca de treinta jóvenes, partimos rumbo al panteón tomando un pesero que nos dio un “ray” voluntariamente (no le quedó otra opción). En

seguida de que bajamos del microbús se escuchó un grito de alegría, pues los chavos que estaban ya ahí sabían que éramos la otra parte del “bacho” que faltaba. Se encontraban cerca de treinta personas, entre ellos se destacaba Miguel. Esperamos todavía cerca de treinta minutos antes de partir hacia nuestro destino, pues el encargado de las mantas no había llegado. Mientras esperábamos fueron llegando esporádicamente más compañeros de la escuela, hasta formar un grupo aproximado de setenta personas.

Una vez llegadas las mantas nos empezamos a organizar para nuestra partida. Miguel pidió a los que íbamos de ropa de color que nos acercáramos (la mayoría iba de negro), solicitó cinco voluntarios para hacerle la parada al camión, mientras el resto nos quedamos escondidos detrás de un microbús que estaba estacionado, para que el chofer del camión no se percatara de nuestra presencia. Una vez que el camión se detuvo salimos de nuestro escondite corriendo y como pudimos nos subimos al camión, el chofer no hizo más que una mueca mostrando su descontento, mientras nosotros entonábamos una consigna contra Ernesto Zedillo. Miguel tomó la palabra solicitando silencio, después dijo: “señores pasajeros, no vamos a desviarlos de su ruta y destino, el camión se irá hasta Pantitlán como siempre. Somos estudiantes del Colegio de Bachilleres 16 y nos dirigimos a la marcha que conmemora a los compañeros estudiantes caídos el 2 de octubre de 1968. No somos porros, ni delincuentes, somos estudiantes”. Cuando hubo dicho esto gritó: “¡2 de octubre, no se olvida! ¡Es de lucha combativa!”. No hubo dificultades con los pasajeros, excepto por algunos que nos tacharon de “güevones”.

En un principio, cuando nos dirigíamos hacia el Zócalo, Juan se veía preocupado, pues minutos después de nuestro arribo al camión dos patrullas nos iban escoltando; además ambos sabíamos de las idas de “compras”, los “caminazos” y sus desenlaces. Pero en esta ocasión era algo distinto, todo había sido organizado y acordado por la mayoría, esta era la primera vez que no había sido organizado por los “desmaderos” (fósiles), sino por un grupo de estudiantes conscientes. En el transcurso del camino íbamos gritando consignas y poco a poco Juan se fue descohibiendo. Cuando bajamos del camión algunas personas nos gritaron “vagos”, “delincuentes”, “porros”, algunas otras nos aplaudieron o sonreían expresándonos su apoyo.

Fuimos los primeros en llegar a la plaza de la constitución, nos ubicamos cerca del asta bandera e hicimos algunas pintas en el piso. Aproximadamente a los quince minutos después se escuchó mucho alboroto por las calles de Madero y 5 de febrero, un compañero de nuestro contingente gritó: “¡Ya llegaron los porros!”. Y en efecto, eran chavos que llegaron en un camión pintado, con los vidrios rotos, se bajaron a robar los comercios más cercanos e impusieron temor y coraje entre la gente. Este suceso a Juan y a muchos compañeros les provocó mucha tensión, que poco a poco se nos fue contagiando, ya que la situación parecía que se iba a poner peor, pues algunas personas pedían que mandaran a los granaderos. En esos momentos nuevamente Miguel se dejó escuchar: “Compañeros, esos tipos son porros, son grupos de choque. Si nos mantenemos en este lugar tranquilos y sin hacer alboroto no nos va a hacer nada la policía, ni los granaderos. No se espanten, nosotros sí somos estudiantes”.

Pasando este suceso sin mayor conflicto, nuevamente todo volvió a la normalidad. Poco a poco fueron llegando al Zócalo los contingentes: preparatorias y facultades gritando el “Goya”, vocacionales y escuelas superiores del politécnico gritando el “huelum”, algunos bachilleres que se nos unieron, los estudiantes de la UAM, organizaciones civiles y algunas otras escuelas de nivel bachillerato.

Antes de comenzar la marcha nos cayó un aguacero, él cual provocó que algunos se trataran de refugiarse en donde se podía y otros simplemente nos resignamos a empaparnos. Una vez terminada la lluvia empezó la organización para partir hacia la plaza de las tres culturas donde se realizaría el mitin y el homenaje a los caídos.

La marcha fue enorme, transcurrió muy calmada en comparación con otros años, hubo algunos incidentes menores, pero no hubo muchas dificultades. Una vez terminado el mitin nos regresamos a nuestra casa en metro, junto con algunos otros compañeros. Íbamos cansados pero muy emocionados, pues en el mitin se leyó un comunicado del sub-comandante Marcos, que había enviado para expresar su apoyo a los estudiantes.

Acompañé hasta su casa a Juan. Llegamos cerca de las diez de la noche, me invitó a cenar y no me quedó otra más que aceptar. Vimos las noticias del canal 13, el conductor hacía mención de la marcha como un acto de vándalos y no de estudiantes. Estas noticias nos causaron enojo y cambiamos de canal al televisor, esta vez fue al canal 2 en donde decían lo mismo de la marcha. Juan se veía bastante molesto, me retiré a mi casa pues no tenía caso hablar del tema.

En la siguiente semana el profesor Marcelo nos invitó y exhortó a ir a una reunión que algunos estudiantes del quinto

semestre estaban planeando en la biblioteca, a las cinco de la tarde. El profesor nos dijo específicamente a Juan y a mí que asistiéramos pues —dijo— “a ustedes dos los he visto que participan en clase, llevan buenas calificaciones y además los vi en la marcha gritando con coraje. Casi nadie sabe que sus compañeros de quinto semestre se están organizando, a mí me dijeron que les enviara chavos participativos. Vayan y expongan como han expuesto en clase”. Ese día era martes, asistimos a dicha reunión, un poco por curiosidad pero también con ganas de exponer algunas ideas que anteriormente ya habíamos platicado y nos parecían buenas. Sabíamos de antemano que este grupo se trataba de Miguel y sus camaradas.

Cuando llegamos a la biblioteca se encontraban ya reunidos cinco hombres y tres mujeres, nosotros dos fuimos los últimos en llegar, pues nadie más se presentó posteriormente. Nos presentamos, aunque ya nos conocíamos un poco, comentamos que nos interesaba lo que estaban haciendo, ya que estábamos al tanto de sus planes por medio del profesor Marcelo. Ese día, por medio de Miguel, nos enteramos de que el sindicato de trabajadores y maestros del CB16, pretendía realizar un mitin frente a la dirección del plantel el día viernes, en demanda de algunas peticiones. Todos los que estábamos presentes, después de aceptar ser parte del COEC, decidimos hacernos presentes en dicho acto para hacer notar nuestras intenciones e invitar a los estudiantes a participar y apoyar esta organización.

En efecto el viernes de esa semana el sindicato realizó su mitin y nosotros nos hicimos presentes en el acto, Miguel

tomando el micrófono se dirigió a los estudiantes presentes diciendo: “Compañeros: El COEC, es un grupo de estudiantes que pretende defender los derechos de los estudiantes, para que ninguna autoridad abuse de su poder sobre nosotros. Sabemos que en el CB16 hay muchas demandas de los estudiantes incumplidas, nosotros pretendemos que se cumplan y que vea el director de este plantel que estamos organizados, que el plantel del CB16 nos pertenece a los estudiantes y no a los directores”. Después de haber dicho esto nos presentó y continuó diciendo: “Por otro lado el COEC apoya al sindicato y si ellos deciden irse a huelga los estudiantes del COEC respaldarán sus demandas, pues nos parecen justas”. Cuando hubo acabado de hablar se escucharon muchos aplausos. Ahí mismo se hizo la invitación a participar en nuestra organización. En las semanas siguientes el COEC fue el tema principal de toda la escuela, se rumoraba, se criticaba y se apoyaba desde diferentes concepciones de estudiantes, profesores y directivos del plantel. Con el paso del tiempo el colectivo poco a poco fue creciendo, pero nos costaba trabajo consolidarnos como un grupo sólido, pues algunos estudiantes ingresaban por curiosidad y posteriormente desertaban.

Conseguimos el reglamento general de Colegio de Bachilleres, lo estudiamos y tratábamos de formar estatutos para nuestra organización sin salirnos de las normas internas del plantel, pero el tiempo nos comía a pasos agigantados, ya que el semestre estaba por terminar. Concluyó el semestre y no pudimos establecer un estatuto, pero sabíamos que continuaríamos trabajando cada quien en su casa. Nos pasamos esas vacaciones metidos en la “Bodega”, hablando de política,

marxismo, nuestra situación como estudiantes de un colectivo y algunas otras cosas de tipo social.

Para estos tiempos la “Bodega” ya no era lo de antes, ahora se encontraba sola, descuidada y Bill se la pasaba ahí solitario, drogándose y reprochándonos que no nos habíamos comportado como buenos amigos, pues argumentaba que lo habíamos abandonado, que lo habíamos dejado solo y que eso no era amistad. Tal parecía que Bill no pudo crecer ni cambiar de vida, quería seguir siendo lo que algunos años atrás habíamos sido, se sentía solo e incomprendido. La única satisfacción que tenía era el drogarse, se veía en su cara una gran tristeza y soledad, me daba lástima, sin embargo no podía ayudarlo si él no cambiaba su forma de pensar, y si seguía creyendo que teníamos que encargarnos de él. Bill fue quien se aferró más a la no desintegración del grupo, pues él sabía que era la única familia que lo oía, lo entendía y lo quería. Todos los demás habíamos tomado un camino para continuar nuestra vida y buscarnos a nosotros mismos, cosa que Bill no pudo superar y se estancó en una vida falsa y sin sentido.

Juan y yo pasamos al quinto semestre, Miguel y sus amigos a sexto, pero cuál fue nuestra sorpresa al regresar de las vacaciones: Sucedió que el director junto con sus secuaces arregló el traslado de Miguel a otro plantel, pues lo tachaba de alborotador, revoltoso y de peligro para la tranquilidad del CB16. Esto a Miguel no le importó mucho, pues nos visitaba a diario, pero nuestro odio hacia las autoridades del plantel fue en aumento. Nuestros estatutos por fin llegaron a su terminación por medio de acuerdos y había llegado el momento de hacernos presentes al director, mediante un documento que Juan se había encargado de elaborar, ya que, a

lo largo de nuestras reuniones él fue el encargado de redactar, pues nos gustaba como escribía sarcásticamente contra la autoridad. Cuando llegamos con el director le planteamos nuestras inquietudes, él se negó rotundamente, poniéndose en su papel de autoridad y diciendo que nunca nos aceptaría como organización representativa de los estudiantes porque no estaba legalizado en el reglamento, y además no aceptaría movimientos políticos en el plantel. Salimos decepcionados pero no rendidos, y emprendimos una jornada de información masiva, comunicando que el COEC dejaría de serlo, para que surgiera el CECB16 (Comité Estudiantil del Colegio de Bachilleres 16).

En estos días se nos iba el tiempo como agua entre las manos, nos pasábamos todo el día pensando en nuevas jornadas de trabajo, informativas, recreativas, participativas, que nos brindaran bases para crecer entre la comunidad estudiantil. Saliendo de clases Juan y yo nos reuníamos un rato en la “Bodega” para analizar los comunicados del sub-comandante Marcos, ya que a Juan le resultaban inspiradores, motivadores y por lo regular siempre trataba de escribir y redactar con la misma forma y estructura del guerrillero. Juan era el encargado de escribir la información que se publicaría. En las reuniones, analizábamos entre todos estos escritos, quitando o agregando cosas, pero siempre conservando la esencia que Juan les ponía a sus escritos. A lo largo de ese semestre logramos realizar varias asambleas generales de estudiantes, de donde surgió un pliego petitorio de 10 puntos con las principales demandas de los estudiantes. Miguel, que venía a diario del otro plantel, contactó a colectivos de otros planteles y comenzamos a formar la “Coordinadora del Colegio de Bachilleres”,

la integrábamos siete de los veinte planteles. Realizamos varios mítines en nuestro plantel con invitados de otros planteles, organizamos fiestas dentro y fuera del plantel, ejercimos presión contra los profesores corruptos que abusaban de los estudiantes, pero faltaba una cosa que era nuestro principal propósito: cambiar el reglamento general del Colegio de Bachilleres, con el fin de que hubiera una representación estudiantil legítima y aceptada por las autoridades.

Era el mes de marzo y las cosas se iban complicando cada vez más: A Miguel ya no le permitían el acceso al plantel (habíamos llegado a un acuerdo con las autoridades para que se le permitiera el paso un día a la semana, acuerdo que posteriormente rompimos), había rumores muy fuertes de que los estudiantes de la UNAM podrían iniciar una huelga en defensa de la educación gratuita y en contra de la política neoliberal de Ernesto Zedillo, los candidatos para las elecciones del dos de julio del 2000 poco a poco se iban destapando “disimuladamente”, el director del plantel nos amenazaba con sancionarnos (cosa que no nos espantaba), alrededor del plantel patrullas nos vigilaban, Juan, yo y otros compañeros éramos identificados por los estudiantes como los “grillos”, líderes o dirigentes y por la dirección como revoltosos. El plantel CB16 empezaba a ser reconocido como uno de los más fuertes del lado sur, el sub-comandante Marcos ponía en duda a la “democracia” del país, tachando al gobierno de traidor y represivo, el sindicato mexicano de trabajadores electricistas (SME) se hacía notar como uno de los más fuertes y ponía muy en alto el “no a la privatización de la industria eléctrica”.

El 20 de abril de 1999 estalla la huelga de estudiantes de la UNAM en defensa de la educación gratuita. Había mucha

incertidumbre que giraba en torno a este tema, en cualquier parte era el tema en discusión. Según sabíamos, a los estudiantes no les quedó otra alternativa, pues la rectoría no daba argumentos claros que pudieran ser aceptados, es decir, la vía del dialogo se había cerrado. Nosotros en nuestro plantel nos organizábamos para ir a hacer guardia a las preparatorias, para pasar la información de nuestros compañeros estudiantes en huelga. La gran mayoría de los profesores y estudiantes apoyaban al movimiento, nosotros veíamos a nuestros compañeros huelguistas como unos luchadores en resistencia digna, símbolos de rebeldía, intelecto, valentía y coraje. Sabíamos que los estudiantes éramos los únicos que podíamos empezar un movimiento social crítico, digno, alegre, honesto, noble, consciente, propositivo, resistente, vigoroso y creativo, símbolos de una juventud cambiante, de conciencia despierta y utópica. Poco a poco nuestra organización fue involucrándose cada vez más en el movimiento, a tal grado que descuidamos y dejamos de lado un poco nuestros propósitos en nuestro plantel, pero nos era claro que lo que hacíamos era por algo que a todos nos afectaba y beneficiaba, además de que sabíamos que era necesario. Los siguientes tres meses de huelga asistimos a marchas, asambleas en el ya conocido y famoso auditorio “che Guevara”, actividades dentro y fuera de los planteles cerrados, apoyábamos de la forma que se pudiera a los compañeros estudiantes en huelga.

Junto con la Coordinadora del Colegio de Bachilleres acordamos hacer un cierre de planteles en apoyo a los compañeros de la UNAM. Los planteles más fuertes y que tenían la posibilidad de hacer este cierre eran: por el lado norte el plantel 8 y del lado sur el 4 y el 16. Decidimos cerrar los planteles simultáneamente pero no se logró lo esperado, el único

plantel que cerró sin complicaciones fue el 8, en el plantel 4 se hablaba de un gran alboroto y algunos estudiantes golpeados, en el plantel 16 fracasó el paro, ya que las autoridades el día indicado se quedaron a dormir en las instalaciones y el cierre se frustró; pero a la semana siguiente se convocó a una asamblea general de estudiantes. Esta asamblea se realizó en la calle pues el director no nos permitió utilizar ningún salón, más que una asamblea fue un mitin y se llegó al acuerdo de volver a intentar el cierre del plantel con la cooperación y participación de todos los estudiantes. El día indicado nos reunimos a las afueras del plantel a las once de la noche, a las doce en punto realizamos nuestro objetivo, todo fue muy tranquilo. A las 7 de la mañana, cuando empezaban a llegar los estudiantes, los profesores y los directores del turno matutino, se complicaron las cosas; pero Miguel, subiéndose a una reja, realizó un mitin espontáneo en el cual informó y comenzó a organizar comisiones. Juan a su vez ese día se estrenó como orador, pues también se subió a la reja y dio un discurso en el cual exhortaba a la comunidad estudiantil a apoyar al movimiento, a unirse y a no hacer caso de las noticias desinformativas de Tv Azteca y Televisa, ya que, en vez de informar verazmente a la población, sólo se dedicaban a mal interpretar y desacreditar al movimiento. Algunos padres de familia y patrullas se acercaron, pero no hubo ningún incidente. A las doce de la noche de ese día desocupamos las instalaciones y no hubo mayores complicaciones.

En estos días nuestra organización vivía sus mejores momentos, ya se empezaba a hablar de ella en los diferentes planteles de nivel bachillerato que se encontraban cerca de la zona y en parte de la delegación. Algunos partidos, como el

PRD, se acercaron a brindarnos apoyo, pero nos era muy claro que el apoyo sólo lo brindaba por las cercanas elecciones a la presidencia, sabíamos que después de pasadas estas elecciones retirarían su apoyo, así que decidimos no entablar relaciones con ningún partido político, pues cuestionábamos esto como vender ideales y traición a nuestra propia organización. Ya no creímos en ningún partido político, pues considerábamos que la experiencia que teníamos del país nos decía que todos los partidos son corruptos y que la mejor vía era seguir siendo izquierdistas conscientes, críticos y auténticos.

En agosto de ese mismo año terminó nuevamente el semestre y con él vendría un nuevo golpe hacia nuestra organización. Miguel y algunos de sus camaradas egresarían del bachillerato, a algunos otros los darían de baja definitiva (obligándolos a acabar sus estudios en el sistema abierto) y otros pasaríamos al sexto semestre, sufriríamos la persecución, represión y acoso del director. Antes de salir egresado, Miguel nos dijo a Juan y a mí que nosotros éramos los que deberíamos seguir al frente del CECB16, ya que éramos unos de los más experimentados, trabajadores y conscientes de entre todos los de la organización. Juan tomó esto muy en serio, pero las dificultades se fueron presentando poco a poco sin poder hacer nada, ya que algunos de los integrantes de la organización, al ver que Miguel ya no estaba al frente, abogaron por sus propios intereses, por el liderazgo del grupo y por dejar de apoyar a los huelguistas de la UNAM, argumentando que ese era un problema que no nos debería de interesar. Esto era algo que Juan nunca aceptaría por principios y honestidad, lo cual nos llevó a una fractura y división de la organización. En el siguiente semestre, con el egreso de Juan,

el COCB16 acabaría perdiendo fuerza y desapareciendo en semestres posteriores.

A finales del mes de octubre, la Coordinadora del Colegio de Bachilleres decide romper con el Consejo General de Huelga de la UNAM (CGH), ya que el ala radical del movimiento se había apoderado arbitrariamente de las decisiones y acciones del movimiento y las cosas ya no se veían muy claras; sin embargo, por nuestra parte no dejamos de informarnos día con día de qué pasaba en la UNAM. Conforme transcurría el tiempo el conflicto se agudizaba, se radicalizaba cada vez más, a tal grado de llegar a enfrentamientos entre los denominados “ultras” y la PFP (Policía Federal Preventiva, creada meses después de estallada la huelga para reprimir el movimiento). Se suscitaron enfrentamientos en la preparatoria No. 3, donde hubo una gran cantidad de paristas golpeados y detenidos. Posteriormente, el día 6 de Febrero del año 2000, la PFP entra al Campus Universitario deteniendo a todos los paristas que se encontraban en ese momento resguardando las instalaciones, y consignándolos a las autoridades con el cargo de terroristas (cosa que en los países mal llamados del tercer mundo no existe). Este hecho conmocionó no sólo a los estudiantes de todos los niveles de la ciudad, sino a los de todo el país. El jueves 10 de febrero se realiza una marcha de protesta en reclamo por la detención de los estudiantes presos y pidiendo la liberación de todos los presos políticos. Esta fue la última marcha a la cual asistimos Juan y yo como representantes del CECB16, pues el semestre nuevamente concluiría, y con él nuestra estancia en el CB16.

Por estos días se vivía una gran tensión en todo el país, algunos llegaron a pensar en un levantamiento armado a nivel

nacional, ya que el EZLN (Ejército Zapatista de Liberación Nacional) no era el único ejército rebelde, sino también se había hecho presente el PDPR-EPR (Partido Democrático Popular Revolucionario-Ejército Popular Revolucionario), el ERPI (Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente), las FARP (Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo), el EVRP (Ejército Villista Revolucionario del Pueblo), el TDR-EP (Tendencia Democrática Revolucionaria-Ejército del Pueblo), el ERIP (Ejército Revolucionario Insurgente Popular), el CPRLPEP (Comando Popular Revolucionario La Patria es Primero), el CCRP-CJ28J (Comité Clandestino Revolucionario de los Pobres-Comando Justiciero 28 de Junio), el ERSR (Ejército Revolucionario Santiago Rojo), el ESI (Ejército Socialista Insurgente), el MRLCB (Movimiento Revolucionario Lucio Cabañas Barrientos), la OR2D-NBCA (Organización Revolucionaria 2 de Diciembre-Nueva Brigada Campesina de Ajusticiamiento), la OI-1ºM (Organización Insurgente Primero de Mayo), la BA-2D (Brigada de Ajusticiamiento 2 de Diciembre), las BPL (Brigadas Populares de Liberación), el CJM23M (Comando Jaramillista Morelense 23 de Mayo), el CRTMB (Comando Revolucionario del Trabajo México Bárbaro), CML (Comando Magonista de Liberación) y algunas otras organizaciones, que habían declarado la guerra al gobierno federal. Las elecciones para la presidencia estaban próximas y se veía claramente que la dictadura del PRI se venía abajo por primera vez después de setenta años, el candidato por parte del PAN se contradecía en todas sus declaraciones y conferencias de prensa, Cuauhtémoc Cárdenas, con su tercera candidatura para la presidencia, se notaba cansado y muy lejos de ganar la presidencia, la hegemonía de los Estados Unidos se caía a pedazos, los asiáticos se levantaban como los gran-

des inversionistas; la teoría marxista se debilitaba con la caída de la URSS y el muro de Berlín, con los balseros cubanos que querían llegar a los Estados Unidos y con los anticastristas cubanos, haciendo que el socialismo se viera cada vez más lejos, como una utopía inalcanzable. El nuevo milenio estaba presente, era una situación de cambios constantes, el mundo giraba dando vueltas y nosotros junto con él.

En este periodo que acabo de describir contemplé a un Juan diferente, conforme pasaban los días, el Juan que había conocido hace algunos años, dejaba de ser, para convertirse en Juan, simplemente Juan ahora ya era otro, era decidido, con mirada tierna pero a la vez dura, tomaba decisiones difíciles no sólo para su bienestar, sino para el de todo un grupo de personas, no dependía de las opiniones de los demás, los conflictos con sus padres iban en aumento rompiendo lazos de unión por su forma de analizar las cosas del mundo, sin embargo, comprendía que si tenía que ir en contra de sus padres, para encontrar el mundo verdadero y a él mismo, tenía que romper con muchos dogmas. Ahora era un joven que había adquirido conciencia de sí mismo y que ya no iba en una búsqueda de identidad, porque ya la había obtenido, la había encontrado en su largo camino de dificultades, no le fue fácil pero ahora recibía la recompensa de ese largo proceso del caminar cambiando, tenía esa satisfacción de disfrutar de ser él mismo. Su participación en la política fue un arma que le permitió enfrentar al mundo de afuera, ese mundo del cual se escondía. Le permitió conocer y enfrentar la corrupción, la descomposición del país en el que vivía y la decadencia de un mundo en agonía. Era como si los juegos de años atrás los pusiera en práctica, pero ahora jugaba con juguetes de verdad, es decir, la ideología y

utopía de los sueños de juventud. Fue un despertar de conciencia y concientización que, como maestras, tuvo que aprender de la injusticia y depredación de la sociedad, esa sociedad de los hombres en decadencia, de máquinas hablantes que luchaban para que algún día llegaran a ser objetos de valor, esa lucha por la sobrevivencia en un bosque repleto de caníbales-lobos, por ese olor a dolor y muerte que se respiraba en todas las casas de una sociedad podrida. Eran los dolores del parto, la muerte de la infancia, la separación simbiótica de la madre y el encontrarse a sí mismo.

Algunos nos dijeron que nuestra lucha social era estéril, pues el capitalismo no desaparecería en muchos años y que no nos tocaría a nosotros ver la caída de este sistema, ni siquiera a nuestros hijos, ni nietos, ni los hijos de nuestros nietos; pero sabíamos que cualquier cosa que nosotros hiciéramos contribuiría para la transformación del mundo, que llegaría a ser otro aunque a nosotros no nos tocara ver ese cambio. Ese cambio que no conocíamos y que sólo el tiempo lo dejaría ver poco a poco sin percatarnos del momento, porque envejecíamos día a día junto con él y no nos dábamos cuenta de ello, sólo lo notamos cuando ya pasó el tiempo, cuando ese tiempo ya no puede regresar, ni regresará nunca a pedirnos perdón.

VII

2 de noviembre del 2000

Fue en el panteón donde la encontré, ella quería conocer el amor, pero yo había muerto hace mucho tiempo, fue en otro panteón donde mis restos quedaron hechos polvo por el calor que ella irradiaba, ese calor fue el que me mató. Ya estaba muerto cuando ella me despertó, me dijo que estaba sola y quería jugar con Dios.

Caminamos muchos metros hasta llegar a la cima de un cerro en donde según hace muchos años había un observatorio, ahora sólo es un panteón. Me mostró una tumba y dijo “aquí morí, aquí murió mi madre, aquí murió mi abuelo, aquí se acaba mi vida”. Mucho tiempo caminamos de la mano, asustados al no saber que era la muerte, nos fuimos enseñando, nos fuimos comprendiendo.

El pueblo en el que vivía me recordaba la novela “Pedro Páramo”, era un pueblo muy antiguo que no había sufrido severas modificaciones con el tiempo. Por aquel lugar deambulaban fantasmas, historias sorprendentes sobre magia, familias enteras llevadas por la mano de la desgracia, cruces, mantos, vírgenes, santos, capillas en cada barrio, sombreros de charro. Era lógico que mi presencia los desconcertara, vestía siempre de luto, cubriéndome la cara con una máscara de palabras para que no supieran mi identidad, era el citadino, el sin-costumbres, el sin-vida, era el muerto.

Ella era pálida en extremo, era pura como la locura, en las noches solía caminar por el pueblo tomándome de la mano, para que todos vieran el negro espectáculo de sollozos. Cuando sus papás me saludaron por primera vez les dio miedo, cuando me vieron entrar les dio pánico, cuando me oyeron hablar les dio terror, cuando me miraron a los ojos simplemente fue el horror. La muerte no es bienvenida para los que temen morir, esos que todavía no han muerto, sólo en este cementerio donde estoy sentado y escribiendo soy bienvenido, es aquí donde hace mucho tiempo morí, antes de conocerla a ella.

Después de que él hablo con Claudia en aquel panteón, todo comenzó a ser distinto, tal parecía que todas las desgracias se juntaran como cuando el agua se va juntando en una gota, que se va haciendo más grande conforme va resbalando por una mejilla, hasta convertirse en el llanto de Dios, ese

llanto que cae pausado y constantemente, desesperada gota a gota, que cae sobre nuestra miserable existencia.

En aquellos días todo se tornó oscuro y deprimente. No había paz, no había esperanzas, no había nada, o mejor aún, había nada, vacío. El rostro de él y de su “yo maldito» comenzaron a sufrir una metamorfosis, el brillo de sus ojos se opacó. La tristeza invadió aquellos horizontes cafés utópicos. Era el año 2000, el milenio culminaba, la huelga de los estudiantes había sido reprimida. En días negros como aquellos fue cuando comenzamos a buscar fondo, sentimos en nuestra vida ese vértigo de ir cayendo sobre un vacío abismal, caíamos cada vez más, más profundo, sin llegar al final, sin poder tocar el fondo, no lo encontramos, queríamos agarrarnos de algo pero era inútil, era como dar patadas de ahogado.

Él, mi amigo, conoció a Claudia justo cuando ya no esperaba nada de la vida, o quizá esperaba otra cosa, cuando en realidad no habíamos encontrado nada. Conoció a Claudia en alguna fiesta de algún pueblo de Xochimilco, no recuerdo el nombre, sólo recuerdo que en aquel pueblo había un lugar arqueológico donde había grandes piedras labradas con figuras prehispánicas. Fuimos porque ahí vivían mis primas, según esto, tengo parientes en los diferentes pueblos de Xochimilco, Tláhuac, Tlalpan, Milpa Alta y hasta en Cuajimalpa. No conocía que aquellos pueblos estaban muertos para la historia, no me eran ajenos, pues siempre había vivido ahí, creía que todos vivíamos igual. No fue hasta que conocí a Bill y a Gabo. Ellos se sorprendían mucho de mis costumbres, quiero decir, de las costumbres de mi pueblo, de las fiestas, de mis muertos. Entonces él, mi amigo Gabo, comenzó a enseñarme que había otro mundo, que había

muchas civilizaciones, que habían otras culturas que eran análogas, y que en algún momento se encontraron frente a frente indios y europeos, que sus hijos fueron mestizos y que Marcos el guerrillero era mestizo, era uno de los hijos de aquellos hombres. Fue hasta que los conocí cuando comencé a comprender que éramos como hermanos y que todos éramos hijos, hermanos y padres.

En aquellos días de tanto silencio formamos la tribu, él siempre se ocultaba, era como si viera todo desde lejos, parecía que en cada cosa que mirara se abstrajera, se quedaba quietecito, atrapado en sus pensamientos largos, parecía que recorría todo el recuerdo de su vida y regresaba para que de sus entrañas salieran comentarios muy profundos, para después decir algo gracioso, así era él, el ciudadano como lo conocían en la tribu.

Todos juntos íbamos a las fiestas, a algunos les gustaba bailar, otros solamente iban a beber alcohol, algunos otros como Bill iban a buscar con quien medirse a golpes, solamente él se sentaban en un rincón, el más oscuro para que nadie lo viera, y se pasaba platicando toda la noche con aquel que se acercara, ahora que lo recuerdo, era como una especie de sacerdote exiliado que confesaba a todos aquellos que ya no podían más con su tristeza, nos consolaba, nos compadecía. Primero nos hacía reír con alguna broma, después comenzaba su discurso de la revolución, de ahí pasaba a la liberación, conjuraba el nombre de Marx varias veces, después algunas palabras de Marcos y el EZLN, y culminaba con la utopía del comunismo, según esta larga plática para poder ser materialista y anarquista, y así lograr nuestra liberación. Si aún podías seguirlo hasta este punto todavía podía seguir hablando

hasta llegar al regreso de Quetzalcóatl. Nos decía que no había ni bien ni mal, nos decía que Dios había muerto y que nos estábamos muriendo como especie, que la muerte de Dios era el eco de la muerte de la humanidad, eso lo aprendí de él. No se metía con nadie, era como si buscara la soledad, siempre nos veía de lejos y nos cuidaba como un padre, nos regañaba y siempre tenía argumentos para tener razón, por alguna causa lo sabíamos, quizá por aquella mirada en su rostro, ese rostro maldito, ese rostro y aquellas palabras que todavía recuerdo con romántica nostalgia. Aquel sujeto atormentado fue el que nos enseñó el otro mundo, el lado negro de la verdad, la muerte, lo otro, lo que estaba más allá de mi pueblo, nos mostró el camino para ir más allá de nosotros mismos, era como una especie de ángel rebelde.

Así era hasta que conoció a Claudia. Ella era amiga de mis primas, no puedo negar que había algo que los hacía idénticos, era como él pero en mujer, un tanto agresiva por su timidez, por lo regular vestía de negro, se pintaba el pelo de negro oscuro, usaba frenos y unas botas verdes de casquillo, su rostro era hermoso como el de una princesa de castillo, parecía estar fuera de la ley como él. Fue en aquellas noches de perdición y de poca conciencia de nuestra vida cuando se conocieron, ella bebió cerveza con él, después compartieron un cigarro, él le comenzó a hablar al oído, ella sacó una paleta de su mochila, después ella le invitó y él aceptó, cuando la tuvo de frente él acercó sus labios y ella aceptó el beso de aquel demonio.

Aquella noche de luna llena él no regresó con nosotros, no llegó a su casa en varios días, eso fue después muy seguidas veces, ya no se paraba a platicar con nadie de la tribu, era como si estuviera embrujado, era como si le hubieran dado

“toloache”, como dicen por acá. Sus ojos eran como los de un loco, se comenzó a volver loco, ella lo volvió loco, quizá de amor, no lo sé, pero él nunca volvió a ser igual, nos abandonó, nos cambió para irse a volar como una águila negra, como un cuervo, a otros lugares del mundo. El ciudadano dejaba el pueblo para ir a caminar por alguna ciudad decadente de la mano de ella. Después comenzó el caos, la catástrofe, el derrumbe, comenzó el final. Quizá comenzó lo que tenía que acabar, quizá acabó por comenzar. Quizá de nosotros nunca nadie supo de aquel fuego, de ese infierno que llevaba dentro con el cual luchaba constantemente, día con día, quizá sólo lo pudo comprender ella.

Cuando ocurrieron aquellos acontecimientos comprendí el «Ometeotl», la deidad hombre-mujer de los más viejos de los viejos, entendí la palabra antigua de los «tatas». Comprendí que todo tenía su doble, era como ver aquel código pero ahora abierto ante mis ojos, ese libro abierto que se vive, que se muere. No es hasta ahora que escribo estas líneas cuando logro entender el mensaje de las “florecillas de los dioses” o el “Teonanacatl”. Porque ese mundo vive, tiene un lenguaje propio. Ahora que han pasado los años lo entiendo. Él nos enseñó a no tener miedo, a que nos liberáramos de nuestras represiones culturales, familiares, sexuales, políticas, nos hacía buscar en el espejo, eso hizo él, después llegó la desgracia, el entierro

Él se encaprichó, ella le pidió perdón, le dijo que no sabía si realmente le gustaba, en el fondo ella mentía, también sufría. Él no trabajaba, simplemente estudiaba y escribía, no era más que un poeta fracasado, eso le dijo ella. Sabía bien que no había futuro ni esperanza, sabía que si sus vidas seguían

así iban a terminar suicidándose, aquella relación contenía demasiada tristeza, eran dos seres llenos de depresión en el ánimo, era realmente un dolor inmenso pero hermoso. Ella dejó de llamarle y él poco a poco se perdió en el mundo, se fue consumiendo como la hierba que consumía en su pipa, aquella pequeña pipa de madera que sacaba de manera paciente de su lugar, la encendía y esperaba, nadie sabe qué esperaba, pero esa paciencia que manifestaba de una manera tan tranquila hacía pensar que esperaba la tragedia de su destino.

Cuando llegó a sus máximos límites vino a parar a mi casa. Aquí se quedaba a dormir algunas noches y después se iba quien sabe a dónde, como los gatos. Algunas veces lo llegaba a ver caminando por las calles muy ensimismado y con esa mirada que tienen los enfermos del hospital psiquiátrico de Santa Catarina, esa mirada perdida en el vacío. Se hizo más reservado, creo que verdaderamente ella se llevó su alegría, que ese su otro yo que no era él, lo hizo crecer, pero a cambio le robó su felicidad, le pagó con su vida, lo llevó a la muerte; aquella de la que tanto él hablaba como llamándola, para que viniera por él. Un día la muerte llegó y lo hizo pedazos, le rompió todas sus estructuras racionales y románticas, era como ver a Romeo y Julieta en la tristeza de un país mal llamado subdesarrollado, en medio de la miseria económica, filosófica, erótica, religiosa, era esa maldita pobreza espiritual de aquellos cuerpos a los cuales les ha sido encomendado vivir desalmados e ir por el mundo como ánimas en pena, saliendo de sus bocas lamentos, por sus palabras profecías decadentes.

El día que ella lo dejó mal herido quedó registrado en una hoja de su diario. Esta hoja se salvó del fuego por cau-

sa del viento, cayó justo debajo de mis pies, la tomé con mis manos y la doblé cuatro veces, voltee a verlo y él con la cabeza agachada y la mirada puesta en el piso echaba uno por uno sus poemas, los que llamaba malditos. Aquella fogata se apagó como a eso de las tres de la mañana, me metí a dormir a la casa de campaña con aquel papel guardado en la bolsa izquierda de mi pantalón, Él se quedó en la misma posición catatónica, sentado en aquel tronco, observando las cenizas blancas y brillantes que quedaban de aquel fuego que nos hizo viajar hasta lo más profundo de aquellas cavernas que se forman conforme la noche aparece y el fuego es lo único que nos une, en aquella soledad de aquel desierto desesperanzado. Sin decir palabras lo dejamos solo, él quería estar solo, él quería estar muerto, pero aún era joven para morir, eso le decíamos nosotros. Ese fue el último campamento al que fuimos juntos.

13 de agosto del 2000

Vengo del panteón, he pasado encima de los muertos, vengo de ver a Claudia. No dijo nada, todo lo dije yo. Sólo se limitó a decir: "ayúdame en esto, sabes que no soy muy hábil con las palabras... además tú ya sabes lo que quiero decir." Caminamos hacia el oriente de aquel lugar de muerte para visitar la tumba de su hermano. Su hermano murió de un "pasón", murió de tanto inhalar tinher, murió en un viaje. Creo que ni ella ni yo queríamos terminar así. Todo fue muy rápido. La conocí sólo algunos meses atrás y siento como si la conociera de toda la vida, como si hubiéramos vivido otra vida juntos, en otro tiempo, en otro espacio, como si nada más nos hubiéramos conocido para despedimos en esta vida. Ella se marchó y me dejó en el panteón, me senté en una tumba y después me tumbé

sobre ella boca arriba, miré el cielo y vi los símbolos de la muerte, vi el rostro de muerte, fue entonces cuando me di cuenta que esta vida ya estaba demasiada echada a perder. Tengo ganas de matarme pero no lo hago por temor a morir. Ya no quiero pensar... la muerte me seduce por medio de aquel lazo de ropa que me habla y me dice que el tubo que atraviesa soportará mi pesado destino, pero es más sencilla esta navaja que sostengo en mi mano, me he lastimado y sale sangre de la herida. Estoy sufriendo...

El resto de la hoja fue consumida por el fuego, no quedó más de sus escritos. Él se volvió muy reservado, cuando lo llegaba a ver me contaba que ya alucinaba el rostro de aquella mujer, que la alucinaba en todas partes. Después conoció a otra mujer, pero a esas alturas de su vida en el mundo, ya no sabíamos si lo que nos contaba era real o sólo una ficción de su mente, después se fue y nunca más regresó. Todos aquí sabemos que se fue buscando la muerte, su vida era como un cementerio, eso decía él.

Conoció a Angélica en otro panteón. Según el mito que se creó en este pueblo, se dice que él caminó debajo de una lluvia espesa en un día gris, en la más grande depresión de su derrota, se sentó en una tumba, de pronto sintió aquella vibración en su corazón y alguna pulsión de su cuerpo lo obligó a buscar algo a su alrededor, sentía una mirada a sus espaldas, se sentía observado, se sentía como un exiliado paranoico. Aquella extraña pulsión lo condujo hasta la mirada de una mujer joven, sus ojos se hablaron, se encontraron, se penetraron, aquella mujer joven tenía una mirada tierna y una falsa inocencia, era como estar entre el espanto y la ternura. Angélica se acercó hasta donde se encontraba sentado, él la vio venir y contempló su extraño vestido blanco, como

de niña. Él saludó como se acostumbra por acá, ella contestó el saludo mientras a lo lejos se escuchó el sonido de una campana que replicó siete veces. El viento murmuraba un llanto de ángeles, él sentía como caía del cielo la locura, con él abajo. Ya estando cerca de aquel sollozo que era mi amigo, ella dijo: “tú no eres del pueblo”, aquel ángel sin alas contestó: “No soy de ningún pueblo, mi casa es el mundo y nada más”. Comenzaron a platicar y aquella anciana atrapada en el cuerpo de una niña le mostró los cuatro lados de aquel recinto sagrado de muerte, lo tomó de la mano y él se dejó guiar a la muerte. Los pobladores dicen que desaparecieron entre las tumbas y se convirtieron en sus respectivos nahuales, otros que ambos se convirtieron en colibríes como los antiguos guerreros que morían en batalla y que de vez en cuando regresan a chupar néctar de las flores. Ella le platicó del mito de la llorona y él habló de la muerte, se cuenta en aquel pueblo que todavía hoy se les puede ver de la mano paseando por las calles de aquel lugar, que se les ve en las noches, que van flotando por el piso y que nunca nadie les ha visto los pies, dicen que se aparecen por el pueblo nada más para espantar vivos.

No sé si todo esto sea verdad, pero lo que sí es cierto es que cuando él se fue por el oriente siguiendo la salida del sol, Angélica se quedó llorando, nunca se recuperó, dicen que había noches en las cuales se oía su llanto por todo el pueblo. Desde que él se marchó en aquel barco hacia Europa, nunca más volvimos a saber nada de su vida. Algunos dicen que ella se volvió loca, otros dicen que ella siempre lo estuvo, algunos más dicen que él la enamoró de tal manera que... bueno, usted sabe, que hay momentos en los cuales uno crea otra realidad y solamente en el lenguaje de los sueños puede hablar, dicen

que él la poseyó solamente en sueños pues su virginidad era divina, y en cosas de humanos eso no lo entendemos, y aquello eran cosas de dioses.

Ella era una especie de entre ángel y doncella, hija de descendientes de dioses, era de sangre muy noble. Angélica le devolvió a él algo que había perdido en otra vida, ese algo que recuperó fue pagado con el sacrificio sagrado de aquella princesa. Es como si él hubiera recuperado su alma mortal y comenzara a ser libre. Era como aquel ángel que le ordenó a Abraham no matar a su hijo Isaac, era ese bello ángel que hizo que se rebelara ante dios, al decirle que desobedeciera la ley divina del creador.

No lo sé, no sé si todo esto sea cierto, pero aquella mañana que amaneció llorando el cielo nos avisaron que Angélica se había suicidado, nos quedamos pasmados ante la noticia, asustados, resignados, comprendimos que estábamos pisando los límites. Comenzamos a tomar la vida en serio y hacernos responsables de esto que nos fue dado a cargo, de esta vida que pesa como si lleváramos más de un muerto encima de nuestros hombros. Angélica se colgó del árbol que se encuentra justo en el centro del panteón de Santa Cruz Acalpixca. Aquel día que murió lloró el cielo como no lo había hecho durante mucho tiempo, lloró de tal manera como si quisiera mostrar su dolor.

Ahora que recuerdo el funeral, es como si esa etapa de mi juventud hubiera quedado bloqueada por el temor que me causa reabrir heridas que se niegan a cicatrizar en su totalidad. En aquel cuarto se padecía una presencia muy densa, como si dentro de aquel cuarto sin luz hubiera mucha gente que nos sofocaba y sentíamos como si faltara el aire, era como

si los mismos muertos se presentaran en aquel velatorio para llevársela, para hacerla inmortal, a aquella jovencita que era mi prima. El día que la enterramos comprendí que todo tiene un tiempo, un lugar y otra parte, que el tiempo se comprende por esa otra parte, por aquel que se fue antes que uno.

Hay veces que todavía sueño con aquel del que aprendí a ver el inframundo, ese otro mundo que está más allá de esta vida. Hoy, mientras escribo, recuerdo todo esto... como si todo aquel caos hubiera sido sólo un sueño, sólo una alucinación, como cuando uno ingiere peyote en el desierto, en un antiguo ritual chamánico.

Cuando uno es joven, no comprende muchas cosas, pero siempre hay el que te enseña, del que aprendes, siempre hay ancianos atrapados debajo de la piel de algún joven, siempre hay ancianos a punto de morir que nos engañan con esa vitalidad juvenil. Ahora que narro esta historia me doy cuenta de que aquel joven vestido de negro que era mi amigo, siempre nos gritaba su agonía, nos gritaba su próxima muerte y nadie lo podíamos entender excepto aquellos ancianos suicidas. Él verdaderamente era muerte y conoció su vocación maldita demasiado tarde, o quizá en su momento justo, no lo sé. Sólo sé que él era mi amigo y que cuando conoció el amor encontró la muerte. Con su muerte nos enseñó a amarnos como hermanos que éramos, pero como la injusticia gobierna el mundo de los humanos él sólo pudo encontrar en el amor, la muerte, y la siguió hasta alcanzarla, como quien encuentra lo que busca.

Juan. Invierno del 2001

VIII

En septiembre del año 1999 ingresamos a la Universidad, esta vez Juan no dependió de la opinión de sus padres, ni de sus amigos, sino que fue una decisión propia

Nuestro amigo Bill se fue a los Estados Unidos. Lo último que supimos de él fue que se había independizado, vivía con una chica, dejó de estudiar, su madre lo seguía manteniendo, se drogaba cada vez más, robó varios autos y en una de esas lo agarraron, lo metieron al reclusorio, sin derecho a fianza. Ahora purga una condena de seis años y se dice que dentro del penal distribuye y vende droga. No creo que le espere un buen futuro. La destrucción de su vida no depende solamente de él, sino y al menos en buena parte, de sus padres y su manera de vivir. Nunca pudo encontrarse, siempre estuvo en esa búsqueda de quien lo quisiera, de amor, de eso que tanto necesitamos. Vivía en un engaño, en una ficción, en una felicidad irreal. Dentro de su ser había un gran vacío que ocultaba con vicios y lo llevó a un suicidio inconsciente, donde lo único que sobraba en el mundo era él. Buscaba su destrucción inconscientemente, sin darse cuenta de que quien construyó su decadencia era él y que en él estaba abandonarla.

Actualmente Juan estudia Antropología en la Universidad, se ha mudado a vivir junto conmigo, rentamos un departamento. Se independizó de sus padres y quiere seguir estudiando después de terminada la carrera, quizá una maestría u otra carrera. Después de varios intentos de conseguir trabajo, el gobierno de la Ciudad de México le ha dado la oportunidad de impartir clases en una casa de cultura. Sigue siendo honesto, noble y responsable. Tiene una novia a la cual quiere

mucho, Isabel, y quizá en un futuro próximo se casen. Por el momento se ven felices. Es una mujer muy agradable, estudia psicología. Juan la conoció por mí, pues ella cursa algunas materias conmigo. Parecen una pareja estable, lo cual da buena señal de su futuro. Los padres de Juan se sienten orgullosos de él y si todavía no aceptan su relación informal, poco a poco han comprendido que sabe muy bien lo que hace.

Cuando me pongo a hacer una retrospectiva como ahora, me doy cuenta cómo cambió Juan; cómo la familia, los amigos y la sociedad determinan a los sujetos y los obligan a tomar caminos diferentes. Ahora recuerdo a todos los amigos que nos reuníamos en “la Bodega”. Algunos dejaron de estudiar, otros terminaron repitiendo la vida de sus padres tratando de encontrar sentido a esa vida de la que siempre habían renegado. Hay quien no pudo romper ese lazo que los unía con la sociedad y su entorno, no cambiaron la forma de pensar, es decir, no se desarrollaron socialmente y quizá sus hijos repitan la misma historia. Los que formaron a Juan fueron la escuela, los profesores, su necesidad, estos hicieron de él un joven diferente a los de su comunidad, pero a su vez, no ha dejado de pertenecer a ellos; pues su lengua, tradiciones y muchas cosas más siguen siendo parte de él, pero de diferente manera.

Juan pudo y supo romper aquel lazo que lo unía con sus padres y ancestros, supo seguir el camino correcto y lo aprovechó. Ahora después de 500 años Juan y muchos más vamos encontrando una identidad, no sólo individual, sino como humanidad, como país, como pueblo, poco a poco nos vamos descubrimos no como indios, no como europeos, sino como la Otra cultura, como aquello que va tomando forma día con día

al transcurrir de la historia, con los cambios sociales, con los cambios políticos, con los cambios económicos y culturales.

Juan sigue siendo joven, con ideas más claras; sigue creyendo en el amor, en el cambio, en la rebeldía, en la vida y en la muerte. Y mientras no cambie ésta concepción seguirá lleno de juventud y fuerza. Sabe que el momento que vive es de gran importancia, que nunca se va a repetir dos veces, por eso vive momento a momento, como si fuera el último de su vida, pues sabe que no se repetirá nunca, lo vive con intensidad, con pasión y euforia. Sabe que Vicente Fox está en el poder por causa de la dictadura disfrazada de democracia partidista, que el sub-comandante Marcos y el EZLN llegaron de manera pacífica al Congreso de la Unión, que López Obrador hace un esfuerzo para que los pobres y los jóvenes ya no sean excluidos como en tiempos pasados.

Esta es la historia de Juan, un Juan como cualquier otro, un chavo que vive en la delegación de Tláhuac y que algún día dijo: “lo tengo todo”.

OSCURO MISTERIO

En esta tarde húmeda se respira la tristeza en el aire, con las calles llenas de gente indiferente. Enciendo un cigarro para tener un beso de nicotina en los labios, me siento en la banqueta y me preparo para observar el mismo espectáculo cómico del drama de la vida cotidiana: bufones, máquinas rugiendo, bestias rabiosas causando dolor. Paso mi patética vida metido en libros, bares de mala muerte, alcohol, drogas y putas. En esos lugares encuentro el olor familiar del cuarto donde me tapo de la lluvia en noches tormentosas.

Veo trascurrir el día y aún estoy dentro. Platico de comunismo con el “Beto” mientras nos tomamos unas caguamas y fumamos marihuana; hay noticias alarmantes en los frentes de guerra, me entero que soy candidato para integrarme al pelotón suicida. Me despido cuando me muerde el frío, desesperado busco un teléfono, esta noche no quiero estar solo; sin embargo, no ha querido hablar conmigo desde hace meses, van varias ocasiones que marco y no contesta. Camino

calles solitarias de la mano de la amarga soledad. La basura enfiestada baila con el viento al ritmo de un blues melancólico, las notas suenan a lágrimas tatuadas; llego al barrio donde la prostitución se ofrece sin tapujos, las veo, ahí están esperando a que alguien les compre su cuerpo, somos hermanos del mismo dolor. La encuentro en medio del desfile de bellezas semidesnudas, somos el uno para el otro.

El hotel de paso sólo es un cuarto, una cama, un reducido baño y nada más. Platico un poco con la única mujer que me ha acompañado en mucho tiempo; mientras nos desnudamos, ella finge que le importo y yo quiero escribirle un poema, sus ojos ponen atención en lo que digo y llego a creer que me escucha. Mientras abría la puerta le oí decir: “el tiempo es oro”, cuando estoy con mayor necesidad de hablarle de mi soledad entiendo que todo cuesta, simplemente compré un poco de consuelo. Estando dentro de ella aún me sigo sintiendo dentro y el pensamiento sobre el tiempo vuelve a mi cabeza.

Sentado en una orilla de la cama mi vista se posa en el escusado que la puerta abierta del baño permite observar: una vez más me encuentro solo, mi nuevo amigo es un condón usado, mojado, sudado; lo tiro en el bote de basura con odio y rencor, ¡cómo quisiera tirar mi existencia! Aquí estoy, impotente buscador de compañía y placer, voy aprendiendo de esta filosofía de la vida. Me quedo con la mirada extraviada pensando si eso fue todo y destapo la última cerveza de lata que llevo en la mochila, me vienen a la mente recuerdos de mi niñez cuando, a los cinco años, me rompí al sentir por primera vez esta maldita soledad. A pesar de todo, los reyes magos siempre me sorprendieron hasta que llegó el comunismo y los sueños de destruir el capitalismo y cambiar el mun-

do. También en algún momento creí en la literatura de finales felices y en el amor, llegué a creer en mí y me descubrí como toda escritura, sólo una ficción producto de la realidad, una falsa realidad.

Me pregunto nuevamente “¿eso fue todo?” Me respondo con un silencio vacío y me visto, salgo ensimismado, viejo y maldito del hotel, me siento como un mendigo en este mar de corazones amargos, envenenados. El vacío sigue aquí en mí, maldigo mi vida, vuelvo a las calles y me parecen aún más frías, como ausentes de dios, es como un cuento sin héroes, sin final feliz, sin sonrisas.

Mato el tiempo leyendo un libro sin sentido para olvidar que estoy vivo, mi adicción a la muerte crece día a día, cierro los ojos para dormir un poco, pienso que esto es sólo una pesadilla. “¡Mentira!”, grito con resignación. El mañana es la condena de despertar nuevamente dentro, es como una maldición seguir viviendo en este nauseabundo, desquiciado, absurdo y oscuro misterio que es la vida.



XTABAY

En algún tiempo y en algún lugar de este espacio infinito existió o existe alguna mujer que la sociedad de las “buenas costumbres” tacha de puta. Ella era muy diferente a todas las mujeres que conocía. En un principio ocultaba su extraña pasión, conforme pasó el tiempo le resultó imposible y fue descubriendo una falsa moral que castraba su liberación sexual. A Xtabay le fascinaba ir a las iglesias católicas, le gustaba jugar con su imaginación, sentir aquella extraña sensación en su cuerpo, sentirse manoseada por lo Sagrado, oír palabras sucias que la prendían en deseo. Las tardes después de salir de la oficina o en sus ratos de ocio solía pasear por antiguas construcciones eclesiásticas, le fascinaba ese olor a “santidad”, las imágenes del crucificado enfrentando el juicio final

y el silencio frío de las altas paredes. Le obsesionaba seductoramente el repetir constante de los rezos de esa gente vacía que no sentía la presencia de pureza como ella; suspiraba y se sentaba cuando las piernas le temblaban y la humedad de su cuerpo le hinchaba los pechos.

Aquel día de tarde gris una llovizna ligera mojaba los techos de las casas, era viernes, otra semana laboral se acababa y se sentía excitada, su ropa interior estaba húmeda. El olor a tierra mojada le agradaba mucho, se sentía viva, fluyendo en el tiempo, tenía la confianza de poder ser libre cada día. Antes de salir se pintó los labios frente al espejo del baño, miró su cuerpo para sentirse aún más deseada, se soltó el pelo y notó que sus pezones estaban firmes. Sin voltear atrás salió con paso seguro, había algo que la atraía como un imán, sentía la fuerza de sus pulsiones en los miembros del cuerpo, se dejó conducir por su apetito animal, su mirada ausente tenía esa extrañeza que poseen los trastornados mentales de los manicomios.

Caminó hacia el centro ceremonial, sus pensamientos estaban clavados en aquel sitio de paz, su caminar era pausado y liviano. Al llegar, un fuerte viento repentino abrió ligeramente la pequeña puerta de madera por dónde pasaban los feligreses en días sin misa. Se detuvo un momento, le pareció que era una invitación atrevida, con su mano terminó de empujar la puerta y entró al templo.

No había nadie y el silencio de la nada la hizo sentirse relajada. Con soltura caminó hasta el altar, estando a un par de metros de la imagen de sus sueños tiró la gabardina que llevaba puesta, se mostró desvergonzada, ofreció sus pechos firmes y sus caderas que se volvía hermosas al contrastarse con su pequeña cintura, quería sentir el miembro viril de

aquel macho que la penetraba como un salvaje en sus sueños. El olor del hombre de sus fantasías se acrecentaba, hacía que la humedad de su corazón palpitante aumentara. Sus pulmones se llenaban de ese olor a semen de Jesús. Lo amaba, tenía la sensación de ser una de las putas santas, de poder tocar el pene bendito y sentirse penetrada sagradamente. Sólo las mujeres enamoradas podrían entender la ternura de esas locuras de amor.

Con la mirada puesta en la imagen se desnudó hasta ser pura carne, avanzó un par de pasos, el olor de su hombre se podía oler y ver, tocar, sentir, padecer... Acarició sus senos imaginando que eran las manos de él, se arrodilló frente a la imagen, abrió suavemente las piernas, humedeció con su boca la punta de sus dedos y bajó lentamente la mano hasta alcanzar su bajo vientre. De pronto sintió que era él quien la tocaba. Su respiración y el latir de su corazón aumentaban a cada segundo, sus gemidos se fueron acentuando, ya no podía más, iba a explotar. Incapaz de controlar las emociones del interior de su ser, brotó de sus hermosos labios un grito desesperado y cayó de espaldas. Creyó haberse muerto por segundos.

Detrás de la puerta de la sacristía un sacerdote escuchó los lamentos placenteros de una mujer, intentaba concentrarse en la lectura de filosofía prohibida, le habían advertido que estaba a punto de ser expulsado y excomulgado si seguía profesando herejías. Ya no le importaba, había descubierto desde el interior de la institución la hipocresía, negocios económicos y políticos perversos.

Ella, tendida en el piso, escuchó pasos acercarse; de pronto sintió nuevamente aquel olor que la excitaba, volvió a sentirse enamorada, perdida, cerró los ojos y sintió su pre-

sencia. El sacerdote se paró enfrente de ella, no podía negar la extrema belleza de aquella mujer, su cara delgada, su frágil y bien formado cuerpo, su cabello largo y hermoso, sus labios sensuales, húmedos y de rosas brillantes. Ella abrió los ojos y se encontró con una mirada tierna, él quedó impactado, paralizado, había una atracción incontrolable de seguir mirando la desnudez de la carne. La naturaleza seductora emergió sutilmente de sus gestos y ella de manera delicada abrió su cuerpo invitándolo a liberarse, él percibió entonces aquel olor a flores de aquella mujer. Ambos sintieron el calor que aumentaba en sus cuerpos, locos de deseo por la excitación de aquellos olores santos, se perdieron completamente, ya nada importaba.

Con brusquedad la tomó por la cintura y la penetró hasta lo más profundo de su intimidad, ella lo envolvió con sus piernas, la estrujó entre sus brazos mientras se confundían entre flujos húmedos y calientes. Los olores de sus cuerpos se reconocían, aquel momento fue una experiencia religiosa, muy intensa. Fue ahí, en el piso, frente a la imagen de Cristo, que la carne y el amor se hicieron cómplices de un poema sexual místico.

De este acontecimiento fueron testigos los santos, ángeles y demonios. Desde aquel día de pasión desbordada, este humilde narrador dejó de ser sacerdote y logró un lugar en las filas de los ejércitos insurgentes de la liberación. Después del bello espectáculo del amor de la carne, de sentir el fuego quemar mis entrañas, la fuerza del espíritu renació en mí y me convertí en un discípulo más de la resistencia armada del ángel caído: ella y yo juntos, somos una luz bella.

SUPERVISADOS

I

El viento del sur sopla suave, algunos pájaros cantan, otros no, varios están escondidos bajo un pasamontañas ante el descontento de la injusticia. Poco puede sorprender lo que sucede en aquellos lugares olvidados por dios; la periferia no es el centro, en la ciudad fluyen las negociaciones políticas, económicas e ideológicas de este país periférico. Aquí en los rincones de la ciudad, en las fronteras entre lo urbano y lo rural, donde la tierra aún está ocupada por milpas de maíz, nopales y personas nobles de piel morena, los vientos soplan distinto. En esta parte de la ciudad aún no hay metro, pronto llegará, no sabemos cuándo pero la modernidad amenaza con avanzar de manera globalizada. En estos pueblos del sur se respira tranquilidad, dignidad. Al oriente, la urbanización se expande como epidemia. Dejaré de hablar para que te animes en hacer una visita. Vamos, deja un momento el palacio de gobierno, sube a tu auto y escápate a una aventura para conocer el México profundo.

Supongamos que te has decidido, que les dijiste a tus secretarias y equipo de apoyo que hoy quieres viajar solo, que son cuestiones de trabajo. Amaneciste de buen humor y vienes escuchando en el estéreo del auto música que logra hacerte sentir un poco la miseria decadente de esta ciudad, te compadeces y das unas monedas a los niños de la calle que encuentras en los semáforos haciendo espectáculos o limpiando vidrios con sus franelas sucias. Ya has cruzado periférico y vas conduciendo sobre la avenida Tláhuac, una de las vías de acceso.

También supongamos que no te encuentras estresado por el largo trayecto que estás realizando desde tus oficinas en el zócalo. En estos supuestos has pasado el pueblo de San Lorenzo Tezonco y eres recibido con un arco con la leyenda “Bienvenidos a la delegación de Tláhuac”; a tu izquierda puedes ver unas fuentes que de su interior brota agua, aparentan ollas de frijoles, de esas de barro que gustan a las abuelas. Enseguida te podrás percatar del capitalismo transnacional que está en la zona: “Wal Mart” a tu izquierda y “Plaza Tláhuac” a tu derecha. Por un instante cruza por tu mente el pensamiento de las distintas ciudades de México que se encuentran en esta ciudad milenaria, avanzas un poco y ese pensamiento se esfuma al encararte con el color rojo en el semáforo. Tu mirada se distrae con las dos bellas mujeres de minifalda en la entrada del bar “Los Olivos”; el hotel “Siesta del sur”, a tu derecha, hace que de pronto te acuerdes de los días de amor erótico y salvaje, comprendes que a esas alturas ya te vale madre, te escapaste de la oficina y el viaje comienza a ser un desmadre. El semáforo te ha dado el paso, sin poner mucha atención te percatas que flu-

yes con más rapidez por la carretera conocida como la México-Tulyehualco, el congestionamiento vial ha disminuido, has pasado ya el arco de Zapotitla y el pueblo de Zapotitlán, comienzas a entrar al pueblo de Tlaltenco, más adelante, a tu izquierda, encontrarás un arco de piedra y a tu derecha un paisaje rural, el verde para la vista es hermoso, la gran extensión de tierra está sembrada de maíz, hasta donde alcance la vista encontrarás hermosos cerros vestidos de verde.

Estas tierras están conectadas con las chinampas de San Gregorio Atlapulco por canales, si te esfuerzas un poco podrás ver el canalito que acompaña tu recorrido. Este paisaje lo seguirás viendo hasta llegar al pueblo de San Pedro Tláhuac. ¡Sí! Tal como lo sospechaste, has llegado. A tu derecha, una pulquería y otros negocios, al frente se alcanza a ver una casa de mampostería, a tu izquierda, la majestuosa entrada principal de la Iglesia del pueblo, una explanada llena del colorido de las personas y en el centro el kiosco. Quieres estirar las piernas, caminas disfrutando la sensación del espacio de aquella explanada. Te diriges al edificio donde se ejecutan todas las actividades administrativas respaldadas por ti, jefe de gobierno de la Ciudad de México, te sientes orgulloso de eso y crees en ese slogan de la “ciudad de la esperanza”. Recuerdas con añoranza cuanto se tuvo que luchar para ganar el gobierno, nadie pudo ocultar aquella avalancha de votos amarillos para AMLO.

El edificio de gobierno te recibe con un policía y una fila de cuatro personas esperando, llegas a la puerta de una oficina que desconoces su función, hay muchas sub-oficinas divididas con muros falsos, escritorios burocráticos y papeles a su alrededor. Tocas a la puerta y desde el interior preguntan:

—¿Quién?

—Vengo de parte del Gobierno de la Ciudad de México.

Abren la puerta y te miran un poco extrañados, pero no toman mucha importancia, sientes la indiferencia, ves a tres personas trabajando con entusiasmo, son dos ventanas que dan al exterior, en cada una de ellas un capturista está concentrado en su trabajo frente a la computadora, el tercero es un fotógrafo que se encuentra sentado en el fondo del lugar. Saludas y ellos te responden sin dar mayor importancia (están bastantes ocupados atendiendo a los ciudadanos).

—Hola

—Hola —responden echando una mirada de soslayo—.

—Se les ofrece algo muchachos.

—No, nada, gracias —responden como en automático—.

—Muy bien, voy a la oficina contigua, —casi al estar fuera volteas y preguntas— ¿Qué coordinación es ésta?

—Participación ciudadana —responde el fotógrafo, ya que es el único que tiene un poco de tiempo para responder—.

—Gracias, que estén bien.

—Gracias —responden automatizados—.

Te diriges a la oficina de al lado, se dibuja en tu cara una sonrisa pues ves que tus trabajadores están desempeñando bien su labor. Tocas a la puerta y desde dentro se hace la misma pregunta:

—¿Quién?

—Vengo de parte del Gobierno de la Ciudad de México

—te abren la puerta y saludas—.

—Hola.

—Hola —te responden con la misma actitud que los de la oficina anterior—.

—Su supervisora ¿no ha venido? — Los interrogas, para hacer conversación—.

—No —responde el fotógrafo nuevamente— .

—Seguramente está en otra oficina.

—Sí, eso puede ser —responde el interpelado con una sonrisa sarcástica— .

—¿No está con frecuencia con ustedes? —Preguntas, en respuesta al sarcasmo— .

—Es mejor que no esté por aquí muy seguido —responde uno de los capturistas desde su lugar— .

—Bueno, los dejo muchachos, que tengan buen día.

—Adiós, que tengas buen día —responde uno de los tres con ese tono de formalidad mecánica, repetido muchas veces en el día—

Sales con incertidumbre, sabes que el sarcasmo no es gratuito, tienes ahora la duda clavada en la mente, tienes una espinita que no te deja tranquilo. Tu rato de distracción ha quedado opacado por el viento repentino que sopló despeinando un poco tus cabellos. Te decides a ir a la coordinación de Tlaltenco para encontrarte con la supervisora y aclarar tus dudas. Dudo mucho que la encuentres, en casi todo el día no se le ve por ningún lado. Si tienes suerte en el cambio de turno o al final del día se le puede ver llegar a alguna oficina, pero eso es sólo en algunas ocasiones, por lo regular les habla a los trabajadores que cargan celular para pedir el informe del día. Tal parece que su centro de operaciones es su casa, pero no me vayas a creer nada, son puros chismes.

En una ocasión existía un problema en una de las oficinas, ninguno de los trabajadores tenía crédito para comunicarse con ella a su celular —no se tiene el apoyo de líneas

telefónicas—. Los trabajadores decidieron hablarle a su casa para ver si era posible que le avisaran, la sorpresa fue que ella contestó el teléfono y al fondo se escuchaba el ruido de la televisión. Pero no me creas nada, ya sabes que son puros chismes de esa gente envidiosa.

Ahora el viento ya no es el mismo, se empieza a arremolinar. Todo comenzó por una mala elección de supervisora, la cual, gracias a la corrupción y al nepotismo del partido, logró colarse a ese puesto sin la más mínima idea de ética. El poder tiránico de la inexperiencia combinado con altos grados de ignorancia, arrogancia y autoritarismo, son el reflejo de un gobierno que no se encargó de transformar los modos políticos sucios y perversos que se vienen arrastrando de los gobiernos priistas. Es aquí donde comienza la historia...

II

Vas conduciendo tu automóvil rumbo a Tlaltenco y en tu mente un pensamiento no te deja tranquilo, para que no se te haga largo el trayecto te voy a contar una historia.

Todo comenzó cuando el gobierno de la ciudad solicitó personas para trabajar en las diferentes delegaciones, de aquellos que pidieron empleo se seleccionó a muchos con un perfil de estudiambres universitarios. El personal se repartió por zonas: a Tláhuac le correspondía la sur (había un supervisor por cada delegación y un coordinador de zona). Los empleados elegidos para laborar en la delegación Tláhuac se presentaron frente al supervisor, este encuentro fue desagradable pero no faltó el optimismo. Aquella mujer que iba a ser la jefa se mostró fastidiada y con poco carácter para el manejo del grupo que comenzaba a laborar, sin embargo, se creía que

su enojo y defecto de carácter cambiaría con los días, que sólo era un mal momento, todos tenemos alguno de esos días. El desconcierto que todos se llevaron fue que nada cambió, su actitud con el personal cada vez era más prepotente y autoritaria, pero esa forma de dirigirse no era con todos, sólo con algunos, ¿Por qué? —se preguntaban. Su respuesta fue contundente y clara: había un grupo privilegiado, ese pequeño círculo de nepotismo y corrupción era favorecido por la supervisora.

Los trabajadores comprobaban su teoría al ver que desde el principio a determinadas personas se les dio a elegir el lugar de oficina que estuviera más cerca de su casa, los otros, simplemente de manera arbitraria fueron colocados. En el curso de capacitación, la información era que a todos se les colocaría a partir de su situación geográfica con la finalidad de que pudiesen llegar temprano, descansados y rindiesen más productivamente en la jornada laboral. Esto no sucedió ya que el grupo privilegiado quedó en los lugares más cómodos para ellos y el grupo excluido tuvo que tragarse la arbitrariedad del capricho y las sobras de la supervisora. ¿Dónde había quedado la igualdad? ¿La imparcialidad? Y... todo eso de la democracia y la ciudad de la esperanza ¿Dónde quedó esa supuesta nueva política de “izquierda”?

Definitivamente la supervisora no se había enterado que el PRI ya no gobernaba la ciudad; es más, no sabía nada, sólo se dedicaba a cobrar y a simular que trabajaba frente al coordinador de zona. Su inconsciente y su corazón pertenecían a la dictadura, ya sea de color rojo, azul o amarillo; para ella no importaba eso, sino aparentar estar con los ganadores.

Los días fueron pasando y la teoría del favoritismo hacia el grupo de privilegiados se comprobaba con el cinis-

mo descarado de la jefa. Todo era muy claro: las personas del grupo selecto quedaron repartidas de tal manera que funcionaran de “orejas” para tener el control, como plus, le comunicaban por teléfono sobre la jornada laboral y así se ahorra el trabajo de estar supervisando. Según su ética “el que no tranza no avanza”, esa filosofía le había servido para llegar al lugar donde estaba ahora.

Las “orejas” informaban algo más que cuestiones laborales, detallaban la personalidad de cada trabajador, su forma de pensar, hablar, vestir, creencias, era, pues, un resumen de la historia de vida de cada persona. Su doble función consistía en reportar y controlar a los que verdaderamente trabajaban a brazo partido con las personas del pueblo. Los trabajadores honestos comenzaron a resentir la represión, el maltrato y la exclusión de la supervisora, pues sin saber de dónde venía la información siempre se dirigía directamente a hostigar a personas que habían lanzado algún comentario de desacuerdo con la política impuesta, todo esto era posible gracias a los informes detallados que realizaban las “orejas” — ¡eran eficientes! —. Poco a poco las “orejas” fueron evidenciadas. La situación se complicó cuando llegó el informe a la supervisora de que posiblemente ya se había descubierto el teatrillo. La violencia psicológica y las amenazas de despido comenzaron, los errores sin importancia eran magnificados y ella comenzó a hostigar a los trabajadores con asuntos que no eran laborales sino personales.

Los mismos errores que cometían las “orejas” ella los solucionaba cínicamente con un “ah ¿sí?, que no vuelva a suceder, no pasa nada” y soltaba una pequeña risita y hacía cómo si no hubiera pasado nada. Los otros, los excluidos, eran

acosados de tal manera que los más decididos comenzaron a contestar la agresión, sus corazones fueron llenándose de digna rebeldía, se daban cuenta que la situación era desproporcionada. Este clima de descontento y rebeldía complicó aún más las relaciones laborales. Después — como siempre sucede en el autoritarismo — dio inicio la represión y persecución. El monstruo autoritario de la supervisora empezó a amenazar de despido a ciertas personas, pero no por su trabajo, sino por causas personales que no tienen relación alguna con el desempeño laboral. Muy pronto se supo por un rumor que era urgente despedir a varios trabajadores para colocar en su lugar a personas conocidas por ella.

La situación comenzó a ser cada vez más tensa, las “orejas” y los excluidos se rechazaban brutalmente. La presencia de la supervisora en las oficinas causó enojo y mucha tensión, la ambición de poder escurría como espuma en el hocico de la perra.

El trabajo en las oficinas se convirtió en un infierno. La corrupción, el nepotismo y la falta de capacidad de aquellas personas han llevado al fracaso a muchas de las políticas públicas que nacen con pretensión de bondad. Mi recomendación es que, a esas personas que están en el poder, se les enseñe a leer historia para que se percaten que ya no estamos en el porfiriato — donde había capataces y peones —. Pero no me creas nada, ya sabes que son puros chismes.

III

¡Basta! No quiero seguir contando esta historia, no seguiré hablando, me abstengo de tocar temas acerca de la prepotencia, irresponsabilidad y corrupción de los gobernantes. Quizá en

estos momentos tus oídos ya no quieren oír nada, quizá ha llegado a fastidiarte tanta imperfección en tu gobierno.

El autoritarismo se ha levantado sobre las cabezas de los de abajo, nuevamente la mano de los enfermos de poder caerá con toda su fuerza rompiendo con las palabras y la razón. Es la mano del sistema vigente caduco, de la perversión, la avaricia, la injusticia. Los políticos de arriba volverán a cortar las esperanzas del pueblo con sólo mover una palanca, las cabezas caerán con el filo de la navaja de la guillotina, una vez más los de abajo, los de la palabra sencilla, sufrirán el desamparo de encontrarse solos frente al monstruo enfermo que sacrifica trabajadores para su sobrevivencia. ¿Quién lo puede frenar? Al parecer nadie.

Dice el médico que me hace daño enojarme pero las manos me tiemblan, la rabia ya la tengo en la boca y el corazón de la dignidad sigue palpitando; me hace más daño padecer la injusticia. Las entrañas se me revuelven cuando personas vulgares, como los que están gobernando el mundo, pueden cínicamente cumplir con sus caprichos egoístas sin importar a cuantas personas tengan que pisar, humillar; no les importa la dignidad absoluta del ser humano.

Te recomiendo que regreses a tu casa a descansar, sigue por el camino por el que llegaste, la lluvia comienza a asomarse por el horizonte, han caído ya las primeras gotas que lavarán la sangre de las heridas de la historia; después, se hará presente “Don Olvido” y borrará la memoria, las infamias que los políticos de arriba hacen con los trabajadores. Una vez más los de abajo, los de la palabra humilde y sencilla tendrán que trabajar con la mirada puesta en el piso, mientras la bestia reirá enloquecidamente, sentada en el confort de su

casa construida con sangre y explotación del pueblo, buscará la distracción de su conciencia consumiendo pornografía y prostitución de los grandes medios de comunicación con su látigo sádico en la mano.

¿Ya ves?, te lo dije, ya se soltó el aguacero, tal parece que el cielo se entristeció, está llorando. Tal vez tampoco le gusta la injusticia, quizá sabe demasiado y no puede hablar, quizá nos está gritando ¡rebeldía!, como estas hojas lo intentan. Una vez más el silencio de los vientos nos envuelve, los ríos también han enmudecido, sus aguas inmaculadas y cristalinas han sido ensuciadas por la podredumbre de la corrupción. El pueblo, como las aguas transparentes del río, le dio de beber a los gobiernos cuando tuvieron sed; a cambio, se les contaminó con heces fecales y orina. La injusticia terminó con el mito de dios y el diablo juntos. ¿Qué más podemos esperar? Todo o nada da igual cuando las máscaras se caen. Cuiden todos que sus máscaras logren disfrazar la verdad durante mucho tiempo, porque tarde o temprano tendrán que dar la cara.

A todo esto, te preguntarás: ¿quién diablos eres tú? ¿Por qué me hablas de esa manera? Soy la voz, el sentir y el pensamiento de un grupo de trabajadores que se ganan la vida horada y honestamente, el susurro del viento que llega hasta tus oídos y te relata estos cuentos patéticos, crudos pero verdaderos.

Por un instante los vientos del sur se volvieron fuertes como torbellinos, pero sólo por un instante, pues nuevamente ha llegado la muerte, el despido y el olvido. Los vientos del sur han vuelto a la normalidad, el verano se ha instalado anunciando su melancolía con las lluvias, después vendrá el

invierno. Los pájaros han dejado de cantar y todo se quedó en un sueño, en un supongamos del capítulo I. Agreguemos un supongamos más, supongamos que vivimos en la justicia y la paz, esto quizá es irrealizable. No vayas a creer que estoy triste, mejor te cuento un último cuento...

IV

Esta era una supervisora de chocolate con nariz de cacahuete. Había un muchachito muy simpático que jugaba a hacer la revolución, con libros y sueños siempre llenaba su mochila. La supervisora de chocolate con nariz de cacahuete despidió del trabajo al muchachito simpático que jugaba a la revolución —con todo y la mochila llena a reventar de libros y sueños—. Tan- tan

Vamos, no me digas que no te gustó, ya lo di todo. Bueno, te dejo. Desde un parque solitario y marchito se despide un desempleado vagabundo que pasa a engrosar los números de la población económicamente inactiva, alguien que anhela ser pasado y nunca más volver a ser presente ni futuro.



ACALPIXCAN

Aquel día las nubes bajaron a abrazar a los cerros, la neblina y el frío nos invitaron a pasar a territorio en resistencia. El viento de la montaña hizo que llegáramos empolvados de los pies a la cabeza, nuestra respiración era agitada, los músculos de las piernas tensados por lo inclinado de la última pendiente que nos arrojaba a la vereda que conducía directamente a la capilla donde intentábamos aprender y enseñar. Los pueblos del corredor natural de la sierra Chichinuatzin están ubicados en una zona geoestratégica en la cual pretendíamos comenzar el trabajo revolucionario. El objetivo encubierto era generar la base social para la guerrilla, pretendíamos crear organización para la autonomía en grupos, comunidades, pueblos.

La huelga fue aniquilada en febrero del año 2000, después de más de nueve meses de resistencia. El 8 de abril del

mismo año, las Fuerzas Armadas Revolucionarias del Pueblo (FARP) dejaron mensajes en Tlalnepantla. El 11 de marzo de 2001 arriba al zócalo de la gran Tenochtitlan la comandancia del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en la Marcha del Color de la Tierra, entrando por el sur de la ciudad de México; los días 8, 9 y 10 es hospedada por los pueblos de Milpa Alta y Xochimilco. La detención de los hermanos Cerezo se realiza el 13 de agosto de 2001 en Tepalcatlalpan; después de esa acción contrainsurgente sentía que ya se habían acabado las opciones. Ingenuamente fuimos en busca de un sueño, sin imaginar la violencia que iban a lanzar contra nosotros ni la coacción legítima que tendríamos que ejercer para destruir el sistema, resistir y construir un mundo donde quepan muchos mundos.

Los diferentes cerros del sur pintaban el paisaje de verde olivo. En días despejados, desde aquella montaña de Acalpixcan se podía contemplar la cuenca del valle de México, el Anáhuac, estábamos en la frontera. Los días pasaban entre contemplar esos bellos paisajes y soñar en el mañana. El momento que más me hacía filosofar en la liberación era cuando comenzaba el espectáculo del ocaso, la agonía del sol diurno y la noche que nace con su luna.

Los carros difícilmente suben, las personas que regresan del mercado o del trabajo prefieren caminar. En el salón de clases los pupitres son piedras, no tenemos paredes; los perros y los gatos nos observan con curiosidad desde los tejados de las casas; en días de lluvia, nos abren las puertas de la capilla para refugiarnos.

En los primeros encuentros nosotros queríamos enseñar todo lo que habíamos aprendido en la capacitación-acción, pero conforme fueron pasando los días nos fuimos descu-

briendo como niños en nuestras primeras clases. Las amas de casa, trabajadores, jóvenes estudiantes, ancianos, se convirtieron en nuestros maestros; todos ellos, llenos de la sabiduría de la vida. Juntos peregrinamos del idealismo a la factibilidad de lo concreto, llegamos a acuerdos considerando de manera real nuestra capacidad de fuego; fuimos aprendiendo lo que verdaderamente significaba la democracia participativa.

En esas condiciones teníamos que ser honestos con nosotros mismos, de ahí que comenzamos a respetarnos como hermanos, a confiar en la palabra. Somos testigos de la participación solidaria en la construcción de huertos, cajas de ahorro, compras de abasto para la comunidad; era el comunismo a pequeña escala. Nada era fácil, había ocasiones en que algunos no estábamos de acuerdo con el mandato de la dirección. En nuestras asambleas había mucha pasión cuando se hablaba, en un principio nos arrebatábamos la palabra, los gritos y descalificaciones no se hacían esperar, se formaban bandos; sin embargo, aprendimos a respetarnos entre moderados y radicales, a entablar diálogos para darle una oportunidad a la paz, era un paso más allá de la intolerancia. Era un gran sueño imaginar paz con justicia y dignidad para todos.

A la primera reunión que convocamos llegaron más de quince personas, entre ellas la Sra. Anastasia, mujer de aproximadamente sesenta y cinco años. Doña Nachita, con su voz dulce y serena, me interpela desde su lugar.

— ¿Estás hablando de San Marcos?

Guardo silencio, escondo la mirada entre la gorra, agacho la cabeza, pongo la vista en el piso; cierro un instante los ojos pensando que responder hasta que se genera un silencio como de aquel que se encuentra en jaque mate. Levanto el

rostro, la busco en su lugar y, con una sonrisa en mis labios, le respondo.

—No sé si es santo... pero no es el del evangelio. Se le conoce como Subcomandante Insurgente Marcos, jefe militar del Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

Doy por concluida la clase cuando mis compañeras me indican que debo comenzar a recoger los mapas y nuestro pizarrón de papel. Algunas personas se comienzan a despedir de mano, ya les apura seguir en sus actividades domésticas, otras se me acercan y me externan dudas o me cuentan un poco más de la comunidad; una de ellas es la Sra. Nachita, por su palabra supe que ella y su marido llegaron a este lugar “abriendo monte” hace más de 20 años.

—Esto era un vil cerro, subíamos el agua en burros -dijo con su voz tranquila como de mar caribe. En su mirada perdida recordó con nostalgia la lucha que durante años habían librado, sus ojos se humedecieron. Se ha sufrido mucho para tener lo que tenemos— concluyó—.

Se despide, da media vuelta dispuesta a cumplir de inmediato con su comisión. Su hija Lulú la cuida y la espera platicando con las compañeras del equipo responsable.

—Disuelve la harina en un recipiente con agua fría, para que el engrudo no se haga bolas —dijo Lulú a su mamá—.

—¿A quién le vas a enseñar Lulú? —respondió la Sra. Anastasia a su hija—.

La vi avanzar rumbo a su casa sin quejarse en ningún momento, su caminar es lento pero constante, la pierdo de vista. Guardo todos los papeles que faltan, recuerdos, nostalgias, amores perdidos; nos colgamos las mochilas al hombro, nos despedimos y desaparecemos por la misma vereda por

la que llegamos, en medio de sombras y la oscuridad que ya comienza a esa hora a mostrar su manto. Prendo un cigarro esperando calentar un poco mi cuerpo que padece el frio, el humo dibuja una pequeña nube que de inmediato se disuelve en la niebla; voy callado, pensando en el mañana.

PARTOS SIN DOLOR

“Partos sin dolor, día y noche”, se anunciaba en una de las páginas del periódico que sostenía en mis manos aquella mañana. ¿Cómo será un parto sin dolor? La respuesta parecía demasiado indescifrable para un macho de la especie humana. Ese mismo día por la noche, una comisión de la cual formaba parte y que serviría de enlace con gente de la selva, saldría de misión hacia el estado de Chiapas. No podía imaginar lo que iba a pasar en aquellas tierras, pero la idea me entusiasmaba y mi romanticismo por la liberación me hacía soñar idealistamente en la vía armada cómo en las épocas pasadas, aquéllas de los Magón, Villa y Zapata, o cómo las de Hidalgo, Morelos y Vicente Guerrero, pues para mí nunca concluyeron.

En el camino hacia el sur, la inquietud, el insomnio y la incomodidad del autobús hicieron que mi pensamiento de incertidumbre no percibiera las horas del trayecto. Estaba

nervioso, me sudaban las manos; miré en el interior del autobús a mis compañeros, todos dormían excepto los muertos de la historia y yo. Me angustió la idea de que por primera vez iba a meterme a la selva. En ese momento recordé mis antecedentes delincuenciales y no podía creer que estuviese llegado hasta estos límites, me dirigía al frente de guerra donde se están librando las más cruentas batallas en campo político del país.

Para nuestra buena suerte o quizá por nuestro destino trágico-cómico, nuestro primer encuentro fue con los médicos de comunidades indígenas. En la retaguardia de la columna llegué, me quedé retrasado, quería que nadie me viera. Al cruzar el umbral de la puerta percibí una extraña sensación que envolvió mi cansancio, mis percepciones se encontraron como en un sueño, la fe religiosa llegó al instante, eran los dioses mayas.

Los días fueron pasando rápidamente, acostumbrado a ser un animal de ciudad mi noción de tiempo y espacio se perdió en una atmósfera sin palabras, era como estar en el lenguaje. Miraba hacia arriba, los cerros, el horizonte, cada noche sin que nadie se diera cuenta caminaba sin hacer ruido por las montañas, la nocturna luna era sigilosa para que no se descubriera su clandestinidad. Las estrellas me describían signos que los sabios del pasado podían interpretar, solamente veía manchas en un inmenso manto negro, era como una gran piel de jaguar.

Como neófitos, nuestra misión era muy sencilla: ver, aprender, escuchar y vivir. En mis recuerdos de ciudad me veo como un loco a punto del suicidio; cualquier palabra, señal o comentario estaba dirigido a la liberación, porque ya

había llegado a los límites de la desesperación, mis bolsillos se encontraban vacíos. Estaba hasta la madre de los vicios, como de mis fantasías y la vida humana.

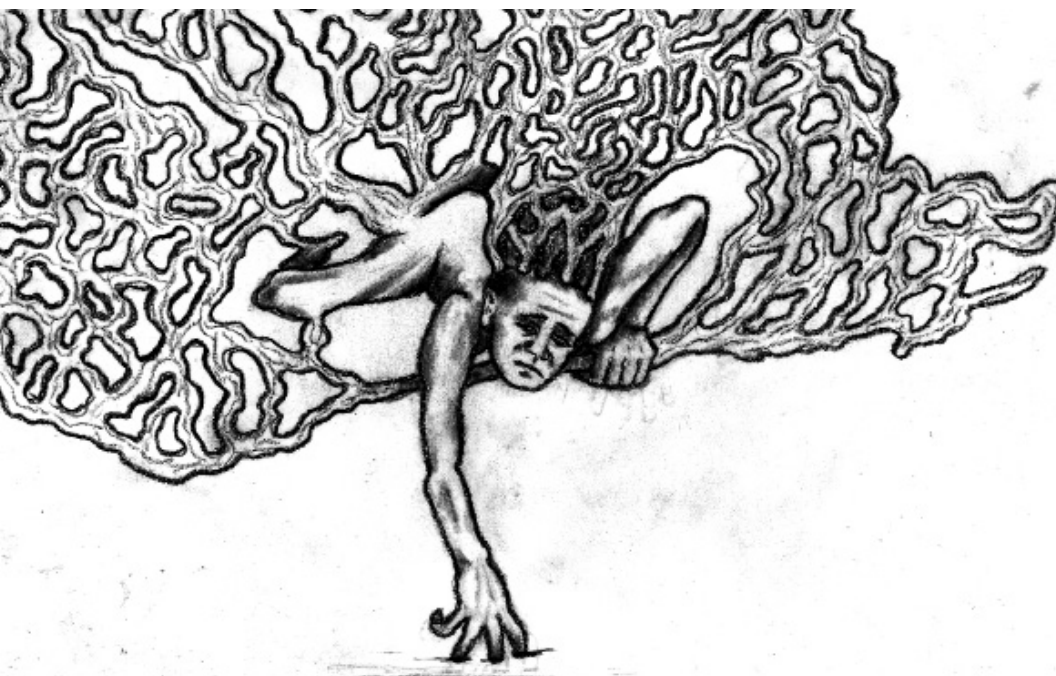
Los días de la selva nunca terminaron, aquella mañana me amarré las agujetas de las botas, me colgué mi pasado histórico, los muertos, y decidí aprender a caminar nuevamente, a conocer lo que me faltaba por aprender. Durante muchos años viví sin sentido, padeciendo la historia de miles de muertos del mundo, muriendo la historia de los pueblos indígenas. Ahí, bajo la lluvia, se me mostró lo fuerte de la dicotomía en la dialéctica comunista y la praxis de la filosofía de la liberación. Todavía hoy vivo con este sentimiento existencial al que algunos guerrilleros latinoamericanos llamaron, en décadas pasadas, “existencialismo sangriento”.

De pronto, me vi totalmente solo en medio de la selva, sin nada que perder, viviendo en la nada absoluta, siendo un simple pedazo de carne metafísica. Con esas reflexiones en mi cabeza me di cuenta que Chaac no ha quitado del camino la sangre del pasado ni del futuro, porque en aquellos lugares la injusticia no podía ser obra de Dios. En la liberación la resistencia está llena de fe y esperanza.

Caminábamos largas jornadas, el sol nos hacía sentir vulnerables, nos deshidratábamos rápido, el viento azotaba nuestras frágiles pieles y nuestros pies buscaban entre el piso lodoso el camino correcto, quería morir dignamente, liberarme de todo mal y por fin poder nacer. Estamos muertos.

Ahora que he nacido, sé que mis padres son los continuadores de la larga tradición despojados, que su lucha por sobrevivir seguirá hasta que nuestra sangre sea libre, hasta que lleguemos a la liberación total.

Cuando regresamos a la ciudad me senté en el mismo lugar donde días antes leí el periódico, me vi naciendo en un sueño, fue un largo peregrinar a tierras santas, con caminos difíciles de transitar, cuarteles militares, retenes, luces brillantes, alaridos, gritos, lágrimas, con dolor. La madre soporta el sufrimiento para hacer nacer de entre sus vísceras la más placentera felicidad de ver a un hijo suyo muriendo para llegar a la vida. Aún no puedo imaginar un parto sin dolor, ni una vida sin muerte. No hay imperios humanos inmortales, ni perfectos.



¡ESTAMOS EN GUERRA!

Lágrimas de santos en el rostro ensangrentado del mundo. Escribo desde la Iglesia de San Bernardino de Siena en el pueblo de Xochimilco, son aproximadamente las 11:30 de la mañana, me he sentado justo debajo del rayo del sol que se filtra por lo alto de la ventana de la cúpula. Mi mirada reposa en el altar, detrás del retablo existe una puerta que comunica con el Mictlán.

No quiero saber nada, sólo quiero descansar. He sido llamado para ser parte de la resistencia, el maestro me ha señalado el camino, con sus dedos me ha mostrado el símbolo de paz. Siento que me duele algo, es una parte de mi cuerpo, es mi costilla quizá, es el corazón del mundo. En este tiempo

oscuro se ha vuelto a declarar la guerra, nosotros seguimos en las trincheras, combatiendo, aún no hemos conseguido la liberación y la autonomía. Hoy el rostro de Mictlantecuhtli se aparece en las nubes, las primeras balas y misiles se encuentran en estos momentos haciendo su efecto, la condena de Bush quedará escrita con lamentos en esta era. Las palabras escondidas bajo serpientes emplumadas poco a poco se van descifrando, los códices comienzan a develarse como si el tiempo apocalíptico se estuviese haciéndose real.

Mis manos necesitadas de palabras escriben con el color rojo de las entrañas desgarradas, no sé si sea todo el dolor del mundo pero así lo parece, no lo puedo frenar, el camino se labra al irse mostrando, el futuro es incierto, ya para nosotros no hay mañana. En un instante llega la muerte. En los hospitales, las manos manchadas de sangre tiemblan, el dolor humano arranca los ojos y la voz. Aquí la vida se agota buscando esperanzas, puesta nuestra fe en la victoria nos subsumimos en ti, buscamos la paz. En medio de la guerra encontramos el destino y nuestro siempre posible final absoluto. Esta guerra nos provoca delirios, la tierra será liberada con dolor, la alegría volverá. El tiempo mesiánico romperá las cadenas y tus golpes en la batalla resonarán en los tambores de guerra, la injusticia cerrará los ojos y no volverá a despertar en la oscuridad. Me has llamado en un sueño y me nombraste.

La guerra me duele ¿Quién la soporta? Esta pregunta maldita también me lastima y la respuesta no quiero saberla, tanta luz y tanta noche no dejan ver claramente. Sólo sabemos que tenemos que pelear en la batalla para la liberación de los explotados. Los quejidos se escuchan en el viento, la madre-cita tierra lleva una herida por dentro, es el dolor del parto

de Guadalupe, su hijo más pequeño, Huitzilopochtli, está naciendo. ¡En guardia! ¡A las trincheras! ¡Estamos en guerra!

La humanidad aún se halla muy lejos de saber lo que es el hambre en una guerra o dar la vida por amor. Las lágrimas de santos nos muestran la verdad sin piedad, lo que el enemigo no sabe es que la partida para nosotros es luz, la muerte es el principio de la vida. Nunca más volveré a este lugar cuando muera, no esperes por mí, nunca más, te esperaré para que muramos nuestra segunda muerte. Se hace eterno aguardar, me angustia saber que el tiempo se aleja retrocediendo. En este mismo momento el consejo de la Organización de las Naciones Unidas ha decretado que no hay armas de destrucción masiva en Medio Oriente, sin embargo, la decisión de dejar caer la muerte con misiles se está cumpliendo. Los yanquis juegan a tener todo decidido... no puedo seguir escribiendo y mis manos todavía tiemblan, me he arrancado la voz, la ofrenda sin querer ya se tejió.

Un violín a lo lejos llora, grita todos los dolores del parto; un pájaro me ha disparado con su canto, afuera, aquel colibrí me espera, es una batalla implacable, es una leyenda épica y al final del camino es el amor sin fronteras incluso en tiempos de guerra. Antes de morir dime porque Kukulcan y Viracocha se unieron a las fuerzas de liberación de ese revoltoso de Quetzalcóatl. Afuera se sigue escuchando el lamento so ja-a-a-y-y-y!

MARX ES UN ROMÁNTICO

Desperté en medio de la batalla, me duele algo por dentro del cuerpo, creo que es el hígado (no tengo la certeza de saber dónde se encuentra ubicado el hígado exactamente). Después de varios días comienzo a tomar conciencia y entre escombros de la guerra y los bombardeos me abro paso entre los ceniceros improvisados, envases vacíos de cerveza, basura, libros, cuadernos maltratados, poemas en hojas sueltas, fotos de mujeres semidesnudas y pedazos de recuerdos de las mujeres que pasaron por aquí como espectros dejándonos un poco de consuelo con su presencia.

Quiero encontrar una hoja donde tengo anotado algo sobre Marx, la idea me ha atormentado todo la semana, no quiero ir al congreso, si no fuera por la invitación personal que me hicieron de plano los mandaría directito a chingar a su madre. Ya no quiero nada del mundo, no me interesa tanto dogmatismo, prefiero ser francotirador y seguir mi vida de clandestino. Lo escribí un día de esos oscuros.

Me sobo los riñones mientras busco entre toda esta deconstrucción, recojo el pelo que me estorba en la cara y le

encuentro un lugar detrás de la oreja, como ya no aguanto el dolor de la cabeza me la quito y la dejo abandonada en algún rincón de este mundo derrumbándose. El pie derecho encuentra una piedrita filosa que me hace enfurecer, persisto, busco debajo de la mesa, de la computadora, del gato, de mi amigo Luis que sigue durmiendo, de la ropa interior que alguna chica olvidó; busco debajo de mi piel, del tiempo, de la poesía y doy un grito de triunfo y alegría cuando lo encuentro. Es esa alegría que causa el poder comer un pedazo de pan después de coleccionar tres días sin alimentos.

Hace un par de semanas, en la reunión de compañeros marxistas me descalificaron por manifestar el dolor ontológico que me causa el mundo y no sólo por ser proletariado, por respuesta recibí un “eres un existencialista pequeño burgués, como todos los jovencitos de la huelga”, los más dogmáticos dijeron que adolecíamos de todo por ser adolescentes, era la edad, cuando creciéramos cambiaría nuestra percepción. El dogmatismo y conservadurismo atacó sin piedad, algún día también tendré mis dogmas, pero ahora más que nunca estoy convencido de que la lucha de liberación es más compleja que el materialismo que ellos profesan, nos quieren orientar pero hemos profundizado demasiado en filosofía metafísica como para aceptar esa doctrina simplista marxiana. El materialismo de Marx es ético, es metafísico si se entiende por metafísica el encuentro cara-a-cara con el otro, la praxis. Este es un punto que se les ha escapado a los “estudiosos de Marx”. El filósofo en la onceava tesis sobre Feuerbach critica a la filosofía especulativa, de lo que se trata es transformar el mundo sin abandonar la filosofía como método de análisis de la realidad. Es ateo del Dios-Capital, por ello su crítica está encaminada a la corrupción de la iglesia vaticana que encubre con su doc-

trina la injusticia; por su origen judío conoce textos antiguos y utiliza muchas imágenes teológicas. Quisiera comprender a Marx como lo que es, un humano que grita el sufrimiento y la muerte de los pobres, excluidos, víctimas de la historia.

Desde el momento que se enamora de Jenny trabaja sin descanso hasta su muerte, la ama hasta el final de su existencia. El 21 de junio de 1856 le escribe: *"De nuevo te escribo porque me encuentro solo y porque me apena siempre tener que charlar contigo sin que lo sepas ni me oigas, ni puedas contestarme"*. Marx toda su vida fue un extremista, un adolescente eterno. En su juventud es un estudioso de los idealistas románticos de la filosofía alemana, él mismo es un romántico, pero su romanticismo es de otro tipo, es el último de los románticos. Siguió leyendo a Hegel hasta la creación de *El Capital*. Althuseer se equivoca: ¿Marx romántico?

Alrededor de los cuarenta años de edad, de 1859 hasta 1863, van a vivir su familia y él en una aguda pobreza, dedicando la mayor parte de su tiempo a escribir unos manuscritos. La pobreza absoluta que padece nuestro filósofo no sólo es económica, su vida es agónica hasta *"debajo de su pellejo"*, la miseria los azota con enfermedades y soledad. Su exilio casi ignorado y su melancolía, acentuada por la muerte de sus hijos, lo van consumiendo profundamente.

El 25 de febrero de 1862 escribe a su amigo Engels: *"si consideran bien las cosas, una vida tan miserable no vale la pena ser vivida"*. En una edad de mayor madurez las preocupaciones existenciales lo seguían angustiendo. El 18 de junio de 1862 tatuó en un papel *"mi mujer desearía estar en la tumba con los niños; y no puedo criticarla, porque las humillaciones, los sufrimientos y los horrores de nuestra situación son verdaderamente indescritibles"*. Es sorprendente saber que a pesar de todas las

penurias que lo atormentaban en su vida, pudo tener la fortaleza para seguir viviendo y escribiendo con esa característica metodología científica de su narrativa, haciendo con su análisis una argumentación lógica coherente, clara y reveladora.

Dejo mi clase escrita en su lugar, ahí donde la encontré. Me recuesto donde estaba (en el suelo) y miro el techo del lugar; se abre una ventana, veo el cielo, figuras juegan a hacerse presentes en las nubes. Pienso en silencio para no despertar al gato, enciendo uno de los poemas y me lo fumo lentamente, quisiera que me durara por lo menos un par de años. De pronto el tiempo se detiene, la música ha dejado de sonar. Agarro lo primero que alcanza mi mano y se lo aviento a la grabadora pero no responde, miro otra vez la ventana abierta del techo, las nubes dejaron de caminar, estamos detenidos. Un escalofrío recorre mi piel y me empiezo a sumergir en un sueño pesado, el piso me subsume, me está tragando, estoy por entrar al inframundo. Mi reloj se ha detenido, comienzo a preocuparme, mis manos nuevamente comienzan a temblar, como cuando quieren escribir. Me miro en el espejo, veo mi rostro pálido y consumido y me entra el sentimiento de vacío. Me extraño, ese que se refleja no soy yo, me falta algo, toco mi corazón y lo descubro: ¡ya no late!

En mi camino me encontré a la perrita muerta que Luis y Mario bautizaron como Motita. La voy siguiendo, nos hemos entendido, mueve la cola con emoción, me siento acompañado, hablamos sin palabras, nos trasportamos muy rápido, como si flotáramos, nuestros cuerpos son ligeros, no hay cansancio en los músculos, todas las partes de mi cuerpo se sienten alegres. Camino, voy pensando en la vida humana y todo el dolor del viejo Marx, porque el dolor de la existencia no cesa, ese dolor no se detiene mientras estemos vivos,

no sólo se da en la juventud sino que es parte de la vida. No somos existencialistas, sino unos desencantados con pocas esperanzas de vida, que sin enorgullecernos seguimos viviendo, extrañando la vida, muriendo.



EL JOVEN QUETZALCÓATL

Aproximadamente en los años 900-1000 a.e.c. llegó a su clímax una ciudad llamada Tollan (a sus habitantes se les llamaba *toltecas*). En aquellos tiempos la palabra *tolteca* significaba sabio o artista. Los toltecas tenían un alto conocimiento científico, eran grandes filósofos, poetas, sacerdotes, astrónomos, gobernantes, guerreros. Los pueblos vecinos hacían todo lo posible para que sus hijos fueran aceptados y pudieran estudiar en la universidad llamada *Toltecáyotl*, escuela que alcanzó un alto nivel de conocimiento.

Dicen nuestros más mayores que otros más anteriores dijeron que un gran sabio, guerrero, gobernante y sacerdote llamado Quetzalcóatl hizo florecer mucha abundancia. Era un paraíso en la tierra, todo era dicha. Se lee en los textos: "eran tan gruesas y largas las mazorcas de maíz, cual la mano de metate", todo era lleno de color, los habitantes eran feli-

ces. El más grande sabio de toda amerindia, Ce Ácatl Ehécatl Topiltzin Quetzalcóatl Huémac, enseñó los principios para comprender el mundo, pero todo lo humano termina, toda muerte muere para volver a nacer.

Un día llegó alguien que no era del pueblo, un hermano extranjero, su piel era del color de la tierra, llevaba ropas humildes y sencillas, había caminado muchos días. Cuando llegó a la casa del gobernante pidió entrar para dar un mensaje. El gobernante-sabio Quetzalcóatl tiene cincuenta y dos años en sus ojos bondadosos, es de mediana estatura, barbado y de tez clara. El peregrino le dijo: “mi señor, me llamo Tezcatlipoca, vine a mostrarte tu imagen, vengo de donde no sale el sol, donde la muerte y la pobreza viven con nosotros, se trabaja día y noche. Vengo de donde no existen las flores, ni los cantos, donde nunca deja de llover en las mejillas de nuestras madres, soy las víctimas de tu gobierno. Tu imperio se está acabando, te has hecho viejo. Nosotros en los que no muere la esperanza, los que caminamos descalzos, hambrientos de justicia, tus hermanos, tus hijos. Nosotros en poco tiempo tomaremos la ciudad, quedará sepultada para que de ella nazca una nueva vida”.

Diciendo esto se quitó su vestido y dejó ver su hambre y sed de justicia. Las lágrimas de los niños santos se mostraban en su carne. Quetzalcóatl horrorizado comenzó a llorar, sus pensamientos eran confusos. Las últimas palabras del vocero del pueblo fueron de despedida: “me voy, ya cumplí con el mandato de mi pueblo.”

Quetzalcóatl, después de esto, se sumergió en la tristeza. Junto con su enamorada, Quetzalpapálot, bebió del jarro de pulque que le había dejado el forastero; ambos aceptaron

su camino, en aquella noche confusa se buscaron y sus cuerpos embriagados de amor se entrelazaron. Con el primer rayo de sol partió hacia el Tlillan Tlapallan (lugar donde se junta el rojo atardecer y la negrura de la noche). Lleva en su mano el bastón de mando de los más viejos de los viejos que lo van guiando desde la otra vida. Camina con una paciente ferocidad, su huella va dejando trazado el umbral que comunicará a vivos y muertos. Va sumergido en el lenguaje del amor, su fiel nawalito ocelotl camina junto a él. Después de muchos días han llegado a un lugar sagrado, por sus mejillas ruedan grandes lágrimas. A aquel lugar lo llamó Xochimilco, porque en cada sitio que pisaba crecían flores. En este lugar vuelve a aprender, enseña su palabra nueva y deja su historia escrita en piedras en un lugar llamado Cuahilama (abuela del bosque).

Cuando pasó más tiempo, el otro Quetzalcóatl, el joven, irradiaba la misma belleza que el viejo cuando era joven, entonces su pueblo volvió a ver renacer la vida, ya que este joven tenía la misma altura que su padre, los mismos gestos, la misma sonrisa de su madre. Entonces Quetzalcóatl, el viejo, comprendió que su descendencia no moriría jamás. Quetzalcóatl, el joven, siguiendo las enseñanzas de sus padres se marchó a la aventura de encontrar lo que su antecesor no consiguió. Una mañana se embarcó en una trajinera y se fue buscando la libertad, la paz, el amor. En su camino dejó registro de su sabiduría en las cuevas de Xico, Tlalnepantla, Cholula, Golfo de México y en otros muchos lugares, su gallardía viril lo delataba.

Según nuestros más anteriores, cuentan que a las costas de Yucatán descendió de una trajinera en forma de ser-

piente un joven hermoso y muy sabio que enseñó nuevos conocimientos: su nombre era Kukulcán. También cuentan aquellos del paso primero en estas tierras que más al sur, en tierras del Inca, llegó un extranjero llamado Viracocha que dio mucho conocimiento a su pueblo. Estos sabios eran capaces de hacer que los pueblos se juntaran, se hermanaran y se amaran en la armonía.

EXILIO EN ABYA YALA

“La historia no sirve para nada”. Esas fueron las palabras que salieron de sus labios sensuales; el suave, dulce y bello tono de voz femenina tenía, sin embargo, una entonación de coraje. Serpiente Emplumada lleva al hombro su fusil, huaraches color café oscuro, pantalón militar con camuflaje color café, camiseta verde olivo que se ajustaba a su cuerpo delgado, tez clara, cabello largo claro, lleva un corte a dos capas que le llega a la altura del hombro. La contempla, examina su rostro aún incrédulo por su extraordinaria hermosura; ella tiene la mirada puesta en el horizonte, desde ahí se ve toda la ciudad, el viento juega con su pelo largo y lacio.

Ella no se percataba de lo que él veía en ella. Serpiente Emplumada esperó unos segundos, en silencio bajó la mirada como meditando, cerró los ojos y después, con serenidad, le contestó: “sola”. Guardó silencio nuevamente y posó su mirada en lo que ella miraba, la gran ciudad que pronto sería atacada hasta obtener la victoria. Con las palabras que salían de su boca como serpientes emplumadas, siempre con ese dejo de ternura, continuó: “la historia sólo explica los hechos que acontecen en la vida de la humanidad. No explica el contenido en sí de los hechos que se están sucediendo continuamente. ¿Qué pasaría si juntamos la historia y la filosofía? Quizá obtendríamos una historia de la filosofía o una filosofía de la

historia. De lo que si estoy seguro es que debemos ser complementarios. ¿Para qué? Aún no lo sé, pero para nosotros el sentido de orientación es la liberación de los pueblos oprimidos. Si nos acercamos a aquel arroyo que baja por las faldas de este cerro quizá podremos entender el devenir de sus aguas, el cambio constante, las paradojas de los sentimientos humanos. Lo único que te puedo decir por el momento es que soy el portador del conocimiento de los libros más antiguos que durante generaciones se han conservado y corregido sólo por algunos muy selectos humanos, los que demostraron sencillez y humildad con el oprimido”.

Serpiente Emplumada volvió a callar y su mirada se perdió en el infinito absoluto de la naturaleza que les rodea. “Esto que es, lo comprende la filosofía pero lo registra la historia, esto que sientes es la única metáfora que nos queda de nuestro mundo. La historia es complementaria de los muchos otros conocimientos que existen, por ello la historia no sirve para nada sola, con la filosofía existe una relación muy especial”.

Ella sonrió y una lágrima brotó de su mejilla; esta vez era de alegría, quería ver los ojos de aquel sabio, los encontró limpios y sinceros, su coraje se convirtió en ternura. Acarició el rostro de Serpiente Emplumada y con sus manos suaves y cálidas tomó las manos del maestro para que le dejaran de temblar. Él con un beso quitó la lágrima de su rostro perfumado por las flores. El jefe militar de la resistencia dijo: “En este momento estamos siendo historia, tú, nosotros, todos. Somos esto y nada más, lo que está por ser, lo que se está de-construyendo, lo que muere y renace. Sin embargo el pueblo está muriendo, estamos dejando de responder a la caricia, a

las sonrisas, estamos llegando al sinrespuesta, gesto inamovible ante el dolor y la muerte de la víctima, el otro muriendo antelosojos en el cara-a-cara. No para siempre en esta vida." Serpiente Emplumada le recitó un poema de Nezahualcóyotl y guardó silencio.

La princesa exiliada en territorio liberado por los insurgentes le susurró al oído mientras lo abrazaba: "quiero volver a ver los vientos del sur libres como el mar". En ese momento Serpiente Emplumada se desvaneció de sus brazos en un suspiro que le dejó de recuerdo, nació como el primer rayo de la mañana y la mirada de su amada se convirtió en la primera estrella de la tarde, hasta la eternidad. Mientras despertaba, seguía escuchando la voz de Serpiente Emplumada alejándose cada vez más, su última frase fue "sin mi aún debes luchar". Cobró conciencia de que era un sueño y que en su mano izquierda apretaba delicadamente una flor roja, corrió desnuda hacia la ventana y en respuesta cayó una brisa repentina y fresca que era conducida por los vientos del sur. Contempló en el horizonte lo desalineado de la piel del cielo, quien le abrazó la cintura; sin pedir más explicación, se dejó penetrar por el primer rayo de la mañana. Era él, resucitando lo antes muerto de aquel exilio en el mundo nuevo.



POCOS Y LOCOS

*Los rebeldes se buscan entre sí.
Se caminan unos hacia los otros.
Se encuentran y, juntos,
rompen otros cercos.*

Subcomandante Insurgente Marcos

I

Aquel jueves 25 de abril viajamos en autobús. La noche se tornó incómoda para dormir, así que optamos por platicar hasta que el cansancio nos venciera. Íbamos dispuestos a resistir las condiciones que el Ejército Zapatista de Liberación Nacional pudiera poner para llegar hasta ellos y poder oír su palabra. Adherirnos a la Sexta Declaración de la Selva Lacandona representaba para nuestro colectivo algo más que una simple reunión. Era quizás aquella dignidad ante la escisión dentro de la línea política de la organización a la que pertenecíamos. Sentíamos que nos habían dado la espalda, es por esto que la responsabilidad de representar al ahora Colectivo Autónomo

Chinampas representaba algo más que un simple viaje, era mostrar el lado que se ha negado u ocultado. Demostrar nuestra capacidad de movimiento, es, en pocas palabras, cuestión de dignidad.

Con los pocos recursos económicos que llevábamos en la bolsa nos colgamos nuestras mochilas con la conciencia de que éramos delegados de los integrantes de nuestro pequeño colectivo; asimismo, que íbamos a unirnos a la declaración de un movimiento armado, teníamos claro que ahí había un espacio para ser escuchados. No íbamos al desierto de la política donde nuestra palabra no cuenta; íbamos a platicar con nuestro ejército.

Cuando llegamos a San Cristóbal de las Casas ya era la mañana del día viernes 26 de agosto. Eran cerca de las nueve de la mañana. Compramos en la estación de autobuses de San Cristóbal dos boletos para Ocosingo; no sé si fue nuestra suerte o así estaba marcado en el orden del caos, pero la salida de aquel autobús se había retrasado por algunos problemas con el aire acondicionado (por esta razón no tuvimos que esperar dos horas más). Al tratar de abordar el autobús un guardia de seguridad de la estación me miró y me ordenó quitarme el sombrero de palma que en aquel momento llevaba puesto para cubrirme del sol. Me señaló con su mano una cámara de video que se encontraba en la parte superior de la puerta y me dijo que me estaban filmando; obedecí la orden y comencé a entender que cada vez estábamos más cerca de la cita convocada por la “Sexta”. Nuestro desayuno fue un sandwich, un jugo embotellado y compartimos la última reserva del pan nuestro que cargamos desde la ciudad. La señora Lucía, antes de partir, me había obsequiado el pan que tenía procedencia de Chalma.

Aquel pan en lo incómodo del autobús nos sirvió de cena la noche del 25 de agosto, nos postergó el hambre, la muerte.

El trayecto a Ocosingo duró aproximadamente dos horas. Aquel recorrido mañanero fue un deleite para los ojos; ver aquellas montañas bañadas de árboles verdes parecía una especie de sueño, como tocar lo inconmensurable de la tierra madre con los ojos. Al bajar del autobús el calor era insopor- table para dos ciudadanos, pero no para los habitantes de aquel lugar. Corrimos al primer teléfono de cabina que localizamos y marqué los números de los teléfonos que Margarita, días antes, nos había proporcionado. Pero en ninguno nos contestaban. Decidimos esperar un rato mientras Cinthia hablaba con su familia a la ciudad de México avisando que habíamos llegado sin dificultades. Una vez terminada la llamada de Cinthia, marqué nuevamente al enlace y me encontré con una voz conocida: era Noé, compañero que había conocido en las reuniones nacionales de la organización. El compañero se había hospedado en la casa de seguridad que tenía a mi cargo compartiendo con nosotros pláticas trasnochadoras. Me identifiqué y de inmediato me reconoció. Le informé del lugar en el que nos encontrábamos y él, amablemente, me recomendó tomar un taxi dándome las coordenadas. Llegamos muy rápido al lugar señalado. Nos encontramos parados en un sitio desconocido y ante una casa de seguridad desconocida también.

Quien nos abrió la puerta fue Miguel. Nos recibió con un muy fraternal abrazo y con aquella sonrisa carismática característica de él. En el interior, sentado con la pierna cruzada, Gabriel Moreno nos sonrió y después se levantó para saludarnos con otro abrazo fraternal. Platicamos muy rápido de cómo había estado nuestro viaje, para pasar rápidamen-

te al punto por el cual estábamos allí. No mostraron mucha emoción por lo de la “Sexta” como lo estábamos nosotros. De pronto percibí forzado el tema, y justamente en ese momento entró Rogelio, coordinador de región de Puebla. Gabriel con su muy agradable amabilidad nos ofreció su casa para hospedarnos. En ese momento se acordó salir a la comunidad donde se realizaría el encuentro con el EZLN el día sábado 27 por la mañana, todavía sin fijar el horario ya que hasta más tarde se podría garantizar el transporte. Miguel nos contó de manera muy breve cómo llegaron hasta ahí. Con el tiempo que quedaba del día, nos aconsejó visitar el centro ceremonial de Toniná. Le tomamos la palabra y de pronto nos vimos interrumpiendo el trabajo; a este sentimiento se nos unió Rogelio y los tres decidimos visitar las ruinas. Caminamos rumbo al mercado para abordar la camioneta que nos llevaría. El caminar por las calles de Ocosingo nos hacían recordar aquella primera vez que viajamos con toda la columna; imágenes conocidas me asaltaban repentinamente.

Un militar abordó la camioneta en la que viajábamos. Su presencia me ponía nervioso. Traté de ocultar mi nerviosismo haciendo plática con Cinthia y Rogelio sobre Puebla. El soldado bajó en una unidad habitacional militar bastante grande. Recorrimos la zona arqueológica charlando un poco sobre los anacronismos históricos, pero en el fondo había una especie de sentimiento de añoranza de nuestro pasado indígena, de nuestros sabios ancestros. Después de bajar de las ruinas comimos mientras nos tomábamos una cerveza, descansamos del calor que teníamos. Quizá fue el hambre pero aquella comida me hizo recordar el absoluto. Al llegar nuevamente a Ocosingo, Gabriel nos llevó a su casa, nos mostró en

qué lugar podíamos dormir y nos recomendó tomar un baño para descansar. Aproximadamente a las nueve de la noche llegó Sandy a preguntar por nosotros, minutos después llegó Miguel. Entre anécdotas y risas acordamos la hora de la salida, sería a las siete de la mañana en la plaza central de Ocosingo. Sin saber si fue el cansancio, el pan hecho por Gabriel, la casa, la música, la espera del día siguiente o el calor, aquella noche dormimos muy bien.

II

No dejé que sonara el despertador, desperté antes como acostumbro en aquellos tremendos insomnios neuróticos de ciudad. Desperté a Cinthia con mis movimientos, estaba preparando lo que nos llevaríamos. Rogelio no tardó en despertar. El reloj marcaba la sexta hora, me puse las botas que han acompañado mi caminar, cargué mi mochila echándomela al hombro, revisé en mi mente nuevamente si llevaba lo “importante”. Debía estar todo completo, una grabadora de mano, libreta, bolígrafo, una moderna cámara digital, dinero, credenciales, tarjeta de teléfono, condones y unas pasitas de chocolate, al parecer llevaba todo lo que se requería para trabajar. Me senté a la mesa y casi inmediatamente se me unió Cinthia a compartir una taza de té y un pedazo de pan. Minutos después Rogelio también se unió al pequeño almuerzo. Salimos de la casa con los comentarios de Gabriel, nos encargaba la casa para nuestro regreso, ya que él y su compañera saldrían esa misma tarde a San Cristóbal y no regresarían hasta el domingo por la noche.

Caminamos, como dicen por allá, “para arriba”. Arribamos al lugar señalado pero ni Matea, ni la camioneta seña-

lada, se veían. Llegamos a pensar que ya era demasiado tarde y por esa causa nos habían dejado, pero había otra posibilidad (porque siempre hay otra): quizá nadie había llegado. Decidimos, en cuestión de minutos, hablar a la casa de Sandy porque ahí pasaría la noche Miguel; llamamos pero sin respuesta. Sólo se oía una voz monótona y sin vida de una contestadora. Justo cuando colgué el teléfono y me disponía a pasar la calle, vi que Matea llegaba, su presencia me tranquilizó. Nos saludamos y nos presentó a un amigo suyo que trabajaba en San Cristóbal de las Casas y también se dirigía al mismo sitio que nosotros. El plan era pasar por otras compañeras o hermanas — como le llaman por allá —, íbamos sentados en la parte de enfrente de la camioneta. No pasaron ni cinco minutos cuando llegamos en donde estaban hospedadas las hermanas; eran tres mujeres con los años de su lucha sobre su rostro y su cuerpo. Así que los tres aventureros que veníamos de fuera tuvimos que viajar en la parte trasera de la camioneta. Viajamos cómodos y con el viento a nuestro favor.

En el camino hacia el poblado Juan Diego, en el municipio autónomo Francisco Gómez, conocimos la historia de Rogelio. Todo comenzó con una plática sobre cómo utilizar la camarita que, para mí muy poco conocimiento de la alta tecnología, creía que tenía micro chips atómicos por dentro y que funcionaba con un mecanismo electrocibernético, además de suponer que el foquito de encendido era una fuente de creación de espectros psicotrónicos. Todo este bagaje científico fue descartado cuando Rogelio me explicó que tenía que enfocar un punto y después sólo disparar para obtener una foto. De lo anterior pasamos a cómo ingresó y pasó a formar parte de la organización, nos contó una larga pero muy interesante

historia sobre su vida en la lucha, de esa otra lucha que cuesta tanto pelearla. Cuando parecía que ya no había nada que platicar, la camioneta hizo un alto en el camino y, sin pensarlo dos veces, de un salto bajé a estirar los pies y a sobarme los riñones que a esas horas de estar sentado y sin beber agua ya se manifestaban con grandes consignas —como cuando AMLO realizó su mitin contra el desafuero en el zócalo de la ciudad de México—. Caminé unos cuantos pasos atravesando el camino de terracería. Me interné entre los árboles para echarme una placentera “meada”. El conductor nos indicó que ya faltaba poco. Una de las hermanas, muy preocupada, insistía en que llegáramos lo más pronto posible porque tenía trabajo pendiente en el poblado. En esta parada no tardamos más de diez minutos que parecían horas. Nuestra preocupación de llegar tarde aumentaba al ver como otros autos nos rebasaban, veía en los ojos de las personas que conducían esa expresión de tratar de reconocer si nos conocíamos y si íbamos hacia el mismo lugar, hacia el mismo destino, la “Sexta”. Nos acomodamos nuevamente en la camioneta y reanudamos nuestro viaje; miré mi reloj y los absurdos números marcaban las nueve con algunos minutos. El fantasma del hambre, de la angustia, de la ansiedad, apareció entre nosotros y decidimos espantarlo con las pasitas cubiertas de chocolate.

La camioneta azul en la que viajábamos se hizo cada vez más incómoda; aquello pasó a un segundo plano cuando vimos una primer manta extendida que decía con letras rojas “SEXTA DECLARACIÓN”, con algunos cuatro o cinco hombres alrededor. No pasaron más de dos minutos cuando apareció otra manta que se veía a lo lejos y que decía con letras grandes “AQUÍ ES”. La camioneta azul paró y tres hom-

bres se acercaron al conductor, uno de ellos preguntó cuántos hombres, mujeres y extranjeros entrarían. Se les informó. Nos dejaron proseguir. La camioneta arrancó y dio un ligero movimiento para bajar por la izquierda hacia el poblado que ya se alcanzaba a ver; mientras bajábamos aquel pequeño desnivel unos hombres desde lo alto de un pequeño montecito anotaban en un papel cuántas personas íbamos en la parte de atrás y las observaciones necesarias.

Al entrar al poblado, el miedo y el nerviosismo desaparecieron por completo. De pronto todo se tornó diferente, mágico, subversivo; el estar con toda aquella gente del poblado hacía que el ambiente tuviera seguridad y un aire de paz, nos hacía sentir como en casa, con nuestra gente, con nuestro ejército, con nuestros hermanos en la fiesta de la liberación. Entre más nos acercábamos al valle del poblado, se comenzaban a ver poco a poco casas de campaña, cabañas de madera, cientos de gente, rostros conocidos, cientos de gente desconocida, un gran enlonado color amarillo, hermanos y hermanas que se habían quedado a acampar la noche anterior.

El verde del paisaje se hacía cada vez más intenso. A lo lejos montañas. Con el resplandor de la mañana nos acercamos al enlonado caminando y nos recibió una exposición de fotografías que colgaba como ropa en un tendedero.

III

Todo fue en silencio, tranquilo. Nos anotamos en unas hojas. Nos dieron una etiqueta color anaranjado para poner nuestro nombre. Buscamos asiento en la sombra pero todo estaba ocupado. Caminamos hacia nuestra izquierda. Nos sentamos en unas bancas hechas de tablones y troncos. El calor del sol

aumentaba. En aquel momento ya nada era como lo que estábamos acostumbrados. Todo giraba en una incertidumbre nada angustiosa. Sentado en aquella banca veía los cerros; miraba la mesa donde se sentaría la comandancia zapatista, aún estaba vacía. Trataba de mostrar tranquilidad frente a mis compañeros pero no era verdad. Para no transmitir mi inquietud preferí caminar solo. Había sentido esa extraña pulsión de levantarme involuntariamente, es como un recorrido de choques eléctricos en las articulaciones de mis piernas. Sin pensar nada caminé hacia ningún lugar determinado, sin rumbo, simplemente di vuelta sobre mis espaldas, de pronto, mi paso se aceleró, sin darme cuenta, de entre toda la gente se cruzó con mi mirada un rostro conocido; él dudó un poco pero yo no. Como si nos estuviéramos buscando, sin siquiera saber que ahí nos encontraríamos, me saludó mi amigo César, a quien conocí en Guadalajara en el año 2002. Él me contó que durmieron ahí la noche anterior, en aquella oscuridad, lejos de su casa. En plena madrugada lo había picado una tarántula negra, lo miré con asombro al rostro y estaba pálido, en aquel momento fui nuevamente presa de mi demencia, en mis pensamientos teológicos aquel sujeto era uno más de los elegidos del espejo negro Tezcatlipoca. Entonces comprendí que nos estábamos encontrando en una y la misma historia; ya no había marcha atrás, nunca más sucedería lo que estaba sucediendo en ese momento, me invadió otro sentimiento más personal: sentir que ahora sí ya los juicios de mi cabeza no eran los habituales. Me estaba desquiciando pero no tenía miedo, compartía junto con muchos mi feliz locura. Mientras eso pensaba, se escuchó a kilómetros de distancia el sonido de la caracola; avisaba que algo estaba por suceder. Entonces miramos otra vez hacia el verde de las montañas.

Días más tarde mi compañera Cinthia escribiría en su reporte: “La espera no fue larga, el alboroto de repente se detuvo y las miradas apuntaban hacia el monte, hombres vestidos de negro y café, con armas en las manos avanzaban rápidamente, la gente del poblado hizo una valla para el libre paso de los recién llegados, la emoción subió a la boca, a las manos a todo el cuerpo”. El encuentro y la “Sexta” apenas comenzaban.

Ya entrada la tarde, a esas horas en que la mirada nos juega bromas, platicaba con Cinthia debajo de un pequeño árbol. Enfrente teníamos unas grandes montañas selváticas y a unos encapuchados muy jóvenes resguardándola, como cubriendo la entrada aquel mundo; de pronto se acercaron a nosotros un hombre y una mujer, nos pidieron una entrevista, accedimos, platicamos un poco, ellos eran alemanes. Cuando se retiraron voltee a mi alrededor, a esa hora ya estábamos cansados y en la completa locura, éramos pocos, estábamos locos y no nos habíamos dado cuenta ni de lo uno ni de lo otro.

IV

Lo que sigue ya no lo puedo describir con palabras, es decir, la palabra escrita ya no alcanza. Grabamos la palabra del SubMarcos y el EZLN, en fotos capturamos las imágenes que quedarán en el recuerdo de la historia. La grabación y las fotos estarán circulando, les pedimos nunca revelen el secreto, porque como es secreto hay que cuidarlo.

La historia podría terminar así: nos subimos al autobús y cuando despertamos ya estábamos en la ciudad de México, pero ahora ya era distinto, estábamos en otra realidad, en lo más concreto.

EL ACADÉMICO

Era imposible negar y disfrazar la alegría que sentía aquella mañana después de haber pasado la noche al lado de la hermosa e inteligente mujer con quien comparto la vida, mis manos han descubierto en su cuerpo toda una literatura desbordada de arrumacos enternecidos de amor.

La fecha en el calendario marcaba el día 23 de septiembre, me dirigí con singular alegría a la biblioteca de la honorable institución donde laboro como docente e investigador de tiempo completo. Después de una ardua búsqueda entre libros y libreros, me dispuse a consultar dos ejemplares magníficos; caminé hasta la entrada donde el puesto de mando está cubierto por los bibliotecarios y le pregunté al encargado: “¿Qué tengo que hacer para sacar copias?” Él, amable y experimentado trabajador, me contestó con mucha seguridad: “tiene que hacer el mismo procedimiento como si lo fueras a pedir prestado”. Aún con mi singular alegría ingenua llené el formato y se realizó todo el procedimiento formal para que me pudiera llevar los libros a mi cubículo. Salí sin pensar nada más, dispuesto a consultar aquella infor-

mación que desde días atrás y desde hace ya varios años me había constantemente atormentado. Llevaba esa ansiedad por el conocimiento característica de aquellos que se dedican a la filosofía, más que amor a la sabiduría lo mío era una obsesión por tratar de comprender un poquito el caos de mi vida existencial arrojada a la mundanidad del mundo.

Caminé presuroso hacia mi cubil felino marcado con el número 68, como aquel que ha encontrado la pieza del rompecabezas faltante que había estado perdida por muchos días. Ya sentado y acomodado en el escritorio, abrí mi tesoro con la desesperación de un topo buscando caminos en la oscuridad, revisé el índice con detalle, busqué el número de las páginas que hablaban justo del tema que estaba investigando: la guerra sucia. Hice una lectura muy superficial en algunas hojas; cuando estaba por acabar de mi rápida consulta noté que en el margen izquierdo de la hoja había una raya muy marcada que penetraba en las hojas posteriores hiriendo al libro en su intimidad, al parecer alguien había subrayado en la página anterior con mucha fuerza u odio; busqué el subrayado, me percaté que terminaba el capítulo pero no estaba la hoja del subrayado, como si dicha página fuera el comienzo del siguiente capítulo, esto me hizo sospechar que algo no andaba bien, entonces con vista aguda y meticulosa verifiqué la secuencia del número de páginas y efectivamente mi sospecha se hizo certeza, faltaba una hoja y el rayón encontrado era una marca que quedó al ser arrancada la información. Fue entonces cuando comencé a escuchar un llanto a lo lejos, era el lamento de alguna persona muerta. Cerré el libro con nerviosismo y me dirigí con paso veloz a fotocopiarlo, quería entregarlo a la biblioteca lo antes posible; le supliqué a la

bonita y joven obrera de la fotocopidora que tuviera mucho cuidado y le señalé el porqué de mi angustia.

De regreso en mi celda, dejé el libro sobre el escritorio. Lo observé largo rato en silencio, sentado en mi silla de académico; él parecía implorar mientras yo analizaba con sumo cuidado la situación. Después de debatir con mi conciencia todo el día laboral que quedaba —y sin poder dormir en la noche envidie los ronquidos suaves de mi bella y amada esposa—, concluí que lo mejor era dar aviso a las autoridades correspondientes. En la mañana siguiente llegué a primera hora a entregar el libro al bibliotecario y, al igual cómo me había sucedido, para él, aquel daño que llevaba el libro en lo profundo de su ser, pasó desapercibido. A simple vista nadie notaba que aquel libro estaba herido, estaba encubierta la verdad de su rostro adolorido, su apariencia era la de ser el libro más normal y sano del mundo, pero lo cierto es que en sus entrañas había sido torturado y mutilado; él me mostró su tormento con algún fin que todavía hoy, mientras escribo estas líneas, desconozco.

Cuando ya se había asentado en una de sus pastas el sello de devolución de la biblioteca, mi conciencia plagada del imperativo categórico kantiano decidió decirle al amable bibliotecario la situación tan delicada en la cual iba por la vida aquel desdichado. El bibliotecario quiso comprobarlo empíricamente y su sorpresa fue muy parecida a la mía, dio instrucciones a sus ayudantes para que inmediatamente lo tomaran de manera especial y poder curarlo a la brevedad posible. Con la conciencia tranquila y la satisfacción de haber realizado una buena obra, aquella mañana me dirigí a seguir mis actividades pendientes, trabajé con la sensación de haber

salvado al mundo por un instante, saboreé los residuos de la fugaz certidumbre de abrazar el absoluto de manera efímera. El siguiente día, como de costumbre, llegué al cubil 68, me dirigí a la biblioteca a consultar algún libro para apoyar la clase y me encontré con la sorpresa de que tenía que pagar con el dinero de mi bolsillo el libro aquel, al cual le fue arrancada la información con saña para asegurarse que nadie descubra a los culpables de la desaparición de miles de militantes y de inocentes que buscaron cambiar la barbarie de este sistema capitalista.



DESAPARICIÓN FORZADA

Como es costumbre, Balam tocó a la puerta a las seis de la mañana, me paré un poco enojado, estaba muy calentito debajo de las cobijas. Cuando abrí la puerta se metió corriendo como queriendo ocultarme algo, me senté en la orillita de la cama mientras se me quitaba lo somnoliento. Balam, como queriendo jugar, me arrojó a los pies su primera cacería, su víctima era un pájaro entre gris y negro. No le di mucha importancia (como me pasa últimamente con cualquier cosa que sucede a mi alrededor).

Ese día sábado 6 de julio de 2009, a las 10:30 de la mañana, tenía que exponer en la Universidad de la Tierra el tema de la transformación del marxismo. Con el cadáver de un pájaro en los pies continué escribiendo lo que me faltaba. De regreso, ya por la tarde, saqué el pájaro del cuarto; Balam y Gandalf me acompañaron con un silencio solemne hasta la jardinera donde quedó el cuerpo sin vida. Lo más curioso es

que pensé que a mis gatos ya se les estaba quitando un poco sus prácticas pequeñoburguesas, pero al regresar al cuarto me pidieron de comer, ellos querían sus croquetas y caí en la cuenta de porque no se habían comido el pájaro.

Balam y Gandalf han aprendido a vivir en los tejados de San Cristóbal de las Casas, conviven con el pueblo. Gandalf nos ha dado unos sustos y preocupaciones porque le ha costado más adaptarse al exilio. Ha habido días que estamos tan asustados que se nos ha ido el sueño y preferimos estar alertas en la azotea. Creo que la Gandalf está enojada conmigo porque viene a comer y no me dirige la palabra, se sale y ni un “miau” me manda, ella cree que todo lo que sucede en el universo es porque yo lo hago en su contra, sólo para molestarla. Pienso que ella ha de creer que la luna brillante que se ve en las noches la puse nada más para que ella se vea más bella y no la dejen dormir los machos, ha de creer que esa luna sólo está ahí para hacerla enojar. Ya comprenderá algún día que no soy el culpable de su enojo, tengo esperanzas de que algún día... (suspiros soñadores, como sabiendo que nada cambiará, mientras eso sucede me siento a aguardar sin la esperanza de que sea pronto). Balam la está convenciendo. Nosotros, los gatos zapatistas, seguimos vivos, resistiendo, sobreviviendo; cuando se nos pasa un poco la nostalgia de la ciudad vagamos despreocupados por los tejados. Para los indígenas de acá Balam es mi nawalito, cuando se escuchan las peleas en los tejados es porque se está luchando contra brujos malos.

Hablo de metafísica con ellos, nos apasionamos, muevo las manos y subo el tono de mi voz. En un descuido, sin que me lo espere, arremeten en contra mía con argumentos nietzscheanos y nihilistas cerrando la discusión, interponien-

do el silencio en nuestro diálogo. No pude contestarles, pues tenían razón: “no soy la verdad”.

No tengo mesa, cuando termino mi desayuno compuesto de cereal con leche dejo mi plato sucio en el piso con restos de leche que me niego a tomar. Balam se lanza rápido contra el plato y lame la leche, cuando acaba se limpia muy gustoso los bigotes con su lengua y sus patitas. Gandalf también toma leche pero poquita, creo que no le gusta mucho, o no sé porque desde el lugar donde duerme alza su cabeza, nos mira a Balam y a mí de arriba hacia abajo y con esa misma mirada nos barre como diciendo “yo, las sobras de la leche, primero perra”. Cuando no está Balam se levanta, estira las patas y la cola, se acerca al plato tranquilamente, le pongo un poquito más de leche, bebe y, sin dirigirme la mirada, se regresa al lugar donde duerme. Ella me ha dejado claro que es muy especial, no es como las otras gatas del pueblo y aún menos como Balam.

Me ha contado que es una gata “fina” porque viene de la ciudad de México y creció en un departamento, no en la calle como el pordiosero de Balam, el cual fue recogido cuando un salvaje humano intentaba matarlo a pedrazos. No, ella tenía allá su arenita suave para hacer pipí, para ir al baño no tenía que estar ensuciándose las uñas con tierra y mojándose las patas con los charcos. Todavía hoy se estremece y se angustia cuando hablamos de los días que convivió con la Puerquis (gata adulta que la zarandeo cuando ella era una cachorra), cuando hablamos de eso casi siempre cambia el tema.

Gandalf se pasa la mayor parte del tiempo en su arreglo personal, se baña y se limpia las uñas con lengua y dientes, utiliza las patas delanteras para su rostro de princesa. Mien-

tras se baña una y otra vez me cuenta que ella tuvo hijos con Balam no porque él fuera el gran macho que toda gata desea, sino porque así se lo impusimos cuando lo llevamos al departamento después de salvarlo de la muerte en la calle. Un día ella despertó y ahí estaba él, con su paso y hambre vagabunda. Al “pobre ese” — dice con desprecio — nada más le faltaban los tatuajes para ser un auténtico chacal, parecía perro agonizando. Cuando lo conoció, él era violento, mal modiento, bárbaro, salvaje, las primeras semanas estuvo muy enojada conmigo por llevarlo. Después, con el tiempo, lo fue conociendo más, le fue agarrando cariño, dice que le daba ternura lo torpe que era para saltar o trepar por las paredes, no podía alcanzarla en lo alto de los libreros, era y es más hábil que él, nunca la atrapó, sino que ella se dejó atrapar. Antes de embarazarse estaba esbelta, era una muy buena atleta, Balam era un gatito simpático y desmadroso. Cuando menos se dio cuenta se había enamorado de un gato callejero. Los machos de aquí todos son feos y vulgares, pero hay unos bien buenos, son grandes y peludos, con hermosísimas garras, pero muy güevones, los cuidan personas extranjeras. Los gatos del pueblo que no tienen dueño le dan mucho miedo, aunque ha aprendido a ponerlos en su lugar — como le enseñó la Puerquis —.

Desde que llegaron a Chiapas, dice ella, ha tenido que aprender mucho, prefiere estar en casa mientras Balam sale a explorar el territorio, no quiere arriesgar su vida a lo loco, como lo hace él. Ella es más inteligente pues, cuando no hay peligro, sale sigilosamente a rastrear el olor que dejan las huellas de Balam, se percata de lo lejos que llegó su macho, pero hay veces que no pisa lugares si no la lleva él, es más seguro. Ha visto muchas cosas nuevas, como las montañas, la luna y

otros gatos. Redescubrió su instinto de cazadora de mariposas negras, pero extraña la comida de Sanborns (esto lo dice nada más para darse importancia, nunca ha ido a ese restaurant, pero no la voy a desmentir, ambos sabemos que ella es “fina”). Ella nació en Xochimilco, en su imaginario ella es una princesa y no la voy a desmentir.

En uno de estos días de la guerra de baja intensidad, llegué a casa y bajó de los tejados toda la banda menos Inti (un gato güero que se hizo nuestro amigo en los primeros días en esta tierra, nos enseñó el mundo gatuno de acá.). Tenemos esperanza de que vuelva, todas las noches lo salimos a buscar. Nunca regresó, no lo hemos vuelto a ver, simplemente desapareció como por arte de magia, como si dios, así como hizo la luz en un día, así en un instante lo hubiera desaparecido. Nosotros, los gatos zapatistas que venimos de la ciudad de México, desconfiamos, creemos que algún humano lo desapareció, cada quien por las noches piensa a su manera la tortura. Quizá primero lo acorralaron y después a palazos lo mataron o cosas peores, así es el salvajismo de la especie humana. No sabemos qué pasó, sólo tenemos la certeza de que fue una desaparición forzada, quizá ya estaba dando muchos problemas.

El último día que lo vi vivo estaba comiendo sin ninguna vergüenza la comida de Balam y Gandalf, comía sin respetar regla humana alguna. Así era de anarquista. No sabemos de dónde salió la orden pero nosotros creemos que lo mataron. El problema es que los de aquí piensan que toda la revolución que se está dando la propiciamos nosotros, nos echaban la culpa de su paz arruinada, de su orden destruido. Una vez muerto el Inti, algunos se dieron cuenta que no

éramos nosotros los del caos, sino que se nos culpaba injustamente, el mal gobierno es responsable de tanta sangre derramada. Quizá el Inti está en el mismo lugar donde se encuentran los desaparecidos de la guerra sucia que existe en el mundo, quizá los desaparecidos del EPR (Ejército Popular Revolucionario) están en este momento acompañados por nuestro compañero.

De pronto aparece Balam por la puerta, ella acostada desde su cama lo mira entrar con una de sus cejas levantada, es un gesto desafiante. Con esa expresión en la mirada lo barre y voltea la cabeza recibiendo a Balam con un desaire, le deja de dar importancia a la llegada de Balam y se acurruca para dormir. Balam camina hasta donde está la comida, mientras va avanzando Gandalf lo sigue con la mirada, sus ojos reflejan cierto aire de admiración y amor. Cuando Balam termina de tomar agua voltea hacia donde está la cama, ella se emociona por dentro y vuelve a acurrucarse, se hace la dormida, él se acerca y lame la cabeza de ella, trata de acomodarse para dormir, ella lo mira con ojos de querer pelear, pero después cede y lo deja acomodarse a su lado.

MICTIA. UNA HISTORIA URBANA

Es en la prepa 5 de la UNAM donde por primera vez se plantea la idea de formar una banda de Heavy Metal, más tarde llevará el nombre de Mictia. Para aquel momento el grupo Luzbel ya era un pasaporte al infierno. Arturo Huizar, vocalista de la imponente banda, había trabajado con los jóvenes de Raxas, mientras éstos estaban en sus mejores momentos haciendo presentaciones en los todavía vivos hoyos fonkies. Richard, uno de los fundadores de Mictia, repartía el flyer para la próxima tocada de Raxas afuera de la prepa.

La primera agrupación quedó conformada por Berna, en la batería; Elvis, en la guitarra líder; Olaf, en el bajo y Richard, en segunda guitarra y voz. El nombre de la banda era ambiguo. Las tardes y noches se hacían absurdas entre mucho ruido, cervezas y poca música. Este primer grupo semillero sufre su primera separación cuando Olaf queda prácticamente al borde de la muerte después de salirse por el parabrisas de un carro en un accidente. La banda se deshace y Richard continúa con el proyecto: surge la banda llamada Aquelarre,

formada por Néstor, en el bajo; Gabo, en la batería y Richard, en la guitarra y voz.

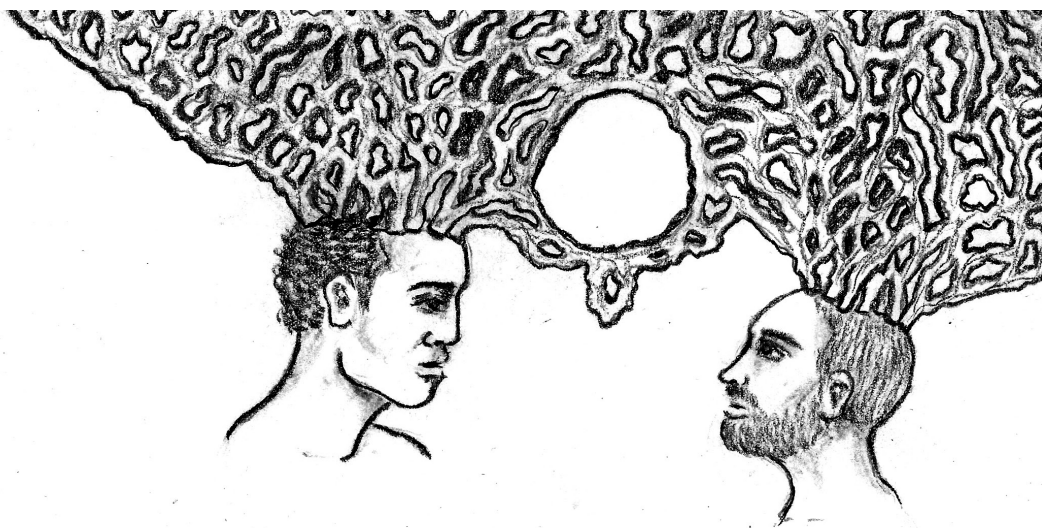
En las primeras presentaciones de la banda se toca un par de canciones originales y covers de Black Sabbath, Led Zeppelin, Deep Purple, Iron Maiden, Judas Priest, Sex Pistols, Escorbuto y Yap's. A la salida de Néstor se integra por corto tiempo Donaji en el bajo. Todavía con un anarquista sonido metalero, con rudimentario equipo y tocando en barrios marginales de la periferia de la ciudad, la banda se presenta conviviendo a nivel de piso con aquellos ángeles caídos que asistían a los conciertos. Se comienza a utilizar el nombre de Mictia. En una de esas calles perdidas fueron catalogados como los "chicos desmadrosos de Mictia". Donaji sale de la banda para formar una sólo de mujeres: Inharmonious.

Mictia se fortalece y madura su sonido con la entrada de Jair en la guitarra líder y Julio en el bajo. El día 6 de octubre del 2002 Mictia hace su primera presentación oficial en Cananea (Iztapalapa), junto a bandas como Twilight, Wintermoon, Gholem, Mística. Días antes de la tocada, Richard y Gabo son detenidos por la policía por pegar propaganda no autorizada y los encierran unas horas. Entre delincuentes y drogadictos cantan canciones de Alejandro Lora para complacer a aquel público que entre canción y canción golpea a un homosexual. En medio de grandes frustraciones por la falta de espacios Gabo comienza a abusar de las drogas y el alcohol entre tocada y tocada, fomentando la autodestrucción, una estética del silencio y una aguda depresión nihilista. Su crisis individual llegó a su clímax cuando la banda es invitada a tocar en uno de los sitios más marginales de Iztapalapa: Barrio Negro. Aquel día se ensayó por la mañana, cuando se creía que ya

estaba todo listo para la presentación, Jair y Julio deciden no ir pues consideran que no hay condiciones. El ensayo continúa y en plena canción titulada Fuego en el alma la inestabilidad emocional de Gabo estalla, llevando el Speed Metal a su manifestación más decadente. Avienta una baqueta a los toms, se levanta del banquillo y de una patada levanta la tarola, toma el tom de piso y lo avienta a los miembros de la banda. La droga, la agonía y la desesperación suicida de Gabo se manifestaban en ese momento en actos extremos de inconformidad con el mundo.

Después de este incidente y bajo la presión de grabar un demo salen Jair y Julio. Gabo y Richard hacen audiciones e intentan reagrupar a la banda. Después de grabar las baterías, Gabo, agotado de sí mismo, decide abandonar la música de manera radical.

Con el viendo en contra y a contrapelo Richard decide continuar convirtiéndose así en el líder de la banda. Se unen al proyecto Fernando en la guitarra líder, Pierre en el bajo y Rodolfo en la batería. Sin lugar a dudas uno de los mejores momentos de la banda. Esta formación termina por romperse en las discusiones internas del grupo en el proceso de grabación, entre envidias personales y egos enfermos. Mictia es un espacio para músicos exiliados (todos aquellos que pasaron por aquí y que no mencioné), francotiradores solitarios, inconformes con los débiles de espíritu.



CONVERSACIÓN CON UN MARXISTA ORTODOXO

Alberto Lara, el “Beto” (como lo conocemos en la banda), se ve más flaco que cuando lo conocí en el 2000. Su soledad e incompreensión es dramática desde que Elena y sus dos hijos se fueron de la casa. Ahora lo visitan cada fin de semana, no se puede quejar, el tiroteo ha estado muy fuerte, en fin... el Rodrigo ya está en la secundaria y Emiliano sigue creciendo.

Salimos del departamento donde vive, ahí en la Villa Panamericana. Ya en otras ocasiones hemos platicado toda la noche sobre Marx, filosofía, ciencia, antropología, antipsiquiatría, arqueología, marxismo, etcétera. Caminamos rumbo a la tienda, unos amigos lo saludan cuando lo ven pasar y él les responde a su modo, con ese acento norteno-chilango: ¡qué onda güey!, ¡quíúbole ese milagro! Al llegar a la tienda saluda a la joven vecina diciéndole: “Betty Blue”. Pide una ballena mostrando el envase. Ahí mismo la destapa, le da un trago y después me la extiende.

—Yo tenía quince años en el 74, nací en el 59, en el año de la revolución cubana, el 22 de agosto. Mi madre dice que soy el más güevón porque nací en la tarde y todos mis hermanos nacieron en la madrugada. Mi madre dice: “¡Cómo chingaste! No dejabas dormir”. Reímos y continúa:

—El “Roco” era un comunista que en el 68 estudiaba economía en C.U., primo de mi papá. Tengo dos tipos de parientes: los que se vinieron para la universidad acá que son comunistas y no tienen nada pero son tipos críticos, y los que se fueron para el otro lado que tienen un chingo pero son unos verdaderos cretinos. Los quiero un chingo a mis tíos pero los del otro lado son muy mamones y los de aquí les ponemos una chinga teórica que aquellos güeyes no se miden por prepotentes ni ignorantes siquiera. ¡No se percatan que les estamos dando verga! Son unas rebatingas... yo sí los agarro a todos y les digo: “agárrense de la mano, conmigo va a ser matadero”, “uuu, a ese güey no le hablen”. Yo era elapestado, a mí no me querían mis tíos por comunista. Mis tíos comunistas se educaron en esa línea, son maestros la mayoría de ellos, maestros de primaria, pero tienen la licenciatura, eso fue en el setenta y tantos...

—Tú güey ¿Cuándo comienzas a conocer el comunismo? ¿En tercero de secundaria? ¿Entre los quince y los dieciséis?

—Fue muy agradable tercero de secun, después en la prepa, en el CCH La Paz. En el CCH hubo puro pinche maestro comunista, mariguano y borracho. Fue en el 75... pero puta, brillantes cabrón, eso sí, hijos de su chingada madre. Valía la pena ir a la clase, te ponías hasta la madre y agarrabas cosas teóricas bien chingonas. Ponías en tela de juicio las pinches prácticas sociales que estaban sucediendo. Así sí vale

la pena vivir. No era idealista. Fue cuando dios más me hizo reír me cae de madre.

—¿Fue por la teoría materialista que ya de plano dios chingó a su madre? —Volvemos a reír, jajaja.

—Cuando entré al CCH me tocaron maestros de historia, filosofía, matemáticas, comunistas, borrachos y mari-guanos; ellos tenían un grupo de estudio, estaban leyendo los Manuscritos económico-filosóficos de 1844, y que me les pego. Todos gandallas, yo era el único pinche morro pedorro ahí, y toma a leer y leer, a criticar y a todo. ¡No mames! ¡Fue bello!, no te puedo decir otra cosa, valió la pena cabrón, no me arrepiento.

—Entonces tú serías como una segunda escuela de ese materialismo marxista? ¿Te consideras de otra generación o de la misma?

—No, yo sigo y seguiré planteando la revolución, nada idealizada. Soy de una generación sándwich, como le dice la banda.

—Generación sándwich, jajaja, no mames.

—No fui el único, fuimos varios que estaban conmigo, estudiaron conmigo en el pinche kínder. Conocía amigos que sus tíos también estaban acá y otros se fueron para el otro lado. Empezamos a juntarnos, nos dimos cuenta que éramos muy jóvenes para platicar con los viejos y éramos viejos para platicar con los de nuestra edad. Los de nuestra edad nos veían con miedo y nosotros acá fumando, valiendo verga, como si nada y la chingada, ese fue el pedo, eso me resultó encantador. ¡Putá, vieras Gabriel!

—¿Y tu jefe?

—No, mi jefe es un... una persona buena onda pero que pertenece al sistema, era el director de derecho del gobierno del estado.

—¿De allá de La Paz?

—De Baja California, sí. A mí siempre me apoyó en eso de... me acuerdo que él me regaló una enciclopedia, me la chingué en tres meses güey, quince tomos.

CONGRESO DE FILOSOFÍA EN EL MÉXICO DEL BICENTENARIO

Los camiones nos esperarían afuera del estadio de Ciudad Universitaria, sobre la avenida Insurgentes. Cuando llegué vi a lo lejos a Mario Ruiz platicando con Lutz y me acerqué a preguntarles sobre el autobús de ponentes. Isabel había cancelado a última hora en España su vuelo, así que viajaría solo. En aquel momento estaba más preocupado por terminar un trabajo sobre Leopoldo Zea y casi todo el camino me la pasé leyendo y subrayando. Estaba cansado de estar rodeado de tanto filósofo erudito, seguramente en los autobuses de los estudiantes estaría más ameno el desmadre.

En las primeras horas de la mañana llegamos a Sinaloa, el autobús se detuvo antes de Mazatlán y me bajé a estirar las piernas. Ahí encontré a Francisco, compañero de clases del Dr. Dussel, quien me contó la historia de cómo la policía los detuvo en la carretera para revisar el autobús, aunque no les importó mucho. Enseguida sacó un pedazo de cáscara de naranja con marihuana y me dio a fumar un poco, invitándome

a subir a su autobús, lo que no quise hacer porque me daba flojera bajar mis cosas. Finalmente cada uno se fue a su respectivo autobús. Jorge Alberto Relo me informó que ellos se iban a hospedar todos juntos en un hotel que la universidad les había apartado. Cuando llegamos me uní con algunos estudiantes de la licenciatura que iban como ponentes y se trasladaban al hotel donde estarían los de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Me infiltré entre los estudiantes para no pagar hospedaje, nos acomodamos en el mismo cuarto Francisco, Alma y, como responsable, Néstor. En las noches la fiesta nunca paró. Ese primer día ni nos acercamos a la sede del congreso, nos bañamos en la paya, tomamos cerveza, fumamos y filosofamos, nos metimos al cuarto, la discusión sobre el lenguaje metafísico y la memoria ancestral no paraba. Ya cuando estábamos dispuestos a dormirnos pasaban de las doce de la noche. Apagamos las luces mientras el simposio seguía afuera de nuestro cuarto. Como a eso de la una de la madrugada tocan bruscamente en nuestra puerta.

— ¿Quién? — pregunté.

— Nos han reportado que hay problemas en esta habitación ¿Quién es el responsable? ¿Podemos pasar?

— No, no pueden — les dije.

Néstor prendió la luz. En aquel momento estaba tratando de ganar tiempo y de ordenar algunas ideas, por mi mente pasó todo mi historial negro lleno de subversión y mi militancia en la Filosofía de la Liberación. No comprendía muy bien a qué clase de problemas se refería, le hice señas a Francisco para que escondiera la hierba. Tenía puesto sólo un bóxer y me apresuré a ponerme el pantalón. Empecé a temer

por muchas cosas pero lo primero que tenía que hacer era esconder los envases de cerveza y la marihuana que estaba regada por el cuarto.

— ¡Abran la puerta o la tiramos!

El Nes, aún acostado, abrió la puerta casi por reacción al sentir que eso de “tirar la puerta” era en serio.

— Permítanme un momento — pedí.

— Nos han reportado que de este cuarto han estado aventando botellas a los policías.

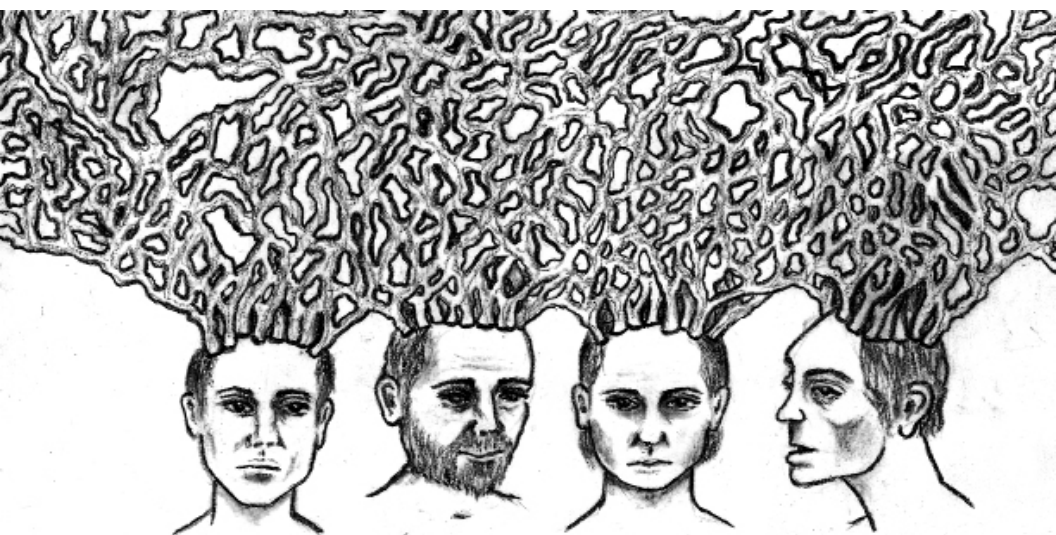
Tenía a cuatro sujetos vestidos de policía amenazándome armados con rifles de alto poder.

— No señor, aquí estamos durmiendo, pueden pasar a ver, estamos completos y nuestra ventana está cerrada respondí. — Está una compañera con nosotros.

Les señalé la cama donde se encontraba acostada Alma para mostrarles que entre nosotros había una mujer y que era impertinente y desproporcionada su actitud violenta. Se escuchó una voz de alguno de los dos que se encontraban en la parte de atrás:

— Debe ser el otro cuarto.

Se fueron dejándome intranquilo toda la noche. Llegué a pensar que ahora sí iban por mí.



FIN DE CURSO EN LA ESCUELITA ZAPATISTA

Perdí la noción del tiempo el día 3 de agosto, en el momento en que abordé el avión hacia Madrid. Las hermanas que se encargaron de la logística para que pudiera viajar a Europa me despidieron el día 8 en el aeropuerto de Atenas. Fueron más de catorce horas las que pasé en aire antes de llegar a México el día 9 de agosto a las 5:00 de la mañana. La fiesta del décimo aniversario de los caracoles zapatistas comenzaría ese mismo día. Dormí un par de horas y el resto de tiempo que me quedaba lo ocupé en acomodar lo indispensable para pasar unos días en la montaña. Mi autobús saldría de La Merced a las 18:30 hrs. con rumbo a San Cristóbal de las Casas, Chiapas. El viaje en aquel avión alternativo duró más de trece horas. Después de hospedarme con amigos del frente de Chiapas, analicé las posibles opciones para entablar contacto con los compañeros y compañeras que venían de la Facultad de Filosofía y Letras y de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Los

teléfonos no respondían, entonces era de suponer que estaban en los caracoles sin señal satelital. A las 13:00 hrs. salí rumbo al caracol de Oventik, ahí me sorprendió un fuerte abrazo de Aura, eran los de filos, había encontrado a la escuadra I; sin embargo, a Sebastián, que era el responsable, no lo vi hasta el día 11 en el CIDECI. Ellos no tenían noticias de la escuadra II, de la cual era responsable, por ello decidí regresar a la soberbia Jovel.

En la entrada de la Iglesia de Santo Domingo me encontré con Daniel — responsable, junto con Karen, de las dos células —: era la escuadra II. En la evaluación de mi estructura mental e interpretación, la planeación de inserción que consistía en arribar sin levantar sospechas de que éramos parte de la Sexta fue todo un éxito. Las células viajaron en camiones diferentes, se agruparon para asistir a Oventik; todo parecía bien, salvo la novedad de que Daniel informaba que él y Damaris decidían suspender su lugar de alumnos en la “Escuelita de la libertad según los zapatistas” y regresaban a la ciudad de México. Respeté su decisión, no sin antes tratar de convencerlos de que se quedaran, sin embargo, no estaba preparado para que uno de los cuadros que más había trabajado me dijera eso.

Al inscribirnos en la escuela nuestra fuerza quedó diluida en los caracoles de Roberto Barrios, la Garrucha y el grupo más numeroso en La Realidad. El día 11 salimos con rumbo a La Realidad con una columna de quince personas formada por integrantes de las dos escuadras. El viaje fue incómodo, los chistes malos, llegamos a las 2:00 de la madrugada con una moral optimista después de más de diez horas de camino.

La recepción fue un gesto tan bello y noble que me conmovió el corazón. En el mejor lugar hospedaron a las com-

pañeras, después a nosotros en un espacio igualmente de lujo. En lo que desempacamos y nos acostamos nos dieron las 3:30, a esa hora cerré los ojos esperando descansar hasta la mañana, no obstante, a las 4:30 nos levantaron para hacer un pase de lista, cantar el himno nacional y el zapatista. Nos formamos medio dormidos, hicimos el saludo militar y esperamos el descanso. Con la mirada busqué a mi compañera, la encontré formada al igual que todos los que estábamos ahí. Nunca el himno nacional y el zapatista habían significado tanto para mí como en esos momentos.

A las 8:00 de la mañana estaba despierto para levantar el campamento, pues las instrucciones eran que a las 9:00 se serviría el desayuno. La primera clase se extendió hasta después de la comida, con el tiempo medido se comenzó a agrupar a los guardianes y a repartirnos en las camionetas que nos trasladarían a las diversas comunidades. Rafa fue asignado mi Votán, justo cuando estábamos abordando la camioneta comenzó a llover muy fuerte, el sonido no se escuchaba, los que quedaban en la cancha de basquetbol se refugiaron y todo se suspendió por un momento. En el camino nos enteramos que parte de los compañeros que irían a la misma comunidad que nosotros se habían quedado sin transporte y saldrían la mañana siguiente. Las camionetas pararon en un lugar llamado El Paso, ahí encontré a Aura y a Gabriela. Nos internamos en la selva por medio de veredas lodosas, caminamos aproximadamente una hora y media. La parte más difícil para mí fue cuando llegó la noche. Rafa comenzó a caminar más rápido, al tratar de seguirle el paso tuve una caída; besado por la selva, continúe hasta llegar a Santa Rosa. Muchos compañeros, entre ellos Aura, se

quedaron ahí; nosotros continuaríamos nuestra marcha la mañana siguiente rumbo a la comunidad Miguel Hidalgo.

En la mañana desayuné con Gabi, esperamos a que llegara el grupo que faltaba; como a las 10:00 hrs., fueron arribando, entre ellos venía Luz. Me acerqué con la esperanza de encontrar noticias de los otros. Me dio alegría ver que llegaba Karen, nuestra tropa estaba desmembrada pero nosotros continuábamos juntos.

Caminamos unas dos horas y media o más, llegamos al río Jataté por el ejido de Hermosillo, abordamos las lanchas y en cuarenta minutos ya estábamos allí. La recepción fue igual de emotiva y significativa. Entramos cada uno con el guardián a nuestro lado, nos hospedaron inmediatamente en las casas, nos habían esperado desde el día anterior con agua y comida, fue así que los compañeros José, Mercedes, sus hijos, hijas y nietos me recibieron en su casa con un enorme plato de frijoles. Supongo que aquel primer encuentro fue muy desconcertante para todos, estábamos ahí pero no sabíamos exactamente qué era lo que se tenía que hacer. Una vez terminada la comida José me indicó como lavar mi plato. Nos instalamos en una pequeña chocita construida de caña brava que servía como salón, había una banca de madera y una mesa. José entró a la cocina y sacó un recipiente lleno de frijoles negros para limpiarlos, ahí comenzó el diálogo del maestro con el alumno; él tenía muchas ganas de platicarme de la organización de los zapatistas, pregunté en castilla mientras Rafa traducía hábilmente. José me dijo a su manera lo mismo que venía escrito en el libro, es decir, que en esa zona había nacido la organización, y que por ahí pasaron los primeros seis compañeros que crearon el EZLN.

Respondía amablemente, de acuerdo a su entender, hasta que lo vi cansado y le confesé que estaba agotado.

La mañana siguiente la clase se impartió en la milpa, me dieron mi machete, caminamos cerca de una hora para llegar al lugar, me enseñaron a doblar el maíz y muchas cosas básicas, como por ejemplo, como tomar la última parte del pozol. Eso me hizo recordar otras geografías y otros calendarios, cuando los compañeros Ricardo y Adela, campesinos del pueblo de San Francisco Tlalnepantla, en Xochimilco, me llevaron a la montaña a aprender a sembrar; años más tarde, en algún lugar del Sur, el señor Mateo se convirtió en mi padre adoptivo y me enseñó en todo un año el ciclo agrícola para la siembra del maíz. En aquel momento un par de personas nos aferrábamos a la idea de un ejército del pueblo fundamentado en los principios de la filosofía del EZLN. Ahí aprendí que no basta con tejer la base social, sino que es necesario tener una base económica autónoma y una educación popular liberadora. Sentado a la sombra de unas rocas, con una montaña a mi lado que aparentaba tener una ventana, terminé mi pozol mientras pensaba que en aquel tiempo no estaba del todo equivocado, logré comprobar que la Filosofía de la Liberación camina lenta porque su destino es largo.

A las 12:00 hrs. del día —o antes— ya estábamos de regreso en casa, la tarde fue para el estudio de los libros; cuando estábamos tomando un descanso José sacó un recipiente lleno de elotes para desgranar, al terminar tenía una ámpula en mi dedo gordo. El siguiente día por la mañana nos dedicamos a limpiar el solar y cortamos madera de un cedro con cierra eléctrica, en la tarde hubo un intercambio cultural donde se nos mostró la música y la danza tradicional. En la noche, ya sólo

con la luz de las veladoras, comenzaron las despedidas ya que saldríamos a las 5:00 de la mañana. Cené carne de pollo mientras dedicaba palabras de agradecimiento; la compañera Mercedes me dijo en su idioma: “no tienes nada que agradecer”.

A las 5:30 de la mañana tenía todas mis cosas listas. José y Mercedes llegaron hasta la hamaca donde esperaba la orden de formación, se acercaron y comenzaron a despedirse de mí, él lloró mientras me abrazaba, ella tomó con su mano derecha mi mano izquierda y con su izquierda apretaba el pulso de mi muñeca derecha mientras me bendecía en lengua tseltal. Lo último que me dijo José antes de salir de su casa fue: “si los atacan allá, atacamos acá”, le respondí: “si los atacan acá, atacamos allá, la lucha sigue”. Él cerró con un: “si compa Gabriel, la lucha no se acaba”.

Prefiero no contar los momentos de tensión extrema como el sobrevuelo sobre las zonas zapatistas de aprendizaje o cuando de regreso al bajar de las lanchas en la comunidad Emiliano Zapata sufrimos un ataque inesperado por ser una “invasión extranjera”.

Cuando regresé a la ciudad estaba molido de cansancio, me sentía como incomprendido, fuera de lugar, inarmónico, como en un vacío desértico. Guardé silencio y comprendí que es muy difícil dar a entender esta experiencia que fue única para cada persona, ya sea de los que fuimos como alumnos y de aquellos que nos enseñaron su modo de entender la autonomía, la libertad, la democracia y la justicia. Simplemente hay cosas que no se pueden decir porque las palabras no alcanzan y hay cosas que no se deben decir porque son secretos que hay que saber guardar.

INFORME DE CUBA

El día 6 de mayo regrese de Cuba, aun no logro procesar del todo la experiencia, se me olvido el diario y no pude escribir en los momentos precisos estando allá, quizá fue lo mejor.

Llegue a mi casa un día en que nadie me esperaba, cuando salí di una fecha falsa de mi regreso para no poner en peligro a nadie, aun si hubiera dado una verdadera nadie me esperaría, para algunas personas siempre ha sido mejor que no esté en casa, no me soportan. Al entrar tiré mi mochila, ya estaba pensando en la clase que tenía que impartir el siguiente día a las siete de la mañana. Decidí abastecerme de agua con mis vecinos, supongo que estaba deshidratado, cruce la puerta y mi padre desde la sala me vio entrar, no dijo nada. Vi la sorpresa en sus ojos y esas muestras de cariño que se dan en silencio entre dos hombres que tienen mucho de conocerse. Después de que termine de atragantarme de agua me pregunto:

— ¿Cómo te fue en Cuba?, con eso de que hay tantas limitaciones por allá.

— Pues... en esta casa siempre hemos vivido con limitaciones, entonces allá me sentía como en casa.

Eso fue todo lo que nos dijimos, después volvimos al silencio y regrese a sumergirme en las sombras. Desde que tengo uso de razón mis padres gobernaron con el lema “o todos coludos o todos rabones” sin percatarme que junto con mis hermanos y hermana había crecido en una familia que practicaba una especie de socialismo del pueblo. Aquella máxima con la que se gobernaba en la casa difícilmente se cumplía. La dictadura del proletariado es muy difícil de soportar. De la familia mejor ni hablar, mi padre y mi madre in-troyectarón en nosotros los principios comunistas sin que ni ellos ni nosotros tuviéramos plena conciencia del hecho, esos principios fueron parte de toda nuestra formación hasta que llegamos a ser adultos; estando en Cuba lo supe. A los miembros de la familia paterna y materna los llamaron guerrilleros en la década de los setentas, simplemente porque eran pobres y buscaron una manera de devolvernos la dignidad; vivían en una zona marginal de la ciudad de México, en esa ciudad perdida circulaba el órgano informativo de la liga 23 de septiembre llamado: “Madera”.

Lo que más me gusto de Cuba fue la defensa de su revolución, lo humano de su gente, el tabaco, el ron, la solidaridad, su digna resistencia y sobre todo sus mujeres de fuego.

Al llegar al aeropuerto vi que había una fila que esperaba que bajáramos del avión para poderlo abordar, la azafata que esperaba en la puerta de salida me miro de arriba abajo como queriendo reconocer algo o alguien en mí, no le tome importancia y seguí de largo. Antes de recoger las maletas teníamos que pasar por las oficinas de migración, Isabel que iba a mi lado se metió al sanitario, fije mi mirada en la fila, no

di ni cinco pasos cuando un hombre vestido de civil se me acercó, me dijo que me detuviera y comenzó a preguntar:

— ¿De dónde viene su vuelo?

— De México

— ¿Viene sólo?

— No

— ¿Cuántos días se va a quedar?

— Diez días

— ¿A que vinieron?

— A un congreso de Educación Popular

Aquel hombre me dejó seguir mi camino y se acercó a una mujer policía que también vestía de civil como él, le pregunto algo y me busco en la fila con pluma y papel en mano.

— Dígame su nombre completo

— Gael Hernández Salaz — dije tratando de aparentar seguridad, los nervios me mataban temiendo que me pidiera el pasaporte y comprobara que ese no era mi nombre verdadero.

— ¿Cuál es el nombre del evento al que va?

— VIII Encuentro Paulo Freire

— ¿Paulo que...?

— Freire.



ROMPIENDO EL CERCO

¡Alerta!

Escuche aquella palabra en voz baja pero seria, no quise alarmar a nadie hasta estar seguro de que mis nervios y el cansancio no me estaban jugando una mala pasada, quizás aquello que escuche sólo era producto de mi agotamiento, una equivocación.

Después de más de dos meses de que nos notificaron los ceses de nuestra actividad docente, nuestra vida se trastornó al comenzar una lucha inexplorada, el desgaste era grande. Me encontraba acostado entre Silvia y Norma, Erika se encontraba durmiendo al lado de Norma. Aquileo había salido una noche antes rumbo a Guerrero, Blas, dos noches atrás, había pernoctado en el campamento de Bucareli frente a la

Secretaría de Gobernación y le había tocado vivir el desalojo de la madrugada del 20 de mayo, nos habían despertado sus mensajes a las tres de la mañana, nos sentimos impotentes de no poder hacer nada a esa hora.

Desde las seis de la mañana me había comunicado con Doreyda para ir juntos al Hemiciclo a Juárez, donde habían replegado a los maestros y se encontraban encapsulados; a las ocho cambiaron los planes pues teníamos que entrevistarnos con la abogada en el local de la sección 9, nos quedamos de ver en metro Allende, a las diez nos encontramos y me informa que dado el clima policiaco, Patricia había cambiado el lugar de reunión a las oficinas del CILAS; antes de movernos del centro histórico recogimos los expedientes en Belisario Domínguez y fuimos al campamento que se instaló en la plaza de Santo Domingo frente a las oficinas de la SEP, nos percatamos del fuerte operativo de la seguridad pública, el peligro para nosotros era latente, no era seguro estar caminando por ahí. Había estado todo el día con Doris, se fue a su casa con Ángela a descansar mientras me trasladaba al pleno de la sección novena y retomar la guardia del plantón; de Georgina, Víctor y los demás separados injustamente de la labor docente no tenía noticias. A las diez de la noche acabó el pleno y comenzamos a organizar las colchonetas y cobijas para pernoctar en el campamento, desde las ocho de la noche ya nos esperaban en la carpa un matrimonio de maestros jubilados amigos de Erika.

Llegamos al campamento cerca de la media noche Norma, Erika, Silvia y moi, junto con otros tres compañeros; después de acomodar las cosas salimos a buscar algo que cenar, recorrimos el campamento en busca del vendedor de tamales, compramos unos atoles y nos fuimos a la carpa a acostarnos,

estamos cansados. Me percate que aún no cerraba los ojos cuando observe a mi alrededor que todos dormían.

Eran cerca de la 1:15 de la madrugada cuando se dio el primer ¡Alerta!, no paso ni un minuto cuando se anunció el segundo, me levanto y me enfango las botas con el ¡Alerta compas! del segundo llamado, salgo a la entrada de la carpa para comprobar que no es una broma de la posta en turno, es ahí cuando se da el tercer: ¡Alerta compas estamos rodeados!... Casi por instinto me doy media vuelta y digo de manera fuerte pero sin gritar ¡Alerta compañeras! Veo la reacción de mis compañeras y les digo de forma imperativa ¡los zapatos! Tomo mi mochila y salgo corriendo agachado entre hilos, lonas y casas de campaña, me dirijo a la fachada de la SEP, a la calle Republica de Brasil para saber que está pasando y evaluar la situación, me encuentro que estamos totalmente rodeados, las salidas por República de Cuba y República de Venezuela están cerradas por fuerzas federales. Regreso a la carpa a informar la situación pero ya nadie estaba dentro a excepción de los profesores jubilados, pensé por un instante que mis compañeras ya habían escapado y encontrado una salida y por wey me había quedado, pero no, después me enteró que habían hecho lo mismo de ir a valorar la situación pero a lado contrario, desde la calle Palma Norte también nos tenían rodeados. La situación era de terror, rodeados por las únicas salidas de aquella plaza vino a mi mente el recuerdo del 3 y 4 de mayo del 2006 en San Salvador Atenco.

La maestra jubilada sentada en una silla en la entrada de la carpa me pregunta: ¿Qué pasa? A lo que respondo, estamos rodeados por federales y al parecer nos van a desalojar, hay que levantar todo y meter lo que se pueda a las bolsas. Su esposo también maestro jubilado, aun levantándose me pre-

gunta: ¿nos vamos a llevar todo? Tratando de no alarmarlos le digo, si hay alguna posibilidad de salir caminando, sí, pero si se da algún enfrentamiento y hay que romper el cerco tendremos que salir corriendo y no podremos cargar, entonces tendríamos que dejar todo, pero hay que prepararnos. Salgo a la entrada de la carpa y veo que regresa Erika, después Norma y por último Silvia.

A las dos de la madrugada se ve en el cielo una luz e inmediatamente el cuerpo militar de la policía federal comienza a moverse y aprieta el perímetro del campamento, algunos van con máscaras para gas, en ese momento comienzan a entrar los autobuses y rodean la plaza; en reacción los jóvenes maestros del Estado de México, que se encontraban al lado de nosotros, comienzan a prepararse para el enfrentamiento, nos comenzamos a identificar y sale la botella de vinagre por si hay que correr entre el gas, el más experimentado y aparentemente el líder grita ¡las mujeres al centro! En ese momento una maestra con el tiempo marcado en su rostro se me acerca y me dice, nos van a subir a los autobuses y nos van a sacar de la ciudad como en el 81, le contesto con escepticismo, eso no es garantía de nada.

El comándante encargado del operativo toma el alta voz y nos amenaza diciendo que algunos tenemos orden de aprehensión, nos pide que tomemos nuestras cosas y subamos a los autobuses de manera pacífica de lo contrario usarán la fuerza; nos dan veinte minutos para levantar el campamento, alguien de nuestro movimiento pide una hora, el comandante accede e inmediatamente se escucha otra voz nuestra que pide dos horas, se concede sin pensarlo mucho. Se corre la voz que tenemos dos horas y rápidamente comenzamos a reagruparnos.

¿Nos subimos al autobús o no? Esa era la decisión a tomar, en ese instante viene a mi mente la detención-desaparición de los 43 niños-santos; algunos dicen que esos autobuses son de los narcos, otros no se quieren subir pues es posible que nos lleven directamente a la cárcel; hay autobuses por estado, hasta uno para los de la Ciudad de México, pero nosotros somos de la Ciudad de México y a dos cuadras sobre la calle Belisario Domínguez esta la sección 9, para nosotros es absurdo y peligroso abordar el autobús. ¿Y si nos torturan? ¿Y si nos desaparecen? ¿Y si nos encarcelan? ¿A dónde nos van a llevar? Lo mejor es ganar tiempo hasta ver que se puede negociar y saber que deciden los de Chiapas, Oaxaca, Michoacán y Guerrero, a esas horas ya los secretarios generales de la CNTE y el comité de la sección 9 están enterados y no se cansan de hacer llamadas, ellos están del otro lado del cerco pero no les permiten el paso.

Ha pasado una hora, hemos desarmado la carpa, recojo dos kilos de arroz, uno de frijol y uno de azúcar, no sabemos a dónde nos llevan, pero por si acaso los víveres siempre en la montaña son indispensables, encuentro un calcetín extraviado de alguna compañera, después me enterare que Silvia en la premura se puso los zapatos sin calcetines. El enemigo manda una avanzada de dos policías-militares que invaden el perímetro donde estamos y anuncian que el tiempo se ha agotado, Silvia los enfrenta diciéndoles que eso es un acto de provocación, la situación se torna más tensa y volvemos a tomar posiciones para el posible enfrentamiento, se escucha desde el campamento una voz enérgica ¡se acordó que eran dos horas, falta una! Los soldados al servicio de los criminales que están vendiendo este país retroceden a sus filas.

En la siguiente hora se vuelven a barajear las posibilidades, se busca al comandante en jefe y se le informa que nadie va a abordar los autobuses a menos que en cada uno de ellos viaje un representante de derechos humanos, ellos aceptan pero no hay suficiente personal para esa petición. Hay que esperar, se hacen llamadas.

Cuando se agota el tiempo los primeros que toman la decisión son los maestros de Chiapas, ha comenzado el desalojo, han violado todo derecho a la protesta, nos comienzan a transternar, no sabemos cuál va a ser nuestro destino final al abordar esos autobuses, no sabemos que van a hacer con nosotros, nuestro rumbo es incierto. Se comienzan a hacer escritos a mano con tinta y hojas de cuaderno, para que los mandos de la fuerza pública se comprometan a respetar la vida, garantizar los derechos y la seguridad de aquellos que ya salieron y los que están por salir.

Se siguen llenando los autobuses, una columna de granaderos avanza unos veinte metros desde la calle de República de Cuba, cada vez somos menos, nos concentramos en el centro de la plaza y realizamos un acto simbólico de unidad al cantar el himno Venceremos, se gritan algunas consignas, es la despedida, no podemos resistir más, comenzamos a desear buen camino a los hermanos y hermanas que se forman para abordar los autobuses. Sabemos que la lucha va a continuar, a donde quiera que nos lleven desde ahí seguiremos defendiendo la gratuidad de la educación.

Ha llegado nuestro turno, se habla nuevamente con el comandante a cargo, se plantea la salida de la sección 9 a pie con una escolta, no necesitamos el autobús, se accede a la petición y se verá que se puede hacer, pero no es seguro, ellos tienen la orden de que nadie salga caminando, todos debemos

salir en autobús, presionamos a los mandos, a esas alturas no nos sentimos derrotados, cualquier negociación ganada es un triunfo para el movimiento, seguimos insistiendo hasta que nos asignan con un comandante para que nos canalice, acceden a nuestra petición y nos agrupamos para romper el cerco, somos diez en total. Los compañeros que aun están en espera de abordar los autobuses nos gritan ¡Duro compañeros! ¡Hasta la victoria! Caminando en fila les contesto en silencio con el puño en alto, como diciendo seguiremos, no importa donde, pero seguiremos luchando. ¡Vida o muerte venceremos!

Llegamos al primer reten y nos piden nuestros nombres, por supuesto doy uno falso sin ningún remordimiento, llegamos de pie a la sección, pregunto la hora, son las cinco de la madrugada, la noche está por terminar y la mañana esta por vencer a la oscuridad. Repito en mis pensamientos, sea lo que sea esta noche pasara...

A nombre de mis compañeros del grupo de profesores que fuimos separados injustamente del servicio docente en la ciudad de México, nosotros, los que en estos momentos tomamos la palabra decidimos decir ¡No estamos de acuerdo con la mal llamada "reforma educativa"!, que no está de más mencionar que de reforma no tiene nada y mucho menos de educativa, la cual se va imponiendo con consecuencias nefastas y aun insospechadas a futuro.

Nosotros somos disidentes de una ley que se impone con amenazas, encarcelamiento y muerte de maestros y maestras que luchamos por una educación crítica, por todos los niños y niñas, jóvenes y jóvenes, que queramos o no son el futuro de este país que se resbala con tanta sangre derramada y casquillos quemados de armas de fuego, con tanta violencia y muerte, nuestra lucha en última instancia es por la vida.

Hacemos un llamado a todos los frentes de lucha a organizarnos y articularnos en acciones pues la lucha va a continuar...

GABRIEL HERRERA SALAZAR

(Ciudad de México, 1980)

Doctor en Filosofía de la UNAM, con Estancia posdoctoral en el posgrado de Humanidades de la UAM-I. Se ha desempeñado como docente, su trabajo ha estado dirigido a los jóvenes. De la generación del 99 es uno de los llamados filósofos de la agonía. Ha escrito y publicado los poemas: *Eres mi poesía, mi silencio* (2010) y *Cuatro poemas de amor* (2011) en la revista *Trajín*. Autor de los libros *Vida humana, muerte y sobrevivencia* (2015), *Ensayos heréticos* (2016) y *Metodología de la liberación para las Ciencias Sociales* (2018). Desde el 2010 miembro de la Asociación de Filosofía y Liberación (AFyL).



Este libro se editó en los Talleres de GMART
IMPRESORES en la Ciudad de México
en el mes de mayo del año 2019.

Todos los derechos reservados.

Los personajes creados por el autor de este libro —desde Ixtabay, los hermanos Cerezo o Balam— son actores vivos y muertos que comparten el realísimo de los pueblos originarios de Abya Yala. Todos habitan en la periferia de territorios salvajes con una realidad que alcanza a desgarrar el misterio de una tradición tan antigua como los primeros dioses, aquellos que llegaron a poblar estas tierras y viven en ellas.

Ese desconcertante mundo es recreado literariamente desde el sur de la Ciudad de México, análogo a todos los sures globales. Las imágenes, formas y figuras nuevas de un mundo antiguo son retratos de paisajes descritos en la marginalidad, sumergidos en un realismo maravilloso, lleno de campos extasiados de maíz, montañas, sueños y secretos clandestinos.

Como las alas negras de un gigantesco cóndor andino las páginas de este libro se abren para dispersar la falta de sentido de los suicidas en invierno y, en el mejor de los casos, las moscas a los muertos.



GOBIERNO DE LA
CIUDAD DE MÉXICO

SECRETARÍA
DE CULTURA



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

PACMC